



¿POR QUÉ SONRÍES SIEMPRE?

LUCAS BUCH

María de Villota, Chiara Corbella y Sophie Scholl,
tres mujeres que conmovieron al mundo con su alegría.
Con un epílogo sobre **Belén Langdon**

RIALP

LUCAS BUCH

¿POR QUÉ SONRÍES SIEMPRE?

María de Villota - Chiara Corbella - Sophie Scholl

(y un epílogo a propósito de Belén Langdon del Real)

EDICIONES RIALP, S. A.
MADRID

© 2015 *by* LUCAS BUCH
© 2015 *by* EDICIONES RIALP, S. A.,
Alcalá, 290 - 28027 Madrid
(www.rialp.com)

Realización ePub: produccioneditorial.com
ISBN: 978-84-321-4556-8

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir, fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

«Este amor, que es tan gratuito, para mí es algo maravilloso. Creo que es lo más hermoso que me ha sido concedido» (Sophie Scholl).

*A mi abuelo Ángel y a Marta,
que me enseñaron a sonreír siempre.*

ÍNDICE

PORTADA

PORTADA INTERIOR

CRÉDITOS

DEDICATORIA

INTRODUCCIÓN

CUADRO PRIMERO: UN PARCHE DE VIVOS COLORES... Y UNA BRILLANTE SONRISA

CUATRO SEGUNDOS QUE CAMBIARON UNA VIDA

UN SUEÑO POR EL QUE LUCHAR
DEL MAYOR FRACASO AL ÉXITO MÁS GRANDE
INGREDIENTES: CARIÑO...

... Y BUEN HUMOR

«¿POR QUÉ SIGO EN ESTE MUNDO?»

UNA VIDA NUEVA
LECCIONES DE VIDA
EL PORQUÉ DE UNA SONRISA

CUADRO SEGUNDO: LO IMPORTANTE EN LA VIDA ES DEJARSE AMAR

UNA MADRE DE 25 AÑOS

HASTA AQUÍ LLEGO: ¿ME QUIERES ASÍ?
UN DON INESPERADO
DEJARSE SORPRENDER POR EL AMOR

RETRATO DE UNA MADRE

LO IMPORTANTE EN LA VIDA
EL DON DE LA FIDELIDAD
LO QUE CUESTA DEJARSE QUERER

EL MILAGRO DE CHIARA CORBELLA

UN TIEMPO LLENO DE VIDA
PEQUEÑOS PASOS POSIBLES
FIARSE DE DIOS, ¡VALE LA PENA!
EL FINAL DEL CAMINO

CUADRO TERCERO: «TODAVÍA BRILLA EL SOL»

UNA PERSONALIDAD “EN CONSTRUCCIÓN”

... Y ESTALLÓ LA GUERRA

UNA ADOLESCENTE EN TIEMPOS DE GUERRA
LA ARDUA TAREA DE FORMARSE
UN CORAZÓN VOLCADO EN LOS DEMÁS
AMISTADES QUE CAMBIAN LA VIDA

UN CORAZÓN GRANDE

FORMARSE EN TIEMPOS DE GUERRA
INVIERNO DE 1941: LA OFENSIVA SOBRE RUSIA
RETAZOS DE SU VIDA DE ORACIÓN
TEMOR Y ESPERANZA
UN EXTRAÑO VERANO
DILATAR EL CORAZÓN

DAR LA VIDA POR LA VERDAD

LA GOTA QUE COLMÓ EL VASO
CON UNA AUDACIA CADA VEZ MAYOR

LAS ÚLTIMAS SEMANAS DE SOPHIE
... Y LOS ÚLTIMOS DÍAS
«TODAVÍA BRILLA EL SOL»
VIVIR CON LA SONRISA EN LOS LABIOS
LO QUE NO TE MATA...
APRENDER A DEJARSE QUERER
LA ESENCIA DEL AMOR: VIVIR-PARA
BELÉN, SONRISA DE DIOS

INTRODUCCIÓN

Era su primer trabajo. Había hecho allí las prácticas mientras terminaba la carrera y acababa de firmar un contrato indefinido. Estaban contentos con ella: trabajaba bien. No hacía nada extraordinario; procuraba terminar las cosas lo mejor posible, tratar con amabilidad a los demás... lo normal. Un día, mientras hacía unas fotocopias, se le acercó una compañera, algo mayor que ella. «¿Puedo preguntarte una cosa?». Tomó su silencio como respuesta afirmativa y siguió: «Tú... ¿por qué sonríes siempre?». En aquel momento no supo qué contestar; la sonrisa no tenía nada de especial: era parte de su vida cristiana...

La escena se repite cientos de veces en nuestros días —quizá tú hayas sido su protagonista—. No cabe duda de que la característica principal del cristianismo del siglo XXI será la alegría. Es un rasgo que tal vez en un tiempo quedó ensombrecido por otros aspectos, pero ya no puede estarlo por más tiempo. Siendo joven, en los años que siguieron a la II Guerra Mundial, el que iba a ser Benedicto XVI quedó profundamente conmovido por una crítica de Nietzsche: los cristianos deberían tener cara de redimidos para que se pueda creer en su Redentor[1]. Es una crítica pertinente y en parte actual. De hecho, no es casualidad que el papa Francisco haya dedicado a la alegría su primer documento importante: la *Evangelii Gaudium*. En ella llama la atención sobre la cara de funeral o la religión «de Cuaresma sin Pascua» que parecen vivir algunos, e invita a redescubrir la alegría del Evangelio.

Con todo, aquella crítica es válida solo en parte y, casi se podría decir, cada vez menos. El cristianismo cariacontecido contra el que arremete va de la mano de una religión ritual y formalista, de usos y costumbres... que se encuentra en vías de extinción. Ser cristiano no es ya —al menos en Occidente— una cuestión social o de *status*. No puede serlo, porque la religión ya no es —al menos en Occidente— un ámbito dominante en la sociedad.

Esto supone un serio peligro, pero concede también una oportunidad de oro. En esta situación, el cristianismo no puede apoyarse (solo) en roles sociales o en la mera tradición humana, y eso puede hacerlo justamente más auténtico. «No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva»[2]. La fe nace de un encuentro personalísimo; se apoya —como anunciaba Romano Guardini para nuestra era— en la gracia y en la sencilla fortaleza de la persona. Así es y así está obligado a ser el cristianismo en nuestro tiempo.

Encontrar a Cristo, como hicieron Juan y Andrés («Maestro, ¿dónde vives?», «Venid y veréis»); como Felipe («Sígueme»); como María de Betania («El Maestro está aquí y te llama»); como san Pablo en el camino de Damasco; como los santos durante dos mil años; como el papa Francisco el 21 de septiembre de 1953. Encontrar a Cristo, descubrir a Alguien —una persona real y viva, de carne y hueso— que nos ha amado desde mucho antes que nosotros fuéramos a buscarle, Alguien que ha dado la vida por nosotros, Alguien que nos estaba esperando.

De ese descubrimiento, que es un encuentro, nace la fe verdadera; y, de esa fe, la auténtica, duradera y profunda alegría. La sonrisa de los creyentes no es más que la manifestación precisa de su serena alegría. Los perfiles que se recogen en este libro presentan sonrisas de ese tipo y constituyen, por eso mismo, la mejor respuesta a la crítica que Nietzsche lanzaba a los cristianos de su tiempo.

Por otra parte, ante su sonrisa y sus ojos brillantes uno está obligado a preguntarse: *¿Por qué?* El mundo en que vivimos suele decirnos: «Serás feliz si tienes todo lo que deseas, si te va bien en todo»... Pero las historias de este libro lo desmienten. Todas ellas tienen como protagonista el sufrimiento y, con él, un fracaso; un fracaso... total, que afecta a la vida entera: la de una piloto de F1, la de una madre de familia numerosa, la de una movilizadora de las conciencias de sus coetáneos. Todas ellas fracasan. Pero fracasan y sonríen; más: fracasan y son profundamente felices.

¿Cuál es entonces el secreto de su sonrisa? No es la ausencia de sufrimiento, sino la presencia de algo —de Alguien— que permite sobrellevarlo. Así es la historia de María de Villota, de Chiara Corbella, de Sophie Scholl. En cada una, se puede señalar un momento en que descubren el Amor y deciden corresponder, abandonarse en sus manos, fiarse de él y vivir para él. Amar y saberse amado es el secreto de su sonrisa, el secreto también de la vida heroica —pienso que no es un adjetivo excesivo— de estas tres mujeres.

En el caso de María de Villota, el cariño que la rodea es lo que le permite seguir adelante después de un catastrófico accidente. Y, al final, enfrentándose al sufrimiento en apariencia más absurdo, se le abren las puertas a una vida *para* los demás. Dios estaba ahí, como dejan entrever algunas de las entrevistas que concedió unos meses antes de morir.

En cuanto a Chiara Corbella, su historia es paradigmática como paso de la autosuficiencia —tan común— al confiado abandono en manos de Dios. Ese paso, doloroso y nada fácil, le permitió amar a sus hijos y dejarse amar, al mismo tiempo, por un Dios que parecía haberse vuelto loco. Su sonrisa es la prueba más clara de que, lo que los hombres llamaban mal, era en realidad una caricia divina. Y así, en su vida tan breve como intensa, brilla la luz de la maternidad humana, en todo su esplendor.

En fin, la vida de Sophie Scholl presenta otro encantador descubrimiento, que llevó a esta joven de una actitud cerebral y voluntariosa, a desarrollar un corazón universal, capaz de descubrir y compartir todo el dolor del mundo... al tiempo que se ponía en marcha para erradicarlo. Un testimonio de vida que muestra con hechos que no hay

libertad al margen de la verdad, y que la lucha a favor de la verdad es, en definitiva, un canto a la libertad.

Estos tres perfiles tienen, además de su relación con el fracaso, una cosa en común: la cercanía. Cercanía en el tiempo, cercanía en el espacio y cercanía *vital*. Nada que ver con historias de tiempos remotos y santos un poco raros con la mirada perdida en el séptimo cielo. María, Chiara o Sophie son personas con las que podríamos haber coincidido en el Metro o en el autobús. Personas con miedos y preocupaciones. Personas con sueños y proyectos. Personas que sufren y se alegran. Personas como tú y como yo, para que tú, como yo, nos demos cuenta de que también nosotros podemos descubrir lo que ellas descubrieron, podemos vivir como ellas vivieron y podemos, como ellas, sonreír.

Con todo, hay que reconocer que estas tres mujeres sonrientes son muy distintas entre sí, y los perfiles que les dedico son también muy distintos. Por eso he preferido no hablar de «capítulos» de un libro, sino de varios «cuadros». Cuadros que han nacido —y se pueden leer— como historias separadas. Pero cuadros que, bien mirados, transmiten también un mensaje común. No me he resistido a apuntar, a modo de conclusión, tres actitudes que podemos aprender de las historias que componen el libro. Intento mostrar, en unas pocas páginas, cómo pueden responder estas vidas a la crítica nietzscheana que antes se ha señalado. Constituyen, en definitiva, una propuesta frente al egoísmo que respiramos a diario, y pueden ayudarnos a saciar el deseo de felicidad que alberga nuestro corazón.

He querido cerrar el volumen con un epílogo que es —aunque distinto de los otros por su estilo y tono— un cuarto perfil humano. Una historia particularmente cercana, un encuentro especialmente doloroso con el sufrimiento. Le pedí a alguien que conocía bien a su protagonista, Belén Langdon del Real, que la pusiera por escrito. Y tengo que agradecerle que lo hiciera. No quiso, sin embargo, escribir algo así como una biografía; ha preferido mostrar, en unas pocas páginas, la repercusión que tuvo su historia entre personas de todo tipo. Su historia y, sobre todo, su sonrisa.

* * *

Los textos que componen este libro han ido apareciendo por entregas —como las novelas decimonónicas— en los libros de meditaciones *Con Él* que escribe mi buen amigo Fulgencio Espa. No quería terminar esta breve introducción sin darle las gracias.

[1] G. Valente, *Ratzinger Professore*, San Paolo, Cinisello Balsamo 2008, 27.

[2] [Benedicto XVI, Enc. *Deus Caritas est*, 25-XII-2005, n. 1.](#)

CUADRO PRIMERO: UN PARCHE DE VIVOS COLORES... Y UNA
BRILLANTE SONRISA

MARÍA DE VILLOTA

«Y lloras más, sí, te vuelves agradecidamente débil, aunque a veces duele tanto que te gustaría volver a correr,
pero no pienso dejar de lado a los que ahora gritan en silencio por mi ayuda».

CUATRO SEGUNDOS QUE CAMBIARON UNA VIDA

Uno de sus entrevistadores, anotaba al poco de comenzar: «Sonríe de una forma abrumadora. Lo hará durante toda la entrevista. Incluso cuando lo que diga sea doloroso»[1]. Y no es una nota aislada, sino la dominante del año y pocos meses de vida (renovada) después de lo que sucedió el 2 de julio de 2012. María de Villota habló y escribió abundantemente sobre las vueltas y revueltas que había dado después del accidente que sufrió, y sobre lo que el dolor —propio y ajeno— le había enseñado. Le hizo replantearse todo. Aquí se recoge solo un poquito de todo eso, visto con los ojos de un cristiano. Acudo sobre todo al libro que ella misma escribió[2]. Una historia impresionante y un testimonio arrolladoramente alegre de lo que vale la pena en la vida.

UN SUEÑO POR EL QUE LUCHAR

Desde pequeña tuvo claro lo que quería: ser piloto de *Fórmula 1*. Era algo que corría por sus venas, un deseo que nació muy temprano en su corazón. Conserva una foto en la que aparece, cuando contaba un año, conduciendo un coche, y su primer kart de gasolina lo tuvo ¡con solo 6 años! Su padre era piloto y, por más que no quisiera esa pasión para sus hijos, no pudo remediar que dos de ellos crecieran enamorados del motor. De todos modos, no se lo puso fácil: *footing* a las 7 de la mañana, trabajos de lo más variado en la Escuela de Pilotos que él mismo dirigía, facilidades para practicar otros deportes (sin motor)... Pero no sirvió de nada. Por fin, después de mucho insistir, María logró participar en una carrera de cierta relevancia. Fue en Cuba. Corrió dos tandas: una la ganó, la otra no. En todo caso, aquello convenció a su padre para que comenzara a entrenar en serio. ¿Sabes cuántos años tenía? Dieciséis.

El camino no iba a ser corto ni sencillo, pero ella tenía claro lo que quería, y estaba dispuesta a luchar por conseguirlo. Compitió en distintas categorías, turismos y fórmulas. Un paso aquí y otro allá. Una puerta que se abre y otra que se cierra: hay que intentar otra cosa... Junto a eso, pequeños accidentes y lesiones, la preparación física, que la llevó a estudiar INEF, la lucha (agónica) por conseguir *sponsor* cada año, compañeros de escudería que le hacen la vida imposible... ¡hasta echarla de la pista en plena carrera! Sin embargo, María no se desanima. ¿*Fracasos?*, le pregunta en una ocasión un periodista: «Para mí no existe [esa palabra], prefiero llamarlo *experiencia*»[3].

No nos engañemos: no fue nada fácil. Era la primera vez en España que una mujer intentaba llegar tan lejos, y a eso se sumaban las dificultades propias de cualquier carrera en el mundo del automovilismo. Apunto solamente un detalle: «Un piloto tiene que ser líder de su equipo y sentirse así dentro de él. Si todo tu entorno te ve con otros ojos, la química para ganar no se dará. Y esta es la parte más difícil. Poder liderar y lidiar con un grupo de hombres que no cree en ti, ya que probablemente piensa: “Y esta rubita, ¿qué va a hacer aquí?”. Y cuando, gracias al crono y a tu carácter, consigues cambiarlo y logras esa chispa, entonces cambias de categoría. *Y otra vez empiezas de cero*» (101). ¿Cuántas veces? Las que hiciera falta...

Pasaron quince años de duro trabajo diario —¡quince!—, hasta que finalmente la invitaron a hacer unas pruebas para un equipo de *Fórmula 1*. Eran dos: una física, primero, y otra de conducción. Es emocionante revivir esos momentos. Quince años, desde aquella primera carrera en Cuba. Quince años preparándose. Quince años luchando. Quince años de éxitos y fracasos. Quince años equivocándose y volviendo a empezar. Llegó el momento de las pruebas. Al subirse al monoplaza, sintió que ese era su mundo. Arrancó, dio las vueltas al circuito... y ¡superó la prueba! Era el 3 de agosto de 2011.

Sin duda, este es un primer punto en que la vida de la joven piloto brilla con una luz muy especial. Alcanzar una meta en la vida es algo estupendo, y todos firmaríamos por ello. Sin embargo, no es tarea fácil: requiere previsión y esfuerzo, volver a empezar una y mil veces en contextos nuevos cada vez, afrontando imprevistos, fracasos y derrotas. María de Villota tenía claro desde antes de los 16 años quién quería ser. Tenía un sueño, y su padre le enseñó que «cuando uno es perseverante y sigue sus sueños, se pueden cumplir»[4]. Luchó por lograrlo un día y otro, sin cansarse de tener que comenzar de nuevo... En una entrevista le preguntaron: «¿Qué mensaje transmitirías a los jóvenes que intentan superarse día a día en el deporte?; ¿qué consejo darías a los jóvenes pilotos que empiezan?». La respuesta va más allá del mundo del motor. Puede servirnos a todos: «Hay muchas cosas, pero si fuera una, sería sin duda la perseverancia. Porque la vida pone muchas trabas, pero al final el que sigue, y no se rinde, y suma, es el que tiene más posibilidades»[5]. María perseveró día a día durante quince años. No se rindió, y alcanzó su sueño. Muchos nos cansamos antes... ¡y por mucho menos que ella!

DEL MAYOR FRACASO AL ÉXITO MÁS GRANDE

Aunque las pruebas para aquel equipo de *Fórmula 1* habían ido bien, María prefirió rescindir el contrato con su mánager, lo cual significaba renunciar a aquella oportunidad. No le importaba: ahora estaba segura de tener condiciones, y podría abrirse hueco en aquel mundo tan competitivo. Así fue. Unos meses más tarde entró como piloto de pruebas en el equipo *Marussia*.

Después de una temporada en que apenas pudo subirse al monoplaza, le pidieron que lo condujera para realizar unos sencillos *tests* aerodinámicos. En el aeródromo de Duxford (Inglaterra) amaneció lluvioso, pero se trataba de una prueba sencilla. Era el 2 de julio de 2012. Ese día estuvo a punto de perder la vida.

Sobre las causas, circunstancias y responsabilidades del gravísimo accidente que sufrió María, aún no se sabe mucho. Lo están investigando. Lo que sí se sabe es que todos la dieron por muerta. Se sabe también cómo fueron las operaciones a las que hubo que someterla durante diecisiete horas, y se sabe incluso cómo las experimentó ella: ¡como una *prueba mental* de la *Federación Internacional del Automóvil*! Lo cuenta con detalle en su libro...

Se despertó cinco días más tarde: el 7 de julio de 2012, a las 7 de la tarde. La rodeaban sus familiares más cercanos y el joven médico que la había operado. Para comenzar a valorar la gravedad de las lesiones, le pidieron que moviera manos y pies. Podía hacerlo sin problema. Sin embargo, no sabía dónde estaba. Seguía con la idea de haber realizado una *prueba mental* —que había superado—, según la cual era apta para la *Fórmula 1*. Por eso les hablaba a todos en inglés y hacía preguntas que nadie comprendía... Por fin, el médico le explicó que había sufrido un grave accidente, que la habían tenido que someter a una larga y compleja operación, y añadió: «María, no hemos podido salvar tu ojo». En aquel momento, se le vino el mundo encima: «¡Doctor, soy piloto de *Fórmula 1* y necesito dos ojos para pilotar...!» A lo que él contestó: «María, te hemos salvado la vida, estamos muy contentos, no ha sido fácil». Pero eso no la consoló: «¿Por qué me quitasteis el ojo? Esa era mi decisión, mi decisión...».

Al leer los recuerdos de la piloto, uno no deja de preguntarse: ¿*Cómo es posible!? En aquellas circunstancias lamenta solo ¡¡la pérdida de su ojo!!... ¿Pero es que no se daba cuenta de que podría perfectamente —debería— estar muerta!?* No, no se daba cuenta. Sus treinta y tres años de vida habían tenido un único significado: pilotar. Pilotar y vivir eran, para ella, términos equivalentes. Pilotar era el sentido de que estuviera en el mundo. Y pilotar era, precisamente, lo que desde ese momento se le negaba. Entonces, ¿*qué podía valer su vida?* El razonamiento puede seguir pareciéndonos extraño, pero es comprensible dentro de los baremos con los que el mundo occidental mira la vida. Ella misma, reflexionando después, reconoce: «En aquel momento, en el hospital, María todavía seguía mirando la vida a través de la visera de su casco, seguía teniendo un único objetivo: pilotar. Seguía sin ver la vida con horizonte, en perspectiva. Sólo veía coches» (32). Aquella queja le había salido de lo más hondo del alma, porque en el fondo de su alma había un F1.

Así pues, se enfrentaba con un fracaso completo, *absoluto*, una especie de *enmienda a la totalidad* de su propia existencia. Aquello por lo que había peleado durante quince años se había volatilizado en cuestión de cuatro segundos. ¿*Cómo afrontarlo?* Merece la pena responder a esta pregunta, porque, de hecho, logró superar con éxito aquel trance. Poco a poco, adquirió la perspectiva que le faltaba, se amplió el horizonte en que se comprendía a sí misma. ¿Cuál fue la clave? Muchos valoran solo la fortaleza y el afán de superación de María, que ciertamente no le faltaban y tal vez brillaron más que nunca en aquellas dramáticas circunstancias. Así, por ejemplo, las cicatrices que cruzaban su cara se iban a convertir, para ella, en medallas de honor: señales innegables de que había logrado, en la vida, realizar su sueño. Sin embargo, a la luz de lo que cuenta, parece que

los ingredientes fundamentales de su éxito fueron más bien otros dos: el cariño y el buen humor.

INGREDIENTES: CARIÑO...

Cariño, primero, de su familia. Lo recuerda perfectamente. Incluso en los momentos de mayor sufrimiento, justo después de la operación, comenta: «A pesar de todos mis dolores, yo estaba feliz, tenía lo que más quería en aquella habitación: mis padres, mis hermanos y Rodrigo [su novio]» (34). Meses más tarde, tras tantas curas dolorosas, sesiones de recuperación, esfuerzos por volver a caminar, a hacer vida normal... se reunió por fin con toda su familia. Por razones obvias, no podía aún hablar mucho rato, así que les leyó una carta que había escrito sobre lo que había pasado. En ella, recordando sus vivencias en la sala de operaciones, apuntaba: «Lo que marcó mi revivir de este viaje y lo más importante, sin duda, fue que yo sabía que mi familia me esperaba. Sabía que estaban al otro lado del cristal y sabía que ellos me querían. Y yo deseaba ir a su lado» (144-145). Es el amor lo que la mantuvo en vida; solo el amor tiene fuerza suficiente para contrarrestar el atractivo de la muerte. Es precisamente su contrario —*amors*—, y por eso es, como afirma la Escritura, «fuerte como la muerte» (Ct 8, 6).

Me gustaría introducir aquí un breve apunte sobre la importancia de *saberse amado* para que la vida, en cualquier circunstancia, sea algo hermoso y digno de ser vivido. Y, a propósito, ¿por qué será que tiene tanto que ver con *saberse esperado*? Es conocida la narración que hace el papa Francisco de su propia vocación, aquel 21 de septiembre de 1953. De la confesión que realizó en aquella fecha, una confesión que ni siquiera había previsto, el joven Jorge Mario salió enteramente transformado: «Fue la sorpresa, el estupor de un encuentro; me di cuenta de que me estaban esperando. Desde ese momento para mí, Dios es el que te “*primerea*”. Uno lo está buscando, pero Él te busca primero. Uno quiere encontrarlo, pero Él nos encuentra primero»[6]. Y era el Amor que le iba a cambiar la vida.

La idea no es nueva. Con términos semejantes, Benedicto XVI hablaba de la esperanza cristiana en su segunda encíclica. Recuerda la historia de Josefina Bakhita, una joven nacida en Sudán que fue secuestrada y vendida como esclava cuando no contaba más que nueve años. Tras pasar por distintos amos, que la maltrataron duramente, terminó al servicio del cónsul italiano que, al volver a Italia, la llevó consigo. En estas circunstancias, oyó hablar de Cristo y del Dios de los cristianos. Descubrió que había un dueño «por encima de todos los dueños, el Señor de todos los señores, y que este Señor es bueno, la bondad en persona. Se enteró de que este Señor también la conocía, que la había creado también a ella; más aún, que la quería. También ella era amada, y precisamente por el *Paron* [dueño] supremo, ante el cual todos los demás no son más que míseros siervos. Ella era conocida y amada, y era *esperada*. Incluso más: este Dueño [Jesucristo] había afrontado personalmente el destino de ser maltratado y ahora la esperaba “a la derecha de Dios Padre”. En este momento tuvo “esperanza”; no solo la pequeña esperanza de encontrar dueños menos crueles, sino la gran esperanza:

Yo soy definitivamente amada, suceda lo que suceda; este gran Amor *me espera*. Por eso mi vida es hermosa»[7].

La cercanía de estas tres experiencias es asombrosa. Todas ellas expresan que la vida adquiere todo su sentido cuando descubrimos el amor del que procedemos. La familia, los amigos que nos han hecho ser quienes somos, y, en último término, Dios, que nos ha creado y tenía, desde antes de la creación del mundo, un proyecto de amor para cada uno de nosotros (cfr. *Ef* 1, 4). Como la mujer que espera el momento de dar a luz al niño que lleva en sus entrañas, así nos espera Él. Como la madre que mira angustiada a su hija en la UCI, anhelando un mínimo gesto, un movimiento cualquiera, así nos mira Él. Descubrir ese amor significa dar con el verdadero fundamento de nuestra existencia. El sufrimiento, las limitaciones y *handicap* de cualquier tipo, no hacen de una vida algo poco digno. Solo la ausencia de amor puede negar el valor de una vida humana.

...Y BUEN HUMOR

Este es el segundo ingrediente del éxito de María: su buen humor. Los seres humanos somos los únicos animales con esa extraña capacidad de distanciarnos de nuestros propios males y no tomarnos demasiado en serio. En la piloto, tuvo varias manifestaciones. Por una parte, una actitud ante la vida y ante aquel accidente que parecía haberla convertido en un completo fracaso. Lo natural hubiera sido dar vueltas y más vueltas a lo que había sucedido, torturarse con preguntas como «¿por qué Dios lo ha permitido?», y, al mismo tiempo, no descansar hasta dar con un culpable y castigarlo... Pues bien, eso es precisamente lo que ella *no* hizo. Lo explica en una cita que, aunque un poco larga, pienso que vale la pena reproducir completa:

No creo en la frase «lo que no te mata te hace más fuerte». Tú te haces más fuerte cuando no te centras en lo que te mata. Pero es complicado, porque todo aquello tiene tanta importancia para ti que es muy difícil apartar la mirada.

Os recomiendo que lo probéis. No se trata de no ocuparnos de las cosas que debemos hacer o de mirar para otro sitio con nuestros problemas.

Solo se trata de no llorar por ti, porque te espera tu sonrisa a la vuelta de la esquina (172).

El de María no es un optimismo facilón o engañoso. No es la tranquilidad del avestruz, que esconde la cabeza en el suelo cuando presiente un peligro. Consiste sencillamente —¡ojalá fuera tan sencillo!— en no centrarse en aquello que no ha ido bien, o en el mal que hemos sufrido; no dar vueltas a lo malo, sino a todo lo bueno de lo que hemos gozado y gozamos aún, y al bien que podemos hacer todavía. Esa es una de las grandes lecciones que nos ha dado María. Porque hay que reconocer que, por mal que estemos, es difícil que lleguemos a estar tan mal como ella.

Insisto, no se trata de dejar pasar los males, en una especie de indolencia o de estoica impasibilidad: se hicieron las gestiones oportunas para aclarar las circunstancias y responsabilidades del accidente. Pero, hecho eso, ¿qué sentido tenía seguir torturándose?

¡Tenía todavía tanta vida por vivir!, ¡tanto que compartir! Aunque eso lo iría viendo poco a poco...

Una segunda manifestación de su buen humor —tal vez la que más le costó, en un primer momento— tiene que ver con su aspecto físico. Además de perder un ojo, como consecuencia del accidente, su rostro había quedado completamente desfigurado. Se encontraba con la cabeza rapada y surcada por más de cien puntos de sutura. Cuando recuperó la conciencia, pronto se dio cuenta de que en la habitación no había ningún espejo. De vez en cuando lo pedía..., pero enseguida se le olvidaba y nadie hacía nada por recordárselo. Hasta que un día, a la vuelta de la ducha... es ella quien lo cuenta:

Pasé por el lado de un aseo y le dije a mi madre que parara. (...) Me quedé estupefacta frente al espejo. Se me cayó el alma a los pies. Vi la cara de una mujer con el gesto torcido atravesado por una cruz de puntos que iba desde mi frente hasta la comisura de mi boca, pasando por la nariz. El párpado derecho estaba cerrado, pero otros puntos unían una gasa a mi cara desde el lagrimal y otra cicatriz rodeaba mi ojera hasta mi oreja y daba vueltas alrededor de mi cabeza. Mi gesto era una mueca, mis músculos no eran simétricos, mi cara no era simétrica, el lateral derecho de mi cabeza era un planchazo. En el cuello, otro tajo feo (44).

Si ves una foto de ella antes del accidente, puedes imaginarte lo que sintió al verse en aquellas condiciones. Además, salía con un chico desde hacía unos meses. Quizá por eso, sigue: «Desde lo más profundo, y casi como un suspiro, dije: “¿Quién me va a querer a mí...?”». Pero enseguida, antes incluso de que su madre pudiera reaccionar ante semejante desahogo, de golpe: «Mi actitud cambió radicalmente, como si me despertase de aquella pesadilla. Entonces le dije con gracia al espejo: “¡¡¡Quita, bicho!!!”, y me eché a reír». Tan sencillo: tomó distancia... ¡y se echó a reír!

Aquello fue fundamental: «Reaccioné con aquella broma, involuntariamente, para alegrar a mi madre, pero os diré qué me salvó: le quité importancia, dejé que el tiempo me diera esperanza y supe que harían todo lo posible por mejorarla, confié en los médicos y él, Rodrigo, hizo el resto» (45). Solo los locos toman todo en serio. Solo ellos son incapaces de reír. Por eso, mientras haya una sonrisa en tu rostro, hay lugar para la esperanza. Y viceversa. ¿O no sonríe siempre quien está enamorado?

A propósito del amor, Rodrigo constituye como el engarce entre los dos ingredientes del éxito. Viéndose en aquellas condiciones y con un futuro incierto, María encontró el coraje de hablar con él. Desde luego, no le fue fácil..., pero sabía que tenía que afrontar también esa cuestión. A solas con su novio, aún en el hospital, le dijo: «No quiero que estés conmigo por pena. A lo mejor tienes que pensarte tranquilamente lo nuestro, tómate tu tiempo, ha sido todo tan de golpe...». Rodrigo le cogió la mano. Reconoció que antes de verla no sabía cómo iba a reaccionar, pero ahora no tenía duda... estaba enamorado y quería estar con ella... «Sus palabras podrían ser mentira —reconoce la piloto—, pero sus ojos expresaban que era verdad lo que decía. Me hizo feliz. Me quería, a pesar de todo me quería» (46-47).

Cómo sigue la escena, te lo puedes imaginar perfectamente: «Joé —dijo ella—, si me quieres así es que podemos con todo, ¿no?», a lo que él respondió: «Pues te he visto peor, igual pero con un tubo en la boca, así que imagínate». Ya ves: cariño, un amor que nos precede... y buen humor.

[1] Entrevista realizada por P. Simón y publicada en «El Mundo», 15-VIII-2013.

[2] M. de Villota, *La vida es un regalo*, Plataforma Editorial, Barcelona, 2013. Para citarlo, pongo simplemente el número de página entre paréntesis.

[3] Entrevista realizada el 26-IV-2013, y publicada en «El Confidencial».

[4] Entrevista televisiva en *Informe Robinson: María de Villota*, 27 de febrero de 2013.

[5] Entrevista *María de Villota. La vida es para llenarla de color*, realizada por la marca *Heliocare*. En www.lavidaesparallenarladecolor.es, consultado en febrero de 2015.

[6] S. Rubin, F. Ambrogetti, *El Papa Francisco. Conversaciones con Jorge Bergoglio*, Ediciones B, Barcelona, 2013, 48.

[7] Benedicto XVI, Enc. *Spe salvi*, 30-XI-2007, n. 3.

«¿POR QUÉ SIGO EN ESTE MUNDO?»

Lo mejor de su vida estaba aún por llegar. Rodeada del amor de los suyos y tomando la distancia adecuada, María se dio cuenta de que la situación no era irrecuperable. Empezó a soñar. Aprendió a gustarse en su nueva condición, y le ilusionaba gustar a los demás. Volvió a pisar la peluquería, retomó su pintalabios. Al mismo tiempo, siguió luchando por recuperarse lo mejor y lo antes posible: quería competir en la *Fórmula 1*... ¿sería capaz de tanto? Pues bien, llegó el 3 de septiembre y el panorama se abrió definitivamente, y de manera inesperada. La competición iba a pasar a un segundo plano. El detonante fue de nuevo el dolor, pero en este caso el dolor ajeno.

Cuando llevaba pocos días en casa, después de salir del hospital, sus padres llamaron por teléfono: «Ha fallecido Javi». Era el hijo de tres años de su primo. Sufría una de las llamadas “enfermedades raras” desde el primer año de vida. Aunque sabían que podía pasar, su muerte les supuso otro tremendo golpe. María no se encontraba en muy buenas condiciones, pero quiso asistir a la ceremonia, y, precisamente entonces, sucedió una revolución en su corazón.

Era un momento intenso: todos los presentes pensaban que aquel entierro podría haber sido el suyo. Razón no les faltaba... Pero, por encima de eso, para ella se alzaba una pregunta: «¿Por qué un niño de tres años? ¿Por qué no me fui yo, yo ya viví una vida plena? ¿Por qué se lo llevan a él?» (69). Es la eterna pregunta del corazón humano ante el dolor de los inocentes: *¿Por qué?, ¿qué sentido tiene?* Unos caen en una perplejidad que les paraliza; a otros les arranca la fe de cuajo, y con ella la esperanza. María encontró una respuesta, y no fue la desesperación, ni el grito impotente, ni la maldición de Dios. Fue un panorama inmenso en que la vida —su vida— adquiriría su auténtico sentido: «Desde ese momento supe que esa era la razón por la que yo estaba aquí: tenía que hacer algo, ayudar a Javier, su padre, para que todos los niños que sufren esta enfermedad tengan una vida mejor» (69-70).

Merece la pena detenerse en este punto: pregunta y respuesta, pero respuesta inesperada. En efecto, la contestación no da un sentido comprensible a lo que ha pasado, de modo que se pueda decir: «Vale, me duele pero *lo entiendo* y lo puedo asumir». No es eso. Considerado en sí mismo, lo sucedido sigue siendo incomprensible. En cambio, adquiere sentido en cuanto ilumina lo que queda por delante. Pregunta: «¿*Por qué él y no yo?*». Respuesta: «Porque, desde ahora, *tú* tienes algo que hacer para ayudar a los que sufren como *él*».

Parece increíble, pero, a partir de entonces, para María de Villota, incluso el accidente conduciendo el *Marussia* resultó un regalo. Con razón afirmaba que Dios había jugado un papel importante en su recuperación[1]. Lo repitió de diversos modos: «Yo estoy convencida de que la pérdida de mi ojo ha sido *por alguna razón*. Pienso que ha sido porque *me esperaba otra cosa en la vida*, además de los coches. Algo más importante» (68-69).

Hay una sugerencia del papa Francisco que María supo vivir: la de dejarnos sorprender por Dios[2]. Sorpresas, a veces, tan dolorosas como iluminantes. Así, por un camino ciertamente inesperado y tortuoso, ella descubrió que en la vida solo cuentan dos cosas: el amor que te hace ser quien eres, y el amor que repartes a tu alrededor. Por eso, el sentido de su vida no consistiría ya en realizar *su* sueño, sino en hacer lo posible para que muchas otras personas —las que lo tienen más difícil— fueran capaces de soñar.

UNA VIDA NUEVA

La revolución había comenzado. Lo primero que hizo fue poner por obra un antiguo proyecto: una pulsera solidaria. Las ganancias irían a la *Fundación Ana Carolina Díez Mahou*, que trabaja con niños que sufren enfermedades neuromusculares genéticas (las “enfermedades raras”), como el pequeño Javi. Concretamente, costearían la fisioterapia especializada que les permite vivir mejor. Así, la muerte de su sobrino ya tenía un sentido: «Javi, desde el cielo, había propiciado todo aquello» (147).

Por otra parte, ella misma dedicó muchas horas a estar con aquellos pequeños, a cuidarles, a jugar con ellos... Además, se convirtió en madrina de la fundación, y en ella volcó sus mejores energías. Viajó por España, asistiendo a recepciones y eventos, y ayudando en distintos centros o colegios que dependen de aquella o de otras fundaciones. Comenzó también a dar entrevistas, se puso a escribir un libro y se lanzó a dar conferencias: sobre seguridad vial, sobre el éxito, sobre el fracaso... y sobre cómo afrontarlo, sobre la vida como un regalo que hay que compartir.

Vivió, así, los momentos más hermosos de su vida. En una entrevista, a propósito de su trabajo a favor de otros, lo reconocía abiertamente: «La experiencia más bonita que yo he tenido es la gratitud de alguien a quien has ayudado»[3]. Algo que le permitía irse a la cama encantada y despertarse diciendo: «Tengo algo importante que hacer».

Tras solo unos meses, hablar de María de Villota se convirtió en hablar de una sonrisa. Cualquiera de nosotros puede confirmarlo. Un rostro luminoso. Un rostro doliente... que sonríe. Se lo dijo en una ocasión un médico amigo: «El accidente ha sacado lo mejor de ti» (136). Y ella era consciente de lo que había supuesto aquel (aparentemente) absurdo batacazo. Había perdido un ojo, pero veía más que antes, porque veía «lo que realmente era importante en la vida»[4]. Había fracasado en el proyecto que hasta entonces daba sentido a todo lo que hacía, pero se dio cuenta de que aquel proyecto era demasiado estrecho. Antes pensaba solamente en coches, hasta tal punto —reconoce— que «a mí la competición me deshumanizó: iba tan rápido que no me paraba a mirar»[5]. Tras el accidente, en cambio, supo reconocer que en el mundo había algo mucho más valioso, y a eso quería dedicar su nueva vida. En una ocasión señalaba: «Siento mucho más el

dolor de la gente. Y dirás: “Uf, eso es tremendo, ¿no?”. Pues no: es muy bonito, porque tengo el pulso cogido a mucha gente que lo necesita. Y, aunque duele, es la forma más bonita de estar vivo»[6]. Tuvo, en una palabra, «la suerte de vivir otra vez» (173); de vivir una vida que «aun siendo diferente, tiene todo el sentido del mundo».

* * *

El 31 de diciembre de 2012, María quería correr como otros años la San Silvestre. No era precisamente lo que le recomendaban los médicos... pero tampoco pretendía correrla entera. «Fui a comprar los dorsales y yo di mi nombre en el último lugar. Cuando vi el número que me había tocado me alegré: 2013. Estaba claro, ese que empezaba sería mi año» (165). Y lo fue. Fue el año en que iba a compartir su descubrimiento —su nueva vida— con todo el mundo. Fue el año de su boda con Rodrigo. Fue el año de sus sueños más hermosos. En una entrevista le preguntaron: «¿Le quedan aún muchas cosas por hacer por primera vez?». Y ella contestó: «Espero que sí (risas). La vida es apasionante y aún me queda mucho por hacer, por ejemplo, formar una familia en el futuro, cuando me recupere completamente»[7]. Sí, soñaba con ser madre.

Sin embargo, el año de sus sueños se convirtió en el de su marcha. María falleció pocas horas antes de dar una de aquellas conferencias a gente joven. Su familia resumió en un brevísimo mensaje en *Facebook* todo lo que cabía decir: «Queridos amigos: María se nos ha ido. Tenía que ir al cielo, como todos los ángeles. Doy gracias a Dios por el año y medio de más que la dejó entre nosotros». Era el 11 de octubre de 2013.

LECCIONES DE VIDA

Con la muerte de María, podríamos poner punto final a este primer cuadro, pero pienso que no sería justo. En realidad, no todo termina ahí: ahí empieza todo. En aquella misma entrevista en que habló de formar una familia, le preguntaron: «¿Cree que la mayoría necesitamos de un acontecimiento importante en la vida para ser conscientes de lo que es verdaderamente importante?». Su respuesta tiene miga: «A veces sí. Corremos mucho y nos dejamos llevar por la vida sin pararnos a pensar qué es realmente lo importante. Sin embargo, con suerte, uno puede aprenderlo sin vivir en primera persona un acontecimiento grave, gracias a las personas que nos rodean, las experiencias vividas por nuestros seres queridos, o incluso por lo que nos cuentan terceros»[8].

Quizá sin saberlo, María estaba hablando de sí misma. Su breve historia no debería *pasar*, sin más, dejándonos indiferentes. No debería suponer solamente un golpe emocional: sí, es una historia bonita, y triste, que impacta... Pienso que hemos de dejar que su biografía nos interpele, que el modo en que cambió su vida transforme un poco la nuestra. Que sea la experiencia de uno de esos *terceros*, que nos ayuda —sin ir más lejos, a ti y a mí— a darnos cuenta de lo que hemos recibido y de lo que de verdad importa.

Por supuesto, ella era consciente de la fuerza que tenía su testimonio, y quiso compartirlo. Entre los diversos textos y entrevistas (también en vídeo) que existen, tal

vez el más significativo sea el que cierra su libro —ese librito que escribió con tanta ilusión y que no pudo presentar. Su conclusión constituye una suerte de testamento; unas pocas frases, cargadas de significado y de fuerza:

Si yo no estuviera aquí y la muerte me hubiera ganado esta carrera con bandera negra y no de cuadros, no hubiera podido transmitir con todo el alma este *mensaje de alegría*.

¡Parad! Parad en seco como si un accidente ocurriera en vuestra vida. Sí, nuestra vida no es nuestra. Es un trozo de tiempo infinito si lo compartes con quien amas, con quien te necesita. Y el mismo trozo de tiempo mezquino si no aprecias esto y cuanto te rodea.

¡Sonríe, por Dios! O por quien tú quieras, pero sonríe, porque hoy estás aquí y te queda mucho por vivir en este día.

Y decide. Decide si quieres solo llegar o pasear este increíble camino (180).

He preferido añadir la cursiva y dividirlo en distintos párrafos, porque me parece que cada uno de ellos contiene una particular enseñanza. La primera es la más sorprendente: aquel accidente no era en realidad tan malo, porque le permitía difundir un mensaje de alegría. Ya lo hemos visto, fue para ella *¡un regalo!* que le reveló el valor auténtico de las cosas. ¡Cuántas veces el dolor o el fracaso nos paralizan y nos llevan a desconfiar de Dios! Se oyen a menudo lamentos como este: «¿Es que puede ser *bueno* un Dios que permite *esto?*». Consideramos indudable que lo que nos ha sucedido es absolutamente malo, y no dejamos que entre en juego una escala de valores distinta a la que nos parece tan evidente. El ejemplo de María da la vuelta por completo a la situación. Lo sucedido es un mal, sí, pero no absoluto. Hay vida todavía, hay esperanza, hay mucho —¡tanto!— que hacer. Y lo descubre solamente a raíz del accidente. Por eso fue un regalo.

Ante el sufrimiento, la cuestión puede entonces plantearse al revés: «Puesto que Dios es *bueno*, ¿qué querrá cuando permite *esto?*; ¿qué me ofrece?; ¿qué me propone?; ¿qué me quiere mostrar?». A María le abrió las puertas de un mundo nuevo. Le descubrió el amor que había recibido, y le indicó el amor que podía repartir a su alrededor. Al comentar el cambio que había dado su vida después del accidente, apuntaba cómo estaba viviendo el dolor de mucha otra gente, procurando darles una mano firme, como la que otros le habían dado a ella. ¿Es duro? Sí, pero al mismo tiempo, según reconocía, «es precioso. Me ha tocado vivir una parte muy dura en mi vida, pero es que la está supliendo con muchísimo más cariño y gratitud de la que nunca hubiera imaginado»[9]. Aquel accidente para ella —como cualquier sufrimiento para nosotros— fue un regalo; un extraño regalo, sí, que podía acoger o rechazar enfadada. Ella lo acogió, y así nos enseña que lo primero es dejarnos sorprender por Dios.

Con su segunda sugerencia, la piloto pone de relieve una enfermedad tremendamente extendida en nuestro mundo: «Corremos mucho, ya no sólo en la F1, sino en la vida en general. Con este ritmo frenético que llevamos, lo único que conseguimos es que la vida nos conduzca a nosotros, en lugar de que seamos nosotros los que conducimos nuestras vidas»[10]. Quizá se note más en ciudades grandes, en las que todo nos empuja —¡casi

violentamente!— a correr, a huir hacia adelante por donde van todos: correr al trabajo, correr a comer, correr a casa, correr a comprar, correr a cenar... Y entre tanta carrera, dejamos de lado lo que más importa: los amigos, la familia, el trato con Dios. No es que no queramos prestarles atención, es que... *no tenemos tiempo*. Ya. Nos parece un argumento convincente lo que en realidad habría que traducir por: «No tenemos tiempo... *para* los amigos; no tenemos tiempo... *para* la familia; no tenemos tiempo... *para* Dios». Porque para trabajar y para *nuestras cosas* sí lo tenemos, porque sabemos buscarlo.

«Parad en seco como si un accidente ocurriera en vuestra vida». Ella se dio cuenta en un modo brutal. Pero se dio cuenta: no basta *vivir*, seguir deprisa-deprisa-deprisa... Necesitamos pararnos y pensar: *¿Adónde voy?*; más aún: *¿Voy, o me dejo llevar por la corriente?*; y, por otra parte: *¿Me interesa ir ahí, donde van todos?, ¿ese es el lugar que de verdad me importa... o estoy perdiéndome lo principal?* Cada año, cada semana, cada día *necesitamos* pararnos. Como apuntaba el papa Francisco, en nuestra jornada son necesarios esos remansos: un retiro espiritual, un tiempo cotidiano de oración, la Santa Misa... Los relegamos con demasiada frecuencia, simplemente porque el ritmo que llevamos no nos deja tiempo. Sí, «hasta que uno pisa una cáscara de banana y se cae sentado»[11].

Cuando uno cae, hace todo lo posible para evitar ese mal rato a los demás. Es lo que hizo María. A ti y a mí nos toca acoger y difundir su invitación.

EL PORQUÉ DE UNA SONRISA

La tercera sugerencia la separo un poco de las anteriores, porque tal vez es la que más llama la atención en la imagen que ha quedado de María. Por otra parte, la vemos realizada en tantas personas que nos ayudan a vivir: *¡Sonríe, por Dios!* ¿Quién no agradece una sonrisa? Cuando te levantas o cuando llegas a casa, en el trabajo, en el colegio o en el metro... Una sonrisa vale más que el sol en primavera, porque es mucho más que un estado de cosas. Es un mensaje cristalino: *¡Qué bueno que estemos aquí!, ¡qué hermosura encontrarte!* Y eso tira de nosotros hacia arriba con una fuerza arrolladora.

Ciertamente habrá incomodidades, contratiempos, retrasos, incluso verdaderos sufrimientos. El de María no fue puntual. Meses después del accidente, reconocía: «Hay mucho dolor de cabeza, persistente. Llevo bien hablar del accidente, pero a veces tiemblo. No puedo evitar tiritar. Muscularmente todavía noto fatiga, aunque el médico dice que es por mi cabeza, no por mi cuerpo...»[12]. Sufrimiento, dolor, ¿quién no los tiene? Forman parte de la vida, y más nos vale no perderlo de vista. Pero, junto a todo eso, por debajo de todo eso y haciéndolo posible, es igualmente cierto que *vivimos*.

Vivimos y hay alguien —Alguien— que nos quiere; vivimos y hay alguien —Alguien— que nos tiene en el corazón y se acuerda de nosotros; vivimos y hay alguien —Alguien— que nos anima a repartir ese mismo amor a nuestro alrededor. Por alguna extraña razón vemos lo primero y nos escandalizamos, nos parece injusto, mientras perdemos de vista esto último. Un santo contemporáneo decía sencillamente: «En esta

vida hay que contar con la Cruz. El que no cuenta con la Cruz no es cristiano; el que no cuenta con la Cruz, se la encuentra de todos modos, y además encuentra en la cruz la desesperación»; y al revés, el que cuenta con ella, se sabe entonces acompañadísimo por ese Alguien y esos otros *alguienes* que nos sostienen[13]. Para recuperar la sonrisa, basta mirar a esa Persona, y a todo lo que cotidianamente hace por nosotros.

El papa Francisco decía en una entrevista que su oración es *memoriosa* —llena de recuerdos—, y va unida a la experiencia de saberse en manos de Otro. Ese es su modo de rezar, y de eso está lleno su trato con Dios. Tú y yo, en cambio, dejamos con frecuencia que llenen nuestros ratos de oración los reveses de cada día: una avería inesperada, una conversación o una situación en que nos hemos sentido *ninguneados*, un enfado con el marido o la mujer, un malentendido con los amigos... Más y más recuerdos dolorosos. Pretendemos resolverlos encontrando un culpable o dándonos motivos que nos confirmen en la idea de que «he hecho lo correcto al soltarle tal y tal cosa... o debería encontrar el coraje de hacerlo». El centro de nuestra oración, de nuestros pensamientos, seguimos siendo cada uno de nosotros: un yo hipertrofiado que no logra mirar más allá de sí mismo.

El caso de María de Villota es una invitación a levantar la mirada. Ella había vivido como solemos hacer nosotros: «Creía que todo dependería de mí, hasta tal punto que olvidé que mi vida no me pertenecía a mí» (31-32). Se dio cuenta cuando le renovaron ese regalo. Porque mientras haya alguien —Alguien— que nos quiera, la vida es un regalo, y merece la pena vivirlo: vivirlo y compartirlo con los demás, sonriendo.

La última sugerencia es igualmente determinante: «Y *decide*. Decide si quieres solo llegar o pasear este increíble camino». En el fondo, es una provocación, porque, al final, depende de nosotros. Como si nos dijera: «¿*Qué pretendes en la vida?*, ¿*marcarte un objetivo y renunciar a todo por alcanzarlo... o disfrutar de cada paso que das mientras te diriges a la meta?*». Ella intentó lo primero y, al lograrlo, el resultado no fue la felicidad. Un golpe inesperado la llevó por el segundo camino... y entonces sí, entonces encontró lo que buscaba.

Los psicólogos plantean la alternativa de vivir como un opositor (uno de esos esforzados estudiantes de notarías, judicaturas, etc.) o como un aprendiz. El primero solo piensa en la prueba que tiene que superar, una prueba de todo o nada. Vive para *llegar*. El segundo, en cambio, sabe que debe aprender un poco cada día. Sabe que acumulará fracasos y errores, pero que de cada uno de ellos sacará una enseñanza. Sobre todo, disfruta de cada jornada en el taller, de cada cosa que aprende, de cada nueva tarea, y procurará, en el futuro, facilitar el camino a otros muchos. Vive *paseando* la vida. María nos señala esta segunda vía. Ante un grupo de universitarios, comentaba: «La vida es preciosa, y lo único que tenemos que hacer es vivir más despacio para saborearla. Hay que cuidar los pequeños detalles y... ¡sonreír!»[14].

Cuatro sugerencias. Desde luego, no tienen fuerza de ley o de mandato, pero vienen de alguien que ha aprendido a vivir. Ha triunfado muchas veces. Ha fracasado muchas más. Ha sabido amar, y ha ganado la única carrera por la que vale la pena luchar en la vida.

Por eso, su recuerdo es una brillante sonrisa. Un parche de vivos colores... y una brillante sonrisa.

* * *

Al terminar estas páginas, uno se queda con ganas de preguntar: «*Si hubiera podido recomenzar su carrera y vivir de nuevo, pero teniendo presente lo que descubrió después del accidente, ¿se habría dedicado a correr?*». Lo que en el fondo está en juego es si vale la pena soñar en la vida, y luchar por nuestros sueños, o más bien hay que dejar todo esto de lado para dedicarse a otras tareas.

Por desgracia, María no está aquí para contestar. Sin embargo, una respuesta plausible es que habría corrido, pero *de otro modo*. Así lo sugieren unas pocas frases que resumen el estado de la piloto, un año después del accidente. Merecen ser meditadas despacio: «Lloras más, sí, te vuelves agradecidamente débil, aunque a veces duele tanto que te gustaría volver a correr, pero no pienso dejar de lado a los que ahora gritan en silencio por mi ayuda» (11). *Agradecidamente débil*, consciente de que en la vida dependemos de otros, y otros dependen de nosotros.

En efecto, lo malo no es tener proyectos y esforzarse por realizarlos, sino permitir que eso nos ciegue para amar. Lo malo es pensar que nuestra vida vale en la medida en que alcancemos esas metas, o creer que vamos a lograrlo con nuestras solas fuerzas. Valemos mucho, sí, pero no por lo que hacemos o dejamos de hacer, sino por quienes *somos*: porque hay un Amor que nos precede y nos espera. Un Amor que nos invita a amar a los demás, a difundir ese amor a nuestro alrededor. Lo vemos en María de Villota y lo veremos aún más claro a propósito de Chiara Corbella.

[1] Así se expresaba en una entrevista concedida al programa “El partido de las 12”, de la cadena COPE, el 13-I-2013.

[2] Cfr. Papa Francisco, *Homilía* 19-V-2013, solemnidad de Pentecostés; *Homilía* 24-VII-2013, en el santuario de Aparecida, durante la JMJ.

[3] Entrevista *María de Villota. La vida es para llenarla de color*. También la frase que sigue.

[4] Rueda de prensa, recogida en el artículo de A. Méndez y A. Zoe Marí en «Car and Driver», 11-X-2012.

[5] Entrevista realizada por P. Simón y publicada en «El Mundo», 15-VIII-2013.

[6] Entrevista televisiva en *Informe Robinson: María de Villota*, 27 de febrero de 2013. También la cita que cierra el párrafo.

[7] Entrevista publicada en «ABC», 11.10.2013.

[8] *Idem*.

[9] Entrevista *María de Villota. La vida es para llenarla de color*, realizada por la marca *Heliocare*. Consultado

en Youtube en febrero de 2015.

[10] Entrevista realizada el 26-IV-2013, y publicada en «El Confidencial».

[11] S. Rubin, F. Ambrogetti, *El Papa Francisco*, 52.

[12] Entrevista realizada por P. Simón y publicada en «El Mundo», 15-VIII-2013.

[13] Son palabras de san Josemaría Escrivá en una tertulia, recogidas por R. Gómez Pérez, *Trabajando junto al beato Josemaría*, Rialp, Madrid, 1994, p. 99.

[14] Cfr. el artículo de H. Rodríguez en «Mundo Cristiano», n. 640, dic. 2013.

CUADRO SEGUNDO: LO IMPORTANTE EN LA VIDA ES DEJARSE
AMAR

CHIARA CORBELLA

«Nosotros no nos sentimos en absoluto valientes, porque, en realidad, lo único que hemos hecho ha sido decir
“sí”, paso a paso».

UNA MADRE DE 25 AÑOS

Mujer, esposa y madre: su historia rompe con todos los esquemas actuales. Mujer que con 24 años aprende a vivir en manos de otro. Madre que con 26 tiene que volver a nadar contracorriente para seguir a un Dios que parece enloquecido. Esposa que con 27 años ve la muerte muy de cerca... y apuesta por la vida. Mujer que con 28 vence —o eso parece— la más dura batalla. ¿Cuál fue su secreto? Poco después de su fallecimiento, un periodista se dirigió a su marido:

—¿Qué le dirá a su hijo Francesco cuando pregunte por su madre?

—Seguramente le contaré lo hermoso que es dejar que te ame Dios, porque si te sientes amado puedes hacer todo. Esta, en mi opinión, es la esencia, el asunto más importante de la vida: dejarse amar para después amar también nosotros y morir felices. Esto es lo que le contaré. Y le diré que su mamá Chiara hizo lo mismo. Ella se ha dejado amar y, en cierto sentido, me parece que está amando un poco a todo el mundo. Hoy la siento más viva que antes. Además, el hecho de haberla visto morir feliz para mí fue como una derrota de la muerte. Ahora sé que hay algo hermoso que nos espera allá[1].

En una palabra, la historia de Chiara es la de una mujer —hija, esposa y madre— que aprendió a dejarse amar. Ese fue el secreto de su sonrisa y su serenidad.

HASTA AQUÍ LLEGO: ¿ME QUIERES ASÍ?

Nació el 9 de enero de 1984. Creció como cualquier otra niña. Tenía aficiones —el piano, el violín—; quería a sus padres y a su hermana Elisa, dos años mayor; disfrutaba con sus amigas. Su vida empezó a cambiar en verano de 2002. Había ido a Croacia a pasar las vacaciones con algunas amigas. Elisa iba a estar en Medjugorje, así que decidió acercarse también ella. El lugar estaba repleto de peregrinos. Una noche, se sentó en el gran comedor del alojamiento, en uno de los pocos lugares que quedaban libres. Vio que se acercaba un chico y enseguida pensó: «Ese es para mí». Y así fue. Era Enrico, de veintitrés años, y sería su primer novio. El único. Había esperado mucho, hasta encontrar al hombre de su vida. «Fue un encuentro no previsto; quería hacer una peregrinación y no me esperaba volver a casa con novio...»[2].

Precisamente porque había sabido esperar, ahora que había llegado el momento quería conocerlo bien. Es una chica concienzuda y no se deja llevar por las impresiones. No se

dieron el primer beso hasta pasados 5 meses...

La relación no será fácil. Enrico acaba de perder a su padre, y teme amar demasiado a alguien que debe morir. También por parte de Chiara aparecerán tensiones, precisamente por estar tan segura de que *ese* era su chico. Iba a ser la primera etapa de su aprendizaje y —según dijo en múltiples ocasiones— la más difícil.

La primera ruptura sería llega en 2006. Deciden dejarlo, porque no logran estar juntos serenamente. Chiara intenta recomenzar, pero cuando llama a Enrico por teléfono... la llamada termina en pelea. No hay nada que hacer, así que decide poner tierra de por medio. Se marcha de viaje con sus padres a las antípodas: en Australia, piensa, tendrá ocasión de pasar página. A la vuelta, mirando el mail, Enrico asoma en el *chat*, porque quiere recuperar unas pesas que dejó en su casa. Chiara se las lleva personalmente... y esa es la ocasión para reconciliarse.

Siguen saliendo y, a finales de año, ella marcha a Asís para participar en un encuentro vocacional. Como cualquier joven, tiene la inquietud de saber qué le pide Dios. Resuenan en su alma las palabras de aquel muchacho del Evangelio: «Maestro bueno, ¿qué he de hacer para heredar la vida eterna?» (*Mc* 10, 17). Son días de retiro, de oración intensa, y sale de ellos fortalecida en su vida cristiana, en sus deseos de buscar al Señor. Decide tener un director espiritual: el padre Vito. A la vuelta, Enrico la ve tan cambiada, que enseguida participa también él en un encuentro de ese tipo. Y también a él le cambia la vida. «Allí entendí que solo valía la pena vivir si se está dispuesto a amar de verdad. Así que decidí tener un padre espiritual y comenzar un verdadero camino» (25).

Pues bien, aunque los dos están renovados, en poco tiempo surgen nuevas disensiones. Chiara sigue pensando que su felicidad depende de *esa* relación, y vuelca en ella todo su corazón. Enrico, en cambio, considera que no debe haber nada por encima del amor a Dios, y Chiara no lo entiende. Sencillamente, no lo entiende: ¿qué quiere decir?, ¿que podrían haberse equivocado?, ¿que Dios podría pedirles otra cosa? ¡Imposible!: *ese* es el hombre de su vida y en *esa* relación está su felicidad... por eso, *debe* ser un éxito. No concibe una alternativa, o que Dios pueda tener otros planes...

Lógicamente, eso hace la relación más pesada para Enrico. Bien pensado, ninguna relación de amor puede ser obligatoria, precisamente porque es de amor, pero por el momento ella es incapaz de verlo: es *su* vida, es *su* chico, *su* plan le parece clarísimo... Cada vez que surgen tensiones entre los dos, pone todo su tesón en resolverlas, porque *tienen que resolverse*. Finalmente, tras algunas peleas, en la primavera de 2007 rompen de nuevo. Y esta vez parece definitivo.

Supongo que no es sencillo imaginar el grado de frustración que Chiara experimentaba en esa situación. El fracaso de ese plan perfectamente trazado y absolutamente cierto era el fracaso de su vida. Desolada, va a ver al padre Vito, que la escucha con paciencia. Al terminar, no le da una solución, sino solo una frase de la Escritura, para que la medite: «Cuando Dios abre una puerta, nadie la cierra; cuando Dios la cierra, nadie la abre» (cfr. *Ap* 3, 7). Pero ¿qué quiere decir? Muy sencillo: si es de verdad tu esposo, estate tranquila, porque nadie te lo quitará. Chiara sigue sin comprender, y Vito le pregunta: «¿Crees que hay un hombre que ha sido pensado solo para ti?». «Sí». «Pues entonces

¡deja que sea el Señor quien te lo haga ver!». En el fondo, se trata de fiarse *de Dios*, y no solo de los propios planes. Según contaba ella misma: «En aquel momento abandoné todos mis proyectos tipo “ahora hago esto... ahora lo reconquisté así... ahora lo convenzo de este modo... ahora lo hago a mi manera...”. Me sentí verdaderamente libre y dije: “Muy bien... quizá no he entendido nada, quizá no es Enrico... aunque a mí me parecía que era Enrico... muy bien, Señor... ¡no he entendido nada!”. En cuarenta minutos de conversación no hice más que llorar. Vito me pasaba pañuelos y yo: “No, no, si estoy bien...” y seguía llorando» (26).

Chiara ha dado un paso importante. Es el primero —y el más difícil— en su aprendizaje de la confianza en Dios. Ha comenzado a fiarse. De ella podemos aprender, porque, en realidad, es un camino por el que hemos de pasar todos los cristianos. Y se sufre... y se goza. Ahora tiene que afianzar ese paso y demostrar a Enrico que lo ha dado.

Es él quien la llama para quedar: quiere hablar con ella y desahogarse un poco ante esa relación que no funciona. Se presenta la típica situación en que ella buscará excusas para explicar lo que ha pasado, y luego hará lo posible por retener a Enrico, ya la conoce... Pero, por primera vez, no sucede nada de eso. Por primera vez, se sienta delante de él con toda su fragilidad a la vista. Llora. Simplemente llora. Llora, como diciendo: «Así soy yo. Si Dios quiere que sigamos, seguimos; si no, mejor que lo dejemos, ¿no?». Ya no depende (solo) de ella. Chiara lo recordaba perfectamente: «Lo que *tocó* verdaderamente a Enrico fue que me vio verdaderamente tal como era; hasta aquel momento había intentado siempre ser mejor de lo que pensaba que era. Me esforzaba por ser mejor. En cambio, en aquel momento Enrico vio verdaderamente de qué pasta estaba hecha: vio que no quería ya crear pretextos para que nuestra historia fuera bien a toda costa. Estaba ante él sin ninguna defensa, y pensaba solamente: “A ver qué pasa”» (27).

Lo que *tocó* a Enrico fue la verdad de Chiara, su indefensión, su sencillez al decirle: «*Esto* depende de nosotros... y depende de Dios. Yo tengo mis límites, ya lo ves... no soy perfecta...». Y precisamente cuando parecía más débil, su relación se hizo más fuerte. Es la paradoja cristiana expresada por san Pablo (cfr. 2 Co 12, 10). En el fondo, es que por fin Chiara confía más en Dios que en sus propias fuerzas. Y Enrico se da cuenta de lo ocurrido.

Recomienzan. Hay algo nuevo entre ellos: Dios ha entrado de lleno en su relación, están en *sus* manos. Para rehacerse, deciden ir juntos de vacaciones, y ella propone la *Marcha Franciscana*, una peregrinación de diez días a pie hasta Asís. Algo semejante al Camino de Santiago. Es duro: el calor, la mochila con todo el peso, largas jornadas de 20 km que se suceden... Es un camino que purifica, aligera el alma y el cuerpo. Hablan, rezan, comparten el camino con otros jóvenes... y sus heridas van sanando. El sexto día de marcha, Enrico se acerca a Chiara y sin previo aviso le pregunta: «¿Nos casamos?». Ella no lo puede creer: «Vale, bueno...», mientras piensa «¡pero si nos dejamos hace solo una semana!... le habrá dado una insolación...». «No, no, en serio: ¿nos casamos?», y ella «¡Enri!, sí... vale... ok».

Es una locura: ¡si ni siquiera ha terminado la carrera! Pero se hará realidad solo unos meses más tarde, el 21 de septiembre de 2008, en la iglesia de san Pedro en Asís. Había bastado abrir a Dios las puertas, dejarle entrar, dejarse en sus manos. Pero había sido necesario dar ese paso: «Señor, ¿qué quieres Tú? Mi vida la dejo en tus manos». Es un paso decisivo que todos los cristianos hemos de dar, tarde o temprano. Significa empezar a vivir conscientemente como hijos de Dios. Cuesta, pero nos abre las puertas a un camino de maravilla, porque es un camino de amor. Enrico resumía lo sucedido en una sencilla frase: «El amor no nos ha decepcionado; al contrario, nos ha sorprendido» (27).

UN DON INESPERADO

Enrico y Chiara parten de luna de miel. Sueñan ya con la familia que van a tener. Sueñan con adoptar algún niño; sueñan con ser padres en una casa de acogida, y así poder atender a niños maltratados, a los que nadie ha amado... Sueños generosos de recién casados. Lo cierto es que son días inolvidables y que, a la vuelta, menos de un mes después de la boda, Chiara descubre que está embarazada.

Se suceden las primeras pruebas. ¡La alegría es inmensa! También surgen los primeros miedos: ella se acaba de matricular en un postgrado en ciencias políticas; solo Enrico trabaja. Al mismo tiempo, él ha comenzado a notar un dolor en un diente. Se somete a las pruebas pertinentes... podría ser algo serio.

Cuando Chiara va a hacer el segundo control, después de Navidad, Enrico está ingresado para la extracción del diente. La ecografía permite ver perfectamente a la criatura. ¡Es una niña! Sin embargo, Chiara ve el rostro serio de la doctora: algo no va. Por fin, esta le anuncia que la pequeña sufre una grave malformación. Hay que hacer una segunda ecografía, tridimensional, para valorar adecuadamente la situación. Las imágenes son nítidas: la niña se mueve, patalea, se chupa el dedo... pero la caja craneal no se ha formado. El médico que hace esta segunda prueba comenta: «Si lo hubiéramos visto antes, podríamos haber hecho algo», «¿para curarla?». «No, para abortar» (36). Esas palabras son como un mazazo para ella. En efecto, es uno de los casos en que la legislación italiana permite el aborto. Chiara no tiene ninguna duda al respecto: «Era evidente, lógico y claro el hecho de que María no habría podido sobrevivir después de nacer. Pero era igualmente evidente que estaba viva, estaba ahí y hacía todo lo posible por crecer. No me veía con fuerzas para ir contra ella, sino más bien para sostenerla como pudiera y no ponerme en lugar de su vida» (36).

Está claro: va a seguir con el embarazo. Lo que de verdad le preocupa ahora es cómo decírselo a Enrico. Él sigue en el hospital, y cuando le llama por teléfono apenas le pregunta nada: sigue bajo los efectos de la anestesia. Por la noche, Chiara no logra conciliar el sueño. ¿Por qué el Señor ha permitido que suceda eso? ¿Por qué, si siempre han querido cumplir su Voluntad? Hace examen. Se pregunta y le pregunta... Pero sobre todo no logra entender por qué ha tenido que enterarse ella sola, sin su marido...

Por la mañana, sigue desolada. Lloro. En el fondo, teme que Enrico quiera abortar, teme que la rechace. Mientras llora, reza, clama a Dios. Quiere comprender, pero no lo logra. Pide luces, pero sigue rodeada de oscuridad... Por fin, se encuentra con una

imagen de la Virgen. La mira y, entonces sí, *comprende*. Está en la misma situación que María: recibe un hijo que no es para ella, sino que está destinado a morir, y ella le acompañará al pie de la cruz. Además, pesa sobre su alma la ignorancia de su marido, un posible repudio (59). Este encuentro con la Virgen arroja un poco de luz sobre todo lo que está pasando. Chiara se queda más tranquila.

Como no está segura de poder decírselo todo a su Enrico, decide escribirle una carta. En ella da la noticia y expone lo que ha podido comprender, de momento, sobre el designio de Dios. Tal vez esa hija era la respuesta de Dios a sus sueños. Tal vez era el modo de vivir en una «casa de acogida» y cuidar a un niño al que nadie quiere. Es una carta sincera, transparente. De nuevo, Chiara se presenta ante Enrico tal como es, en toda su fragilidad.

Por fin, va a recogerle al hospital. Tiene la cara hinchada. Vuelven a casa. «Tenemos que hablar». «¿Qué pasa? ¿La niña no está bien?». Chiara no logra articular palabra. «No te preocupes, la tendremos de todos modos». Pero ella solloza: «Es que... no podemos tenerla. Es incompatible con la vida». Enrico la abraza: «No te preocupes. Es nuestra hija: la acompañaremos hasta donde podamos». Y, mientras las lágrimas llenan sus ojos, se abrazan. Ella comentará más tarde: «Pensé: este hombre me ama, en serio... y ama el fruto de nuestro amor tanto como lo amo yo» (40).

Chiara está en la semana 14 de embarazo, de un embarazo que no va a ser fácil. Aparte de las complicaciones médicas que van surgiendo, lo que más les hace sufrir es la actitud de mucha gente, ¡incluso personas cercanas! Algunos les aconsejan que aborten —«están a tiempo», dicen—. Otros se empeñan en entender *por qué* les ha sucedido *eso*, y elucubran sobre cuestiones genéticas, tensiones psicológicas, incluso una maldición... Muy pocos logran entender la alegría que irradia el matrimonio: «¡Qué pena!, precisamente a vosotros...». Ellos, en cambio, han sabido acoger a la pequeña como lo que en realidad es: un don de Dios —¿qué pena?—.

Ya han pensado el nombre que le van a poner: *Maria Grazia Letizia*. María, por la Virgen; Grazia, porque es un don; Letizia, porque les ha llenado de alegría. Con la pequeña, reciben el don de una vida —un alma— a la que acompañar al Cielo. Además, descubren una verdad profunda: que hemos nacido para la eternidad, que la vida presente es un tiempo de paso... y nada más. Enrico lo resumía así: «Maria Grazia Letizia nos ha hecho abrir el corazón. Abres la puerta y entra la gracia, el amor verdadero, el sentido de la vida, la eternidad. Eso es lo que ha hecho Maria Grazia Letizia» (40). Su alegría es inmensa.

El embarazo sigue adelante. El líquido amniótico en el seno de Chiara es muy abundante: si una madre tiene habitualmente un litro, ella tenía casi siete. Todo el mundo, al verla, le pregunta, y ella se ve obligada a volver una y otra vez sobre su situación. Pero eso no la entristece, sino al contrario. Es una madre llena de alegría por la vida que late en su interior.

El volumen de líquido comporta también algunos riesgos para la salud de Chiara, así que los médicos recomiendan un parto por cesárea. Se resisten. Finalmente, se hace necesario inducir el parto: será el 10 de junio. Cuando Chiara se presenta en el hospital

por la mañana, reconoce que ha tenido algunos dolores durante la noche. Tras examinarla los médicos, reconocen que... ¡son las contracciones naturales! María Grazia Letizia está en camino. Al hospital se han acercado familiares y amigos. Entre ellos, el padre Vito.

La niña nace y, cuando su madre la coge, su corazón late todavía. Luego la pasa a su padre. «Miraba a Enrico con nuestra hija en brazos: tan orgulloso de ella. Estaba segura de que no habría podido tener un padre mejor» (50). El padre Vito entra en la habitación para bautizar a la pequeña: Maria... Grazia... Letizia... La niña falleció media hora después de nacer. El mismo Enrico la llevará al depósito de cadáveres. Han sido unos minutos inolvidables. Cuando, unas horas más tarde, el matrimonio vuelve a su casa, Chiara susurra: «¿Sabes que volvería a hacerlo?»; y su marido contesta: «Yo también lo repetiría» (59).

Dos días más tarde es el funeral. Es extraño: es un funeral... alegre. Los padres de la pequeña están vestidos de blanco, radiantes. No se encuentran en el primer banco, sino en el coro: él toca la guitarra; ella el violín. Al terminar, acompañan el ataúd blanco hasta el cementerio. Han preparado un precioso recordatorio. Junto a una imagen de la Virgen con el Niño en brazos, una frase: «Hemos nacido para la eternidad, para no morir ya nunca más». Preparan también un texto más largo, que se resume en una frase: «*Maria Grazia e Letizia della nostra vita*» (María Gracia y Alegría de nuestra vida). Todos están de acuerdo: con ella han tenido «una experiencia de la eternidad» (53).

DEJARSE SORPRENDER POR EL AMOR

¿Quién habría esperado que una pareja de recién casados, jovencísimos, pudiera tener un hijo enfermo? ¿Es justo? ¿Lo merecen? ¿Es que Dios se ha vuelto loco? Son preguntas que Chiara y Enrico no se hacen. Los médicos, sí. Los familiares y amigos, sí. Y los conocidos. Pero *ellos*, no. Seguro que les vinieron cientos de veces a la cabeza, pero supieron no darles importancia. A fin de cuentas, ¿por qué iban a hacerlo?

Su decisión de seguir adelante con un embarazo condenado a la muerte parece una locura. ¿No iba a morir igualmente la niña? Y ¿no sería un peso terrible para la madre ese embarazo, y ese parto, y esa muerte? Desde luego, no era algo que ellos hubieran deseado: no se lo esperaban. Sin embargo, desde el primer momento comprendieron que aquella vida era un don de Dios, y, como recordaba Enrico: «Los dos sabíamos lo que había que hacer en esta situación. Fue precioso» (39).

A la vista de lo sucedido, es imposible no preguntarse: *¿Cuál es el secreto de esta pareja?* Pienso que tiene que ver con aquel camino que habían comenzado unos años atrás: el camino de la fe y el abandono confiado en manos de Dios. Esto se manifiesta en dos puntos fundamentales. El primero se encuentra en una intervención de Enrico, en una iglesia romana, el 19 de noviembre del mismo 2009: «“Sin Dios, todo se convierte en una casualidad”. Con Él, en cambio, puedes ver el sufrimiento como una invitación a bailar, y si “empiezas a bailar, te das cuenta de que sí, hay sufrimiento, pero hay también mucha alegría, mucha paz”»; y «mientras bailas con Jesús esta danza, que es el sufrimiento, te preguntas: “Pero yo tengo paz, ¿cómo es posible?”» (58, 67). Si Dios nos

propone un baile que no conocemos, que nos *parece* absurdo, podemos rechazar la danza... o intentar bailar lo mejor que podamos, convencidos de que *en realidad* lo que Dios nos ofrece es un don, una propuesta de amor. Entonces, junto al sufrimiento, experimentamos la paz del alma.

Así pues, lo primero es darse cuenta de que nada es casual, de que detrás de cada acontecimiento hay Alguien que nos ama. Benedicto XVI recogía la misma idea al inicio de su pontificado: «No somos el producto casual y sin sentido de la evolución. Cada uno de nosotros es el fruto de un pensamiento de Dios. Cada uno de nosotros es querido, cada uno es amado, cada uno es necesario. Nada hay más hermoso que haber sido alcanzados, sorprendidos, por el Evangelio, por Cristo. Nada más bello que conocerle y comunicar a los otros la amistad con él»[3]. El secreto está en reconocer que hay alguien que nos ama, hay un amor que nos antecede. Dios *primerea*, como ha repetido el papa Francisco; Dios siempre llega primero. Pero no basta la teoría para reconocer esa presencia maravillosa y anterior del Amor; hay que experimentarla, y, cuando se experimenta, transforma la vida.

La segunda manifestación de esa fe vivida tiene que ver con algo que apunta Chiara desde el principio. Cuando pensaba en aquella primera noche de angustia, reconocía: «Sabía que el Señor tiene siempre algo distinto para nosotros, no todo va como pensamos, y por eso en aquel momento mi única preocupación era: *¿Cómo se lo digo a mi marido?*» (36). La mayor parte de nosotros hubiéramos pasado aquella noche (y muchas más) dando vueltas y más vueltas a *nuestros* sufrimientos. A ella solo le preocupa su marido.

Chiara sufría también, desde luego, pero de otro modo. Como a nosotros, le pasaba que «no podía pretender entender todo y enseguida; el Señor tenía un proyecto que yo no lograba comprender» (38). En eso estamos cerca de ella: queremos «entender todo y enseguida». Es humano. Pero quizá andamos más lejos de ella en lo que respecta a su actitud de fondo. Me refiero a esa confianza filial, de quien sabe que Dios es un Padre *que sorprende...* sin olvidar nunca que es un Padre *amoroso*.

El papa Francisco lo ha recordado ya en múltiples ocasiones. En la Vigilia pascual de 2013, decía: «A menudo, la novedad nos da miedo, también la novedad que Dios nos trae, la novedad que Dios nos pide. Somos como los apóstoles del Evangelio: muchas veces preferimos mantener nuestras seguridades, pararnos ante una tumba, pensando en el difunto, que en definitiva solo vive en el recuerdo de la historia, como los grandes personajes del pasado. Tenemos miedo de las sorpresas de Dios. Queridos hermanos y hermanas, en nuestra vida tenemos miedo de las sorpresas de Dios. Él nos sorprende siempre. Dios es así. No nos cerremos a la novedad que Dios quiere traer a nuestras vidas»[4]. Deberíamos dejarnos sorprender por Dios, y sin embargo no logramos desposeernos de nuestros planes. Pensamos que, si las cosas no salen a nuestro modo, *no podemos* ser felices. Y, de ese modo, cuando los planes se tuercen (porque siempre se tuercen) no logramos ser felices.

La historia de esta joven italiana nos enseña a salir de nosotros mismos y poner nuestros sueños en manos de Dios. Él ha ideado un futuro mucho más rico del que

podemos imaginar. A veces —como en el noviazgo de Chiara y Enrico— coincide con nuestros planes; otras, no. En todo caso, vivir como hijos de Dios significa fiarse de nuestro Padre, decir «hágase», como María. Pensando precisamente en su vida, puede ser una buena ocasión para que nos preguntemos, con el Papa: «¿Me dejo sorprender por Dios, como hizo María, o me cierro en mis seguridades, seguridades materiales, seguridades intelectuales, seguridades ideológicas, seguridades de mis proyectos? ¿Dejo entrar a Dios verdaderamente en mi vida? ¿Cómo le respondo?»[5].

El ejemplo de Chiara —tan cercano en todos los sentidos— manifiesta que también nosotros podemos aprender a dejarnos amar por un Dios que sorprende. Como decía ella misma «lo único que hemos hecho ha sido decir “sí”, paso a paso» (19). Por supuesto, pueden surgir dudas sobre qué es lo que Dios pide, cómo distinguirlo de nuestras ocurrencias... Lo importante es, entonces, «tener una relación cotidiana con Él, escucharle en silencio ante el Sagrario y en lo íntimo de nosotros mismos, hablarle, acercarse a los Sacramentos. Tener esta relación familiar con el Señor es como tener abierta la ventana de nuestra vida para que Él nos haga oír su voz, qué quiere de nosotros»[6].

Incluso en los momentos de mayor incertidumbre, cuando no hay una regla clara para nuestro caso, el trato con Dios hace que su voluntad se presente claramente. No con la certeza de una demostración matemática, pero sí con claridad suficiente para actuar. Tras el fallecimiento de Maria Grazia Letizia, en una de las sesiones en que dio su testimonio, Chiara reconocía: «Sobre estos temas hay mucha confusión, sí, pero el Señor pone la verdad dentro de cada uno de nosotros, y no hay posibilidad de malinterpretarla»[7]. Si tenemos un trato cotidiano y familiar con Él, «no hay posibilidad de malinterpretar» lo que Dios propone. Chiara rezaba desde muy pequeña al menos quince minutos al día. Tú y yo... ¿podemos decir lo mismo?

* * *

El aprendizaje de Chiara y Enrico todavía no ha concluido. En realidad, no ha hecho más que empezar. Unas semanas después del nacimiento de Maria Grazia Letizia (y de su muerte), tras realizar las pruebas pertinentes y someterse a los tratamientos oportunos, Chiara y Enrico viajan a Medjugorje. Van para dar gracias a la Virgen por tantas cosas: los meses de embarazo, los pocos minutos que estuvieron con su hija, la posibilidad de acompañarla en su camino hacia el Cielo. Piden también algo: un hijo.

- [1] Entrevista a Enrico Petrillo en Radio Vaticana, publicado en www.vaticaninsider.it, 26-VI-12.
- [2] S. Troisi y C. Paccini, *Siamo nati e non moriremo mai più*, Porziuncola, Assisi 2013, 22. Para escribir estas páginas, he acudido sobre todo a este libro, escrito por unos amigos cercanos a Chiara y Enrico. En adelante, lo citaré poniendo simplemente el número de página entre paréntesis. La traducción es mía.
- [3] Benedicto XVI, *Homilía en la Misa de inicio del pontificado*, 24-IV-2005.
- [4] Papa Francisco, *Homilía en la Vigilia pascual*, 30-III-2013.
- [5] Papa Francisco, *Homilía*, 13-X-2013.
- [6] Papa Francisco, *A los jóvenes de Umbría en Asís*, 4-X-13
- [7] Este testimonio de Chiara, de 2009, puedes verlo entero en Youtube con el título “testimonianza enrico e chiara”. Consultado en julio de 2014 (cfr. 58).

RETRATO DE UNA MADRE

En noviembre de 2009, solo unos meses más tarde, Chiara descubre que vuelve a estar embarazada. ¡Qué alegría tan grande! La primera ecografía no señala nada extraño. ¡¡Una nueva alegría!! La segunda, tampoco: ¡¡se descarta la anencefalia!! De hecho, los médicos les habían avisado de que tenían las mismas posibilidades de tener un hijo sano que cualquier otra pareja, y parece que así va a ser. Sin embargo, cuando se presentan para la tercera ecografía... hay algo extraño. Al pequeño Davide Giovanni le falta una pierna, mientras la otra no es más que un muñón.

No saben a qué atenerse. Algunas pruebas médicas les confirman que no hay ninguna causa genética detrás de las anomalías. No existe relación entre los dos embarazos... ¿Entonces? El matrimonio se encuentra otra vez en una situación difícil; Dios vuelve a pedirles algo que no esperaban. Como recordará Chiara: «La primera vez, con Maria, el Señor nos había preguntado: “¿Estáis dispuestos a acompañar a un hijo hasta donde yo os pida?”. Lo hicimos, y fue precioso. La segunda vez, con Davide, nos preguntó: “¿Estáis dispuestos a acoger a un hijo discapacitado en vuestra familia, aunque tenga problemas serios?”. También en este caso dijimos “sí”» (62). De nuevo, su respuesta es la generosidad de acoger ese don —porque así es como lo ven, como un don—. De nuevo, se dejan sorprender por Dios. Y, de nuevo, Él les llena de paz.

Con todo, la cuarta ecografía revela algo más serio. Se trata de una malformación visceral múltiple en la pelvis (vejiga y riñones). El pronóstico es claro: tampoco Davide sobrevivirá. El golpe es muy duro. Dos hijos, separados por un año escaso; no hay relación entre un caso y el otro; y sin embargo... Ella misma dirá que devolver a Davide Giovanni a Dios le costó *mucho*.

Se levantan nuevas voces que les animan a abortar. Otros insisten en ver una falta grave detrás de tamaña desgracia. Muy pocos ven a Dios en lo que está sucediendo, y eso hace sufrir a Chiara y a Enrico. ¿Qué van a hacer? Se sienten muy apoyados por la oración de familiares y amigos, y en su corazón saben lo que Dios les pide: acogerán a Davide Giovanni y le acompañarán hasta donde puedan, como habían hecho con su primera hija. Así transcurren los meses del embarazo.

La historia parece que se repite. El mismo hospital, el mismo mes de junio. La misma insistencia en inducir el parto, la misma negativa por parte de la madre, el mismo parto natural. Y a la vez, una alegría más honda. Cuando Chiara recibe a su hijo en la cama, susurra: «Hijo mío, amor mío» (71). El niño está vivo. Pesa apenas un kilo y setecientos gramos. Vivirá poco más de media hora. Enrico lo muestra orgulloso ante sus amigos y

familiares: «¿Habéis visto qué guapo es? ¡Es perfecto!» (72). Como su hermana: perfecto para la eternidad. El bautizo es igual al de ella, recién nacido. Después, un idéntico recorrido hasta el depósito, en brazos de su padre.

En el funeral, el público ha cambiado. Una segunda decisión como la que la pareja ha tomado ha hecho que mucha gente se aleje de ellos. Otros se han acercado. ¿Están locos? Desde luego, por su cara no lo parece. Entierran a su segundo hijo, pero están felices. Para la ocasión, han preparado un cartel con algunas fotos del pequeño. En él se lee una frase que resume lo que Dios les ha ido mostrando: «Lo importante en la vida no es hacer algo, sino nacer y dejarse amar». Es algo que solo una persona con corazón de padre —de madre— puede comprender.

LO IMPORTANTE EN LA VIDA

Lo importante en la vida... ¿Qué es lo importante en la vida? ¿Salud? ¿Un buen físico? ¿Inteligencia? ¿Un currículum impecable? ¿Una carrera brillante? ¿Un trabajo bien remunerado? ¿Un matrimonio envidiable? ¿Eso es lo importante? El mundo en que vivimos lo tiene bastante claro, pero ¿qué es lo que un padre o una madre esperan de su hijo? Para los ojos de un padre, los criterios del mundo deberían caer por tierra. Cuando una madre atiende a las razones del corazón, no quiere —ni valora— a su hijo por lo que *hace*, sino por quien *es*: porque *es* su hijo. Y *eso* es más que suficiente. Debería ser una afirmación banal, pero el mundo en que vivimos necesita que se lo repitan muchas veces.

Tal vez sea una crisis de la maternidad lo que está en la base del debate actual sobre el aborto: el problema de fondo es que hemos perdido de vista lo que significa ser madre. Hoy en día, parece que la maternidad tiene que ver únicamente con el deseo de tener hijos. Así, tienen derecho a ser madre las mujeres que sienten la necesidad de serlo. Algunas no lo sienten —no lo necesitan—, pero otras sí, y en tal caso, tienen derecho a que su hijo nazca sano y cumpla en su vida con las expectativas que despierta. Y al revés, quienes no albergan ese deseo, no pueden ser «obligadas» a tener un hijo.

¿Es realmente así? ¿No convierte eso al hijo en un *objeto* de deseo?, ¿en algo más que se *tiene*, que se *posee* y que, en última instancia, se puede *manipular*? Ya no es un *don* que se recibe, sino algo que se ansía. Y al revés, cuando no es algo deseado, pierde incluso su carta de ciudadanía: no es *alguien* que viene a nuestro encuentro, sino *algo* que le «ha salido» a la madre, *algo* sobre lo cual la madre tiene derecho a decidir. Una visión de este tipo reduce enormemente la grandeza de la maternidad y de la filiación humanas. Hace que perdamos de vista lo más importante —el amor— y recuerda una idea de san Francisco que Chiara y Enrico tenían muy presente: «Lo contrario del amor no es el odio, sino la posesión» (55). En una palabra, un hijo no se *tiene*, como se tiene un coche o un bolso; un hijo se *acoge*.

La vida de Chiara pone ante nuestro ojos una maternidad *distinta* de la que estamos acostumbrados a considerar, precisamente porque está llena de amor. Guapo o feo, dotado o menos dotado, sano o enfermo: sea como sea, el hijo tiene un valor infinito. No viene a saciar una necesidad de la madre, sino que es un don que ella acoge y ama por sí mismo. Si una madre así da a luz, por difíciles que sean las condiciones de vida de su

hijo, este tendrá una vida feliz, porque hay alguien que le quiere con un amor incondicional. En los momentos difíciles, cuando experimente el fracaso o la frustración, la madre será el lugar al que puede volver, porque en ella redescubrirá el valor de su vida. Ese amor es lo que hace de la suya una vida digna, aunque se desarrolle en circunstancias muy duras. Por eso, «lo importante en la vida no es *hacer* algo, sino *nacer y dejarse amar*».

Frente a esta maternidad, humana y extremadamente rica, se levantan los gigantes de nuestro orgullo y de nuestra sociedad egoísta, «exitista», que amenazan con aplastar lo mejor de nosotros mismos. Unas semanas después de recibir la noticia de la enfermedad de su hijo, Chiara escribía algo que, aunque sea un poco largo, creo que merece la pena recoger aquí. Nos enseña que también ella tuvo que luchar por dilatar su corazón, en un camino de fe y de caridad:

¿Quién es Davide? Un pequeño que ha recibido como un don de Dios una tarea tan grande... la de abatir los grandes Goliat que hay dentro de nosotros:

abatir nuestro poder de padres que deciden sobre él y por él; nos ha demostrado que él crecía y era así porque Dios tenía necesidad de él así;

ha abatido nuestro «derecho» a desear un hijo que fuese para nosotros, porque él era solo para Dios; (...)

ha desenmascarado la fe mágica de quien cree que conoce a Dios y luego le pide que se comporte como una máquina de chokolatinas;

ha demostrado que Dios hace milagros, pero no con nuestras lógicas limitadas, porque Dios es algo más que nuestros deseos (ha abatido la idea de los que no buscan en Dios la salvación del alma, sino solo la del cuerpo; de todos aquellos que piden a Dios una vida feliz y sencilla que no se parece en absoluto a la vía de la cruz que nos ha dejado Jesús). (...)

Doy gracias a Dios porque mi Goliat finalmente ha muerto y mis ojos son libres por fin para mirar más allá y seguir a Dios sin tener miedo de ser quien soy (75-76).

Hay que meditar estas palabras, despacio, para descubrir toda la riqueza que encierran.

Para Chiara, esa lucha entre David y Goliat significó un paso más en el aprendizaje del amor de Dios. A fin de cuentas, se trata de aprender a amar como Dios nos ama; un Dios que nos perdona tantas veces cuantas caemos y pedimos perdón; un Dios que siempre vuelve a confiar en nosotros; un Dios que no nos rechaza *jamás*, ni siquiera cuando nos acercamos a Él enfermos de lepra o cuando, como el hijo de la parábola, hemos tirado nuestra herencia —¡su herencia!— por la ventana; un Dios que nos acoge y nos abraza; un Dios que nos acompaña siempre de nuevo en nuestro camino. El mensaje de la Misericordia es el mensaje de la paternidad de Dios, de su amor sin medida. Chiara aprendió a amar porque supo dejarse amar por Dios. Y, por eso, se manifiesta en ella la auténtica maternidad: la que acoge a alguien *tal como es* y le acompaña en el camino de la vida, a través de éxitos y fracasos, sencillamente *por quien es*. De ahí la paradoja: hay mujeres que han dado a luz y no son madres, y otras que, sin dar a luz, son madres de muchas almas.

EL DON DE LA FIDELIDAD

La continuación de la historia no debería sorprendernos: pasados tres meses desde el fallecimiento de Davide Giovanni, Chiara espera otro hijo. Se llamará Francesco y es, como dirán sus padres, una manifestación de la fidelidad de Dios. El embarazo irá adelante sin complicaciones, y el niño nacerá sano el 30 de mayo de 2011. Es la primera vez que pueden volver a casa con su hijo en brazos...

Un año más tarde, su madre le escribirá una carta:

Nosotros hemos amado a tus hermanos Maria y Davide, y te hemos querido a ti sabiendo que no erais nuestros, que no erais para nosotros, y así debe ser todo en la vida: todo lo que tienes no te pertenece nunca, porque es un don que Dios te da para que puedas hacerlo fructificar.

No te desanimes nunca, hijo mío, Dios no te quita nunca nada, si quita es solo porque quiere darte mucho más (153-4).

Pero ¿a qué venía esa precaución?, ¿qué es lo que Dios le quitaba esta vez? Lo más valioso: Francesco no llegó solo, con él llegó «el dragón», como le llamaba Chiara. Poco antes de saber que está embarazada, descubre un afta en la lengua. Parece algo de poca importancia, pero con el paso de las semanas empeora. Por fin, le hacen una biopsia: hay que operar. Ella todavía no lo sabe, pero es un carcinoma.

El 16 de marzo entra en quirófano. La operación es muy molesta y, a la salida, Chiara no puede hablar, ni tragar. Los dolores son tremendos, y, por estar embarazada, no le pueden suministrar calmantes fuertes. Tras la operación, llega la noticia: se trata de un tumor.

La segunda parte del tratamiento requiere la extracción de los ganglios linfáticos, en el cuello. Los médicos proponen enseguida la interrupción del embarazo. El caso es ciertamente difícil, pero Chiara y Enrico —una vez más— tienen claro lo que Dios les pide: le darán la vida a Francesco. Habrá que inducir el parto, y comienza un tira y afloja con los médicos. Para atacar la enfermedad, lo ideal sería hacerlo cuanto antes; para el niño sería muy arriesgado. A esto hay que sumar una nueva tormenta alrededor de la pareja: consejos llenos de buenas intenciones, nuevas elucubraciones sobre las causas y, de fondo, una pregunta: *¿Por qué Dios permite algo así!?!... ¿¿jotra vez!!??* No hay conexión entre los males que han padecido, y además el carcinoma es propio de personas ancianas, sobre todo fumadoras. Chiara es joven, y no fuma. Una vez más, su refugio es la oración y el cariño que les rodea.

El tumor no crece, así que Chiara logra ganar algunas semanas más. Por fin, nace Francesco, el 30 de mayo. Cuatro días más tarde, ella vuelve al quirófano para continuar con el tratamiento oncológico. Aunque la operación va bien, las pruebas revelan que el tumor sigue activo. En los meses sucesivos, se somete a distintas sesiones de radio y quimioterapia. En algunos periodos no puede alimentarse normalmente. La medicación le provoca náuseas y vómitos. Pierde mucho peso, pero, como recuerdan sus amigos, no pierde la alegría.

En noviembre se somete a nuevas pruebas: han aparecido unas manchas en los pulmones. Está muy delgada. Tose sangre. Empieza a dolerle la espalda. En marzo, nuevas pruebas. Las lesiones han empeorado, y el médico pide un TAC del cuerpo entero. Hay lesiones en el hígado, en el pecho, en el ojo. También en el cuello se han desarrollado de nuevo los tumores. El 2 de abril se somete a una biopsia hepática. Con ella tendrán un diagnóstico definitivo de su situación.

LO QUE CUESTA DEJARSE QUERER

La historia de Chiara es conmovedora. Verla hablar en persona —en internet encontrarás distintos vídeos— pone la piel de gallina. Al principio de estas páginas se recogía aquella pregunta a Enrico: «¿Qué le dirá a su hijo cuando le pregunte por su madre?», y la respuesta: «Seguramente le contaré lo hermoso que es dejar que te ame Dios». Es hermoso... pero nadie dice que sea sencillo. Corremos el riesgo de imaginar a Chiara como una persona especial, con una fe inmensa, que veía su situación como un don de su Padre y la acogía sin dificultad, con una sonrisa. Y no es así. En la web que hay dedicada a su historia, su marido escribía:

Queridos amigos, siguen atribuyéndose a Chiara frases que ella nunca ha pronunciado, palabras románticas que la presentan como una mujer sin miedo y con una fuerza sobrenatural. Mitificarla no es bueno para ninguno de nosotros, que seguimos en camino. Más bien, pone entre nosotros y el Señor una distancia que —la vida de los santos nos lo testimonia— no existe. Los santos son hombres y mujeres como nosotros que, sintiéndose amados en primer lugar, descubrieron que tienen un padre para quien todo es posible[1].

En definitiva, Enrico dice —porque lo sabe— que el de Chiara no es un ejemplo inalcanzable. Era una persona normal, como tú y como yo. Su historia es la de un aprendizaje, y no hay aprendizaje sin dolor. Lo vimos en su noviazgo, en la noticia de la anencefalia de su primera hija, en la enfermedad y en el diagnóstico final de Davide, en el descubrimiento del tumor, en las sucesivas intervenciones... Después de la primera operación en la lengua, por ejemplo, ella misma recuerda: «Así, sin poder hablar y ni siquiera tragar saliva, pasé la noche más larga de mi vida. Gritaba a Dios en mi interior: “¿Por qué no me quitas el dolor?, ¡sé que puedes hacerlo!” En cierto momento, llevada por el delirio, me dije: “Dios no existe; si no, no me haría esto”. Pero en aquel momento noté un fuerte dolor en el corazón y me sentí tan sola, como nunca antes me había sentido, y me dolí por haber pensado tal cosa» (83). Se rebela, grita a Dios... y luego redescubre a un Padre que la ama.

No deja de ser llamativo que, de toda su historia, lo que le pareciera más difícil fuera la etapa del noviazgo: el discernimiento, el miedo a perder a Enrico... Después, con su continua cercanía y apoyo, las demás pruebas le resultarán más llevaderas. El noviazgo significó para Chiara renunciar a su autosuficiencia y poner su vida en manos de Dios. Aquel primer paso fue importante. El embarazo de Maria Grazia Letizia, y después el de

Davide Giovanni supusieron nuevas etapas en su camino. Y la enfermedad trajo la prueba decisiva. La obligó, como a cualquier enfermo, a dejarse en manos de Dios y de quienes la cuidaban. Eso significa reconocerse necesitado, débil, radicalmente dependiente, y no es una tarea fácil.

A inicios de 2012, cuando el desarrollo de la enfermedad comenzaba a manifestarse en lo delgada que estaba y en fuertes dolores en la espalda, a veces no podía ni siquiera coger a su hijo. Un día se desahogaba por teléfono con una amiga: «Quiero una vida normal. Es mi ídolo. Vito me ha dicho que debo soltarlo, pero me cuesta. Quizá nos bloqueamos precisamente ahí, nos hemos atravesado por esta bendita normalidad. Quisiera ser autosuficiente, como todas, y en lugar de eso no logro ni siquiera tener a mi hijo en brazos. ¿Pero por qué este camino? Vito me ha dicho que estoy todavía en la fase en que Job se rasca con las tejas. Aún no me estoy enfadando en serio con Dios. Pero yo se lo estoy diciendo: ¿Qué más tengo que hacer?» (106).

Reconocer la propia incapacidad es doloroso, y lo es especialmente en una sociedad como la nuestra. Hoy en día, declararse «necesitado», «dependiente» de otros, parece un fracaso, como si nos relegase a una existencia de segunda categoría. Cada uno — pensamos— debería ser lo suficientemente fuerte como para sacar adelante su propia vida. Cada palo está ahí y debe sostener su propia vela: nos parece una verdad clarísima. Pero ¿lo es? Bien pensado, no hay muchas razones que apoyen esta postura, sino más bien la contraria: desde que nacemos, necesitamos a los demás (más que cualquier otro animal); y maduramos precisamente cuando salimos de la adolescencia (crítica con todo, creída, autosuficiente), para reconocer que somos débiles, que tenemos límites, y que nuestra fortaleza depende del amor —y del Amor— que nos arropa. Solo entonces estamos verdaderamente preparados para compartir nuestra vida con otra persona, sea en el matrimonio, sea en la total dedicación a Dios. ¿Qué se comparte con un amigo, si no la propia debilidad?

Con todo, la autosuficiencia sigue siendo una especie de dogma de nuestro mundo. Tal vez por eso, Chiara seguía rebelándose. Sin embargo, de la mano de su padre espiritual y apoyada siempre en la oración, seguirá creciendo en un camino de confianza. El mismo que hemos de recorrer cada uno de nosotros. Se trata de seguir descubriendo que *mi* existencia es valiosa no por las cosas que *hago*, por lo que *consigo*, o por los talentos que *tengo*, sino simplemente porque *existo*: he nacido y tengo un Padre que me ama con locura. *Lo importante en la vida...* es eso: nacer y dejarse amar. Quizá es momento de pensarlo detenidamente: ¿de verdad es eso lo importante en *mi* vida? El milagro que Chiara vivió al final de su enfermedad puede ayudarnos a pensarlo un poco más a fondo.

[1] Cfr. www.chiaracorbellaetrillo.it, consultado el 11 de julio de 2014.

EL MILAGRO DE CHIARA CORBELLA

Finalmente, el 4 de abril, el médico comunica a Enrico el estado de su esposa: las lesiones son fruto de una metástasis; Chiara es una enferma terminal. Vuelve junto a ella y la lleva a la capilla. No le dice nada; su silencio es más elocuente que todas las palabras del mundo. Se abrazan y se repiten las promesas matrimoniales. «Solo no me digas cuánto me queda —le pide Chiara—, porque quiero vivir el presente» (120). Es una manifestación más de su abandono. Sabe que Dios da a cada uno el alimento que necesita «en el momento oportuno», no antes (*Sal* 145, 15).

Regresan a la habitación y ella misma da la noticia a los presentes. Luego recoge todas las cosas; quiere volver a casa lo antes posible. Cuando se quedan a solas, su amiga Cristiana le pregunta: «¿Estás preocupada?». Ella contesta: «¿Sabes, Cri?, he dejado de querer entender; de otro modo, te vuelves loca. Y estoy mejor. Ahora estoy en paz, ahora tomo lo que viene. Él sabe lo que hace, y hasta ahora no me ha decepcionado nunca. Luego comprenderé. Si hubiera sucedido hace un mes, no lo habría soportado. Ahora sí, si miro al hoy. Después, para cada día hay gracia. Día a día. Solo debo hacer espacio» (121-2).

UN TIEMPO LLENO DE VIDA

Tras abandonar el hospital, el siguiente paso es hablar con sus padres: una tarea nada grata. Cuando los encuentra al llegar a casa, y les explica su situación, sus caras se ensombrecen mostrando la desolación que les invade. Chiara está a punto de derrumbarse, y en ese momento le sale una oración del fondo del alma: «Señor, pídemelo todo, pero con estas caras... ¡no voy a poder!». Entonces —desde entonces— tiene lugar el milagro. No ha querido saberlo, pero le quedan solamente dos meses de vida. Serán dos meses *llenos* de vida.

Desde hace más de un año, cuando tuvieron conocimiento del primer tumor, Chiara y Enrico se reúnen los jueves con sus amigos para rezar juntos el Rosario. La velada esta vez es especial, intensa. Surge una idea: ¿por qué no volver a Medjugorje? El matrimonio ha acudido a los pies de la Virgen en cada una de las etapas de su camino, ¿por qué no en esta? A los pocos días, envían un e-mail a familiares y amigos con una invitación: «Humanamente —escriben— no podemos hacer nada más, a no ser rezar mucho y pedir a Dios la fuerza necesaria para vivir santamente esta prueba».

Santamente, de la mano de Dios. Así que está decidido: del 17 al 19 de abril se encontrarán en la casa de María.

La movilización es inmediata, más de trescientas personas responden a la iniciativa... aunque al final solo habrá espacio en el avión para ciento sesenta. Chiara ha ido para pedir a la Virgen, para todos los que la acompañan, «la gracia de vivir la gracia» (130). El 18, al terminar la Misa, el matrimonio pide a sus amigos que permanezcan un momento en la iglesia. Chiara y Enrico pasan entre la gente repartiendo a cada uno un rosario y una imagen de la Virgen. Enseguida lo explican: «Por esto os hemos querido aquí, por esto os hemos traído hasta aquí, para transmitir nuestro secreto (...); ¡sin María no habría sido posible nada de lo que hemos hecho!» (131). Es María quien les unió, y es Ella quien les ha ayudado a dar cada uno de los pasos que ha requerido su aprendizaje. Ella es el secreto de su historia.

Vuelven a Roma encantados, aunque ha sido un viaje cansado. Pero la *vida* sigue. Apenas dos semanas más tarde, tienen la oportunidad de saludar al Papa, Benedicto XVI, durante la Audiencia general en la Plaza de San Pedro. Las dos horas de espera bajo el sol son pesadas para Chiara, y al pequeño Francesco no le resulta fácil tanta inmovilidad... Por fin, llega el momento; les llaman. La pareja, con su hijo de un año, se acerca al Papa en la fila de los que esa mañana podrán intercambiar unas palabras con él. El tiempo es breve, apenas lo justo para decirle «Santo Padre, tenemos ya dos hijos en el Cielo». Sorpresa: «¿Ya dos hijos en el Cielo?». «También queríamos decirle que Francesco ha nacido porque Chiara ha retrasado las curas... y ahora es una enferma terminal...». Benedicto XVI recibe estas palabras con emoción. Se conmueve y abraza a Chiara. Después, Enrico le entrega una carta en la que le cuenta la historia de su matrimonio. No ha habido tiempo para más, pero ha sido más que suficiente (133).

PEQUEÑOS PASOS POSIBLES

Las últimas semanas de Chiara transcurrirán en la casa que sus padres tienen a las afueras de Roma, en *Pian della Carlotta*. Allí disfruta de la tranquilidad de una vida apartada, en el campo, y vivirá momentos de familia, en compañía de su marido y su hijo. Además, hasta ese lugar seguirán viajando amigos y conocidos. Los jueves se reúnen para rezar el Rosario juntos —en ocasiones, ¡hasta setenta personas!— Habrá también ocasión de hablar, de rezar, de cantar... Es un tiempo inolvidable para todos.

A la vez, Chiara sigue su aprendizaje. Su alegría y su serenidad son compatibles con el sufrimiento y el miedo. Miedo, sobre todo, a tres cosas: el dolor, el vómito, el purgatorio. En efecto, aunque recibe curas paliativas, sufre dolores en todo el cuerpo: ojo, cuello (a duras penas consigue tragar), tórax, espalda, pleuras... Sin embargo, no deja de tener pequeños detalles con los demás y —según recuerdan sus amigos— sigue poniéndose guapa para su marido. Si toda su existencia ha sido un continuo vivir *para* los demás, la enfermedad no va a suponer un obstáculo insalvable.

Una vez más, el suyo no es un camino para algunos (pocos) privilegiados, sino para todos los cristianos. Consiste en vivir el presente, sabiendo que, como afirma san Pablo, Dios es fiel, y no permite que seamos tentados por encima de nuestras fuerzas, antes

bien, nos da junto con la prueba la gracia que necesitamos para poder soportarla (cfr. 1 Co 10, 13). No es algo que Chiara sepa en teoría, sino que lo vive y lo ha tocado muchas veces con sus propias manos: Dios es fiel, y da la gracia necesaria para cada etapa del camino.

Por su parte, se limita a poner por obra un truco que aprendió en Asís del padre Vito, el de *las 3 P: Pequeños Pasos Posibles*. Se trata de no mirar más allá del presente: ni al pasado, para sopesar si uno tiene fuerzas suficientes; ni al futuro, para intentar entrever cómo será, qué pasará... Presente significa: ¿qué *puedo* hacer *ahora*? Porque, *ahora*, tengo toda la ayuda de mi Padre para hacer esa *pequeña* cosa que está *a mi alcance*. Después, Dios hará el resto.

En el funeral de Chiara, Vito se detendrá un momento en este punto. Aunque sea poco lo que Dios nos pide, ese poco ha querido necesitarlo. En Caná, Jesús convirtió el agua en vino, pero hizo falta que los criados llenaran las tinajas. A menudo —señala—, perdemos todo nuestro tiempo (y nuestras fuerzas) en pensar y volver a pensar y volver a pensar que *no podemos* transformar el agua en vino... ¡¡¡Ni falta que hace!!! No es eso lo que Jesús nos pide; nos pide solo que llenemos las tinajas de agua. Y eso *sí podemos* hacerlo[1].

El camino de Chiara puede ser el nuestro. Bastaría que dejásemos de darnos vueltas, de pensar si es justo lo que Dios permite... si podremos o no podremos salir adelante... para concentrarnos en nuestros personalísimos **Pequeños Pasos Posibles**. Piénsalo despacio: ¿por qué no intentarlo?, ¿cuáles son para mí —hoy, ahora— esos pequeños pasos?

* * *

El recuerdo de los últimos meses de Chiara se resume en dos palabras: serenidad y alegría. En su funeral, el padre Vito lo reconocía: «No hemos visto morir a una mujer serena; hemos visto morir a una mujer feliz»[2]. Ese es precisamente el milagro que había pedido al Señor —y que ha obtenido—: el milagro de la alegría. Por supuesto, habrá quien piense que eso sabe a poco, que es un milagro de poca monta o que no merece ni siquiera ese nombre... Pero quien ha vivido de cerca el sufrimiento, quien lo ha padecido en su propia carne, sabe que sí lo merece. Enrico decía: «No creo que haya un milagro mayor que la paz en la muerte. Para mí, esta es la perla preciosa que vale más que todo lo que tienes» (152). Él ha visto cómo se iba debilitando la vida de su esposa, en un clima de serena alegría, de felicidad. Como el apóstol, podría añadir: «El que lo vio da testimonio, y su testimonio es verdadero; y él sabe que dice la verdad para que también vosotros creáis» (Jn 19, 35).

FIARSE DE DIOS, ¡VALE LA PENA!

El 30 de mayo, para el cumpleaños de Francesco, Chiara y Enrico escriben una carta a su hijo. Contiene una especie de testamento. Más arriba he citado un par de líneas; ahora

me gustaría copiar un texto más largo. Es demasiado hermoso para glosarlo. Hay que leerlo despacio:

Queridísimo Francy,

hoy cumples un año y nos preguntábamos qué podíamos regalarte que te pudiese durar muchos años, y así hemos decidido escribirte una carta.

Has sido un don grande en nuestra vida, porque nos has ayudado a mirar más allá de nuestros límites humanos. Cuando los médicos querían meternos miedo, tu vida tan frágil nos daba la fuerza de seguir adelante.

Por lo poco que he comprendido en estos años, puedo decirte solamente que el Amor es el centro de nuestra vida, porque nacemos por un acto de amor, vivimos para amar y para ser amados, y morimos para conocer el amor verdadero de Dios.

El fin de nuestra vida es amar y estar siempre preparados para aprender a amar a los demás como solo Dios puede enseñarte. El amor te consume, pero es hermoso morir consumidos precisamente como una vela que se apaga solo cuando ha alcanzado su fin.

Cualquier cosa que hagas tendrá sentido solo si la ves en función de la vida eterna.

Te darás cuenta de que, si amas de veras, nada te pertenece verdaderamente, porque todo es un don. Como dice san Francisco: ¡Lo contrario del amor es la posesión!

Nosotros hemos amado a tus hermanos Maria y Davide, y te hemos querido a ti sabiendo que no erais nuestros, que no erais para nosotros, y así debe ser todo en la vida: todo lo que tienes no te pertenece nunca, porque es un don que Dios te da para que puedas hacerlo fructificar.

No te desanimes nunca, hijo mío, Dios no te quita nunca nada, si quita es solo porque quiere darte mucho más.

Gracias a Maria y a Davide nosotros nos hemos enamorado más de la vida eterna y hemos dejado de tener miedo a la muerte, así que Dios nos ha quitado, para darnos un corazón más grande y abierto a acoger la eternidad ya en esta vida.

En Asís me enamoré de la alegría de los frailes y de las monjas que vivían creyendo en la Providencia, y entonces pedí también yo al Señor la Gracia de creer en esta Providencia de la que me hablaban, de creer en este Padre que nunca hace que te falte nada, y fray Vito nos ha ayudado a caminar creyendo en esta promesa: nos casamos sin nada, pero poniendo a Dios en el primer lugar y creyendo en el amor que nos pedía este primer gran paso.

Nunca nos hemos sentido defraudados, ¡siempre hemos tenido una casa y mucho más de lo necesario!

Tú te llamas Francesco precisamente porque san Francisco nos cambió la vida y esperamos que pueda ser un ejemplo también para ti... es hermoso tener ejemplos en la vida que nos recuerdan que se puede pretender el máximo de felicidad ya en esta tierra, con Dios como guía.

Sabemos que eres especial y que tienes una misión grande, el Señor te ha querido desde siempre, y te mostrará el camino que hay que seguir, si le abres el corazón...

Fíate, ¡vale la pena!

El de este matrimonio es un camino de amor. Se trataba de *aprender* a amar, por el camino de *dejarse* amar. Paso a paso. Acogiendo los dones de Dios con agradecimiento, sin afán de poseerlos y manipularlos según el propio arbitrio. Acompañando a cada uno en su camino hacia la Vida. Así, supieron recibir el don de dos hijos enfermos, mostrándonos la esencia de la maternidad en esos sencillos verbos: acoger y acompañar. Supieron abrir los ojos a esa realidad más plena —la eternidad— que nos permite comprender esta vida en su justa perspectiva. Aprendieron a bailar una danza de Amor, en la que es *Otro* quien toma la iniciativa, proponiéndonos primero un paso, y luego otro... con requerimientos siempre distintos de lo que esperábamos, siempre sorprendentes... pero que «no son pesados», porque son de Amor (1 Jn 5, 3). Con su vida —y con su muerte— Chiara nos ha mostrado que el camino de la confianza en Dios vale la pena. Ese pasaje de su carta: «Es hermoso tener ejemplos en la vida que nos recuerdan que se puede pretender el máximo de felicidad ya en esta tierra, con Dios como guía»; es un pasaje que —tal vez sin pretenderlo— nos habla de ella misma.

EL FINAL DEL CAMINO

El 13 de junio, el aprendizaje y el camino van a llegar a término. El día anterior, su estado ha empeorado. Enseguida avisan al padre Vito, que toma el primer vuelo desde Cagliari para estar a su lado. El Evangelio del día es significativo: «Vosotros sois la sal de la tierra (...); vosotros sois la luz del mundo» (Mt 5, 13-16). Vito le pregunta: «Esa luz, ¿no es acaso Jesús?». Y ella: «Sí, y el candelabro es la Cruz». «Chiara, eres luminosa porque estás sobre el candelabro, con Jesús». Chiara sonríe y responde «Sí... así es» (146). Es la luz de una vela que se está consumiendo.

Aún tendrá palabras de cariño para su marido. Él le ha repetido, a lo largo de las últimas semanas: «¡Qué hermosa eres, amor mío!», y ella le contesta ahora, cuando está a punto de partir: «Lo que más siento dejar eres tú, Enrico». A primera hora de la mañana, cuando sus dolores son ya muy agudos, él se acerca y le pregunta: «Chiara, amor mío, ¿de verdad es dulce esta Cruz, como dice el Señor?», y ella, sonriendo, responde: «Sí, Enrico, es muy dulce» (147-8)[3]. Va al encuentro de Jesús.

Se despide de cada uno. También de su madre, que es la que más se ha resistido a su marcha. Chiara les recuerda el amor que les tiene. Luego se calla. A su alrededor cantan, rezan. Son las horas de la agonía. Fallece a las 12 del mediodía, rodeada de las personas que más la quieren.

* * *

¿Quién es Chiara Corbella? Una mujer, una esposa, una madre. Alguien que ha aprendido a vivir como hija de Dios. Con un corazón grande, capaz de acoger todo el amor de Dios. Alguien que sabe que Dios la quiere pase lo que pase, porque la quiere por quien *es*. Alguien que, como Dios, sabe que lo importante en la vida es nacer... nacer y dejarse amar.

[1] La homilía se encuentra en Youtube con el título “Omelia di Padre Vito al funerale di Chiara Corbella”. Consultado en julio de 2014.

[2] *Idem.*

[3] Cfr. entrevista a Enrico Petrillo en Radio Vaticana, publicada en www.vaticaninsider.it, 26-VI-12.

CUADRO TERCERO: «TODAVÍA BRILLA EL SOL»

SOPHIE SCHOLL

«¿Cómo se puede esperar, entonces, que el destino conceda la victoria a una justa causa, cuando nadie está preparado para sacrificarse plenamente por ella? ¿Existen todavía hombres que no se cansan nunca de dedicar el propio pensamiento y la propia voluntad a una única causa?».

UNA PERSONALIDAD “EN CONSTRUCCIÓN”

«Todavía brilla el sol» fueron sus últimas palabras, mientras se dirigía al cadalso. Aquel 22 de febrero perdió la vida junto a su hermano Hans y su amigo Christl. Han pasado a la historia —junto a los otros miembros de la Rosa Blanca— como los jóvenes que desafiaron a Hitler. Sus gestos audaces han dado lugar a dos películas y a un buen número de publicaciones. Sin embargo, el significado de lo que hicieron va más allá de una mera rebelión política. Un apunte del diario de Sophie Scholl puede ayudar a comprenderlo mejor. Es del 9 de agosto de 1942, seis meses antes de morir:

Ahora debo referir un sueño, uno de los pocos que no han estado dominados por sentimientos tormentosos: paseaba con Hans [su hermano] y Schurick [su amigo Alex Schmorell]. Yo caminaba en medio, del brazo de ellos dos. Un poco caminaba, y un poco daba saltos y me hacía alzar por ellos, suspendida. Entonces Hans empezó a decir: «Yo conozco un signo claro de la existencia y de la obra de Dios también hoy. Los hombres necesitan mucho aire para respirar, y con el tiempo todo el cielo es contaminado por el aire utilizado por los hombres. Pero, para que no falte para los hombres este alimento de la sangre, Dios espira su aliento en el mundo de cuando en cuando a través de una boca, y este prevalece sobre todo el aire ya utilizado y lo renueva. Así es como sucede». Entonces Hans levantó el rostro hacia el cielo muy turbio. Contuvo profundamente la respiración y echó todo el aire de la boca. La columna de su aliento era de un azul radiante, se hizo grande, luego más y más grande, y se levantó a lo alto hasta el cielo. Apartó las nubes sucias y así delante, encima y alrededor de nosotros el cielo se hizo de un limpiísimo azul. Fue hermoso[1].

Eso fue, ni más ni menos, la vida de estos jóvenes: una bocanada de aire limpio, divino, en el enrarecido ambiente de la Alemania nazi. Igualmente, puede serlo ahora, para nuestra desesperanzada sociedad: un rayo de ese sol que «todavía brilla». En estas páginas voy a intentar acercarme a uno de sus protagonistas —el único femenino—: Sophie. Seguiré su historia dentro de la Rosa Blanca, pero lo haré de la mano de la transformación interior que ella misma experimentó durante aquellos intensos años.

...Y ESTALLÓ LA GUERRA

No se puede decir que Sophie tuviera una infancia como la de cualquier otra niña. Le tocó vivir uno de los periodos más oscuros de la historia de Alemania. Cuando aún no

contaba 12 años, Hitler llegó al poder y comenzó sus maniobras hasta proclamarse, en pocos meses, *Führer* del Tercer Reich. Tanto ella como sus hermanos fueron testigos de uno de los fenómenos totalitarios más llamativos de la historia, en el que la nación que se jactaba de ser la más culta de Europa se vendía al lenguaje engañoso de la propaganda. Así, desde muy jóvenes, tuvieron que aprender a tomar posición ante cuestiones graves. Pero vayamos por partes.

El padre de los Scholl, Robert, fue alcalde en varias poblaciones del país. En 1932 se estableció en Ulm, la ciudad en que Sophie vivirá su adolescencia. Los cinco hermanos recibieron en casa una educación humanística y cristiana. Según recordaba la mayor, Inge, «los libros desempeñaron un papel fundamental, desde la primera infancia»[2]. A Sophie, por ejemplo, le gustaban mucho las obras de Heinrich Heine, mientras su hermano Hans tenía a Stephan Zweig como uno de sus autores favoritos. Dicho sea de paso, uno y otro fueron prohibidos por los nazis —por ser judíos—. Pero entre los libros de casa, el lugar central lo ocupaba la Biblia. De su madre Magdalen recibieron los niños una honda formación religiosa en el protestantismo.

Aunque su padre era contrario a Hitler desde el inicio, Sophie y sus hermanos se vieron atraídos por su lenguaje y sus promesas, y entraron a formar parte de las Juventudes Hitlerianas, en sus ramas masculina y femenina. No deja de ser llamativo que precisamente ellos... ¿Qué les atrajo del nazismo? En primer lugar, hay que tener en cuenta que este no había manifestado aún toda su brutalidad. Se mostraba, eso sí, como un movimiento patriótico en un momento en que Alemania se hallaba hundida. «Hitler —apunta Inge— quería lograr que esta patria fuera grande, feliz y próspera. Quería lograr que todos tuvieran pan y trabajo. Se había propuesto no descansar hasta que cada alemán fuera libre, independiente y feliz en su patria. Esto nos parecía un bien, y habríamos hecho todo lo posible para realizarlo. Otra cosa nos atraía y nos arrastraba con misteriosa fuerza: las columnas compactas de jóvenes que marchaban con las banderas al viento, con los ojos fijos hacia delante y el retumbar de los tambores, y los cantos»[3].

Sin embargo, con el tiempo cayeron en la cuenta de lo que aquel movimiento escondía. Salió a relucir la actitud mediocre y acatadora que se imponía entre los jóvenes, así como el arbitrario desprecio de lo judío —¡sus autores favoritos!— y de las naciones distintas de la alemana. Hans llegó a participar como abanderado de su ciudad en el multitudinario Congreso del Partido de 1936, en Nuremberg, junto a más de 50.000 jóvenes, pero de allí volvió cambiado, desencantado. Pronto abandonó las Juventudes Hitlerianas. Lo mismo harían, al poco, sus hermanas.

Lo que viene después de este periodo es una historia de amistad que había de durar una vida. En 1937, durante una fiesta organizada por una amiga, Sophie conoce al que va a ser su novio: Fritz Hartnagel. El joven, cuatro años mayor que ella, estudia en la academia militar, lejos de la ciudad. De hecho, la mayor parte de su relación tendrá lugar por carta. Unas cartas llenas de vida. Son muy distintos el uno del otro, y su noviazgo les transformará profundamente. Ya lo veremos.

Al mismo tiempo, los Scholl comienzan a reunirse con otros muchachos de Ulm en grupos que habían sido tiempo atrás prohibidos por el régimen. Era lo que quedaba de la

Deutsche Jungenschaft. Hacen excursiones, duermen al raso, hablan junto al fuego, recitan poesía y leen pedazos de novelas... Eran grupos anti-nazi, en los que se comentaban libros (prohibidos) y obras de arte (prohibidas), se cantaban (canciones prohibidas)... y se discutía sobre la situación que estaba atravesando el país. Publicaron unas hojas con sus escritos, algunos con referencias políticas, y se pusieron en contacto con personas opuestas al régimen.

Las actividades de este pequeño grupo de jóvenes —y de otros similares— no pasaron desapercibidas a la Gestapo. Hubo una ola de detenciones por todo el país. Tres de los Scholl —Hans, Inge y Werner— fueron arrestados y encarcelados durante varias semanas. Lograron evitar el juicio por la amnistía que siguió a la anexión de Austria (la *Anschluss*), el 12 de marzo de 1938.

* * *

Hans regresó a casa con deseos de comenzar cuanto antes los estudios universitarios. Habían terminado los años de tanteo. Con todo, las veladas literarias y filosóficas no cesaron. Pronto conocieron a Otto Aicher (al que llamaban Ottl), un inquieto joven, católico, compañero de clase de Werner[4]. Era un chico con una fuerte personalidad. Se había negado a pertenecer a las Juventudes Hitlerianas —algo que le impediría entrar en la Universidad— y, guiado por algunos sacerdotes a los que conocía, fue el primero en leer obras de los clásicos griegos —Platón, Aristóteles— y cristianos —san Agustín, Anselmo, Tomás de Aquino y Tomás Moro—, así como de autores modernos —Pascal, Kierkegaard, Newman— y contemporáneos —Haecker, Bernanos, Maritain, Bloy—. Pronto compartiría estos descubrimientos con sus amigos. Sus lecturas, que hasta entonces se habían centrado en autores en lengua alemana, se ampliaron y enriquecieron considerablemente, y las veladas, fascinantes y encendidas, duraban a veces la noche entera.

Lo que sucede a su alrededor no les deja indiferentes. Necesitan comprender lo que están viviendo, así que cultivan las preguntas que la realidad misma les plantea y buscan respuesta en la gran tradición espiritual de Occidente.

Finalmente, en noviembre de 1938 tiene lugar la «noche de los cristales rotos», en la que la política antijudía de Hitler queda a la vista de todos, del modo más brutal. Unos meses después, el 1 de septiembre de 1939, estalla la Segunda Guerra Mundial. Para Sophie, se trata de algo incomprensible. Pocos días después, escribe en una carta a Fritz, quien estaba ya movilizado: «Ahora tendréis mucho que hacer. No logro comprender cómo el hombre deba encontrarse constantemente en peligro de muerte por causa de otro hombre. De verdad que no lo concibo y lo encuentro horrible. ¡Y no me digas que es por la patria!» (5-IX-1939). No lo entiende. Pero tampoco él tiene una respuesta.

UNA ADOLESCENTE EN TIEMPOS DE GUERRA

El inicio de la guerra coincide para Sophie —que había nacido en 1921— con los años de su adolescencia. Esa etapa de la vida, entre los trece y los veintitrés años, en que se

forma la personalidad y se descubre el lugar que uno está llamado a ocupar en el mundo.

Como hemos visto, Sophie estaba al día de lo que sucedía a su alrededor. En casa, su padre solía ponerles al corriente de las principales noticias; con los amigos, compartía esas inquietudes. A propósito del régimen de Hitler, comenzaba a tener las ideas muy claras. De hecho, durante el último curso en el colegio (1939-1940), le llamaron la atención en varias ocasiones por su despego de las doctrinas nacionalsocialistas. Casi le cuesta el aprobado[5]...

Pero la escuela no lo era todo para ella. Junto a los estudios, se dedica a diseñar unas ilustraciones para una edición de *Peter Pan* que ha traducido su amigo Hanspeter Nägele. Es una ocupación que le apasiona —lo considera su auténtico *trabajo*—. Además, tiene ya claro lo que quiere estudiar. Su hermano Hans había comenzado Medicina en Múnich, y ella esperaba poder matricularse en dos carreras. Por una parte, en Biología, porque amaba la naturaleza. Sus cartas y diarios están llenos de referencias a paseos por el monte, a baños en el río, a la observación de mil detalles del mundo natural. Por otra parte, quiere estudiar Filosofía, porque piensa que en ese campo encontrarán respuesta las preguntas que hierven en su cabeza. Desde luego, se trata de dos carreras poco “convencionales”; aunque, en realidad, lo que era poco común en aquella época es que una chica accediera a los estudios superiores...

Antes de entrar en la Universidad, el Estado obligaba a las jóvenes a trabajar seis meses en el Servicio de trabajo auxiliar (*Reichsarbeitsdienst*). Era el equivalente del Trabajo obligatorio de los jóvenes. Sophie quiere evitarlo, y para ello se apunta a un curso de educación infantil en el instituto Fröbel de Ulm e intentará que le convaliden como servicio social el trabajo que deberá realizar en una casa cuna. En total, le llevará un año y medio.

Fritz, mientras tanto, se halla en Holanda, recién invadida por las tropas alemanas. Como trabaja en avituallamientos, consigue enviar a los Scholl alimentos y otros productos difíciles de adquirir[6]. También encuentra tiempo para mandar otro tipo de objetos a su novia —algunas flores, por ejemplo—. En sus cartas se mezcla lo ordinario en un noviazgo con lo extraordinario de la guerra. En una de ellas, contesta Sophie: «Tus narcisos ya están marchitos. Los agradecí mucho, y no los quería tirar. He prensado uno. ¿Has visto flores hermosas en Holanda? Aquel es el país de los jardines. ¡Espero que no hayan sido afectados inocentes! ¿Cómo estás? ¿Te encuentras en la frontera? Me escribirás pronto, ¿verdad?» (16-V-1940). Pero Fritz no podía escribirle tanto como a ella le hubiera gustado...

LA ARDUA TAREA DE FORMARSE

Volviendo a la formación de Sophie, por estos años bullen en su interior sueños maravillosos. ¿Qué cosas son las que verdaderamente le importan?, ¿qué llena su corazón? Es más, ¿quién quiere (llegar a) ser? A propósito de su pasión por el dibujo y la pintura, y ampliando después su mirada, escribía a su hermana Inge: «Todavía no he madurado una vocación ni nada parecido. Pero si uno quiere convertirse en artista, antes que nada debe convertirse en persona. Pasando a través de nuestra profundidad. Intentaré

trabajar sobre mí misma. Es muy difícil. En comparación con Erika, soy extremadamente superficial...» (8-VII-1938).

¡Superficial!, lo dice una chica de 17 años que pintaba y tocaba el piano, que asistía a conciertos y al teatro, y que estaba leyendo, por esas mismas fechas, *Los Buddenbrook*, de Thomas Mann... Y no es que se pasara el día encerrada leyendo, pues unas líneas más arriba, en la misma carta, hablaba a su hermana con entusiasmo de la acampada que estaba montando con unas amigas en una isla junto al Mar del Norte. Era, sencillamente, una chica en la edad de los grandes ideales, con horizontes amplios y preocupaciones profundas, que quería seriamente *formarse* como mujer: «trabajar sobre sí misma».

En esta tarea, se enfrentaba con dos enemigos de los que era plenamente consciente: la superficialidad y el sentimentalismo. Contra la superficialidad jugaba su esfuerzo por abrir los ojos al mundo. El mundo de los adultos era ya el suyo. Lo refleja en sus cartas la preocupación por la guerra; le duele considerar toda la maldad de la que son capaces los hombres. Sin embargo, más doloroso aún resultaba para ella ver que muchos de sus contemporáneos parecían no darse por enterados. Seguían funcionando como una «masa que no aspira a nada más que al propio provecho» (*a Fritz*, 29-V-1940). A veces, parecían preocupados tan solo de que la guerra no les tocara personalmente: a ellos, a su familia... ¡como si la situación no fuera en sí misma preocupante! Es el riesgo de vivir como niños mimados, como pequeños burgueses acostumbrados a su pequeño mediocre mundo, del que ni siquiera la guerra les logra sacar.

¿Es posible que no abran los ojos a la terrible realidad en que viven?, ¿que no se estremezcan ante el universo de maldad que contemplan cada día? Eso es algo que hace sufrir a Sophie, y, al mismo tiempo, la espolea a mantenerse en vela. Piensa sobre lo que está sucediendo —¡quiere comprender!—, y medita la Sagrada Escritura. En este sentido, me parece significativo un pasaje de una de sus cartas a Fritz:

¿Cómo se puede esperar, entonces, que el destino conceda la victoria a una justa causa, cuando nadie está preparado para sacrificarse plenamente por ella?

Me viene a la cabeza el episodio del Antiguo Testamento cuando Moisés, día y noche, alzaba los brazos a Dios pidiéndole la victoria para su pueblo. Pero en cuanto bajó los brazos una sola vez, la suerte de su pueblo combatiente cambió.

¿Existen todavía hombres que no se cansan nunca de dedicar el propio pensamiento y la propia voluntad a una única causa? (22-V-1940).

Es una idea a la que da vueltas, y que madurará a su tiempo. Ella misma quiere ser una de esas personas que no se cansen. Ciertamente, experimentaba la tentación de rendirse... pero sabía renovar una y otra vez el propósito de seguir adelante.

Después de la superficialidad, el segundo enemigo de su formación como mujer era el sentimentalismo. Escribiendo a Fritz, reconoce: «Ridículo que una chiquita se preocupe tanto por la política, ¿no? Debería dejar predominar sus sentimientos femeninos sobre el pensamiento. En particular la compasión. En cambio, yo creo que en primer lugar debe venir el pensamiento, y que a menudo los pensamientos son desviados por el sentimiento, por ejemplo cuando la cosa pequeña que nos afecta directamente nos

trastorna hasta el punto de impedirnos ver la cosa más grande. También en el caso de un niño, no veo justo darle enseguida satisfacción cuando llora. En efecto, es mucho más importante para el futuro del niño que no se ceda a su primer sentimiento» (28-VI-40).

No es una chica insensible, ni mucho menos, pero, en estos primeros años, es como si Sophie se rebelara contra su propia sensibilidad. Como si las circunstancias la empujaran a ello: «Hoy no nos es concedido tener el corazón tierno» (a Fritz, 17-VI-1940). No quiere caer en una compasión meramente sentimental, y su trabajo con niños, al que tiene que dedicar algunas semanas como complemento obligado de sus estudios, le hace ver la importancia de formar los propios sentimientos. Es solo la primera etapa del camino de su formación; poco a poco, una honda compasión, verdadera y bien arraigada, irá tomando posesión de su alma. Pero antes deberá aprender a tener los sentimientos a raya.

Durante el verano de 1940, pasa diez días en una zona montañosa, junto a su amiga Lisa. Las excursiones al campo, el contacto con la gente sencilla de los pueblos, la vista de las flores y la naturaleza suavizarán algunos de sus puntos de vista. Va madurando, paso a paso.

UN CORAZÓN VOLCADO EN LOS DEMÁS

Sophie es, ante todo, una muchacha con amigas. Con amigas... y con novio. Aparte de la atención que presta a la situación de su país, hay un tema que llena sus cartas: la formación de Fritz. Él no tiene la fe y la pasión por la verdad de ella, y Sophie teme que su corazón se empequeñezca o se enfríe por las circunstancias de la guerra. Le anima a leer, a dedicar algún tiempo a «un trabajo que requiera concentración» (10-XI-1940), y se alegra ante los pasos que, adivina, él va dando hacia Dios. No se avergüenza en reconocer: «No somos nosotros dos quienes tenemos los hilos de nuestra relación, sino nosotros dos y otro, que está por encima de nosotros. Y esta relación es la mejor posible» (4-XI-1940).

Pero no es que le sermonee. De hecho, por si hubiera alguna duda le pide: «Por favor, no pienses que soy buena, porque no lo soy» (22-V-1940). La suya es una relación basada en la sinceridad. Por eso, le ruega: «Si estás enfadado conmigo, no te enfades en silencio, sino grítalo al viento o a mí, y no te quedes nada dentro» (12-XI-1940). A veces teme escribir demasiado, preguntar demasiado... pero, en todo caso, quiere hacerlo *por él*. El suyo no ha de ser un amor egoísta. «Te quiero por el bien que hay en ti, por el hecho de que eres un hombre» (28-II-1941).

La misma mirada profunda que dirige sobre el mundo, y que le lleva a no contentarse con la superficialidad que reina en él, sabe aplicarla a los demás. En eso, sus amigos no le andan lejos. Son un grupo normal, como tantos otros; pero, al mismo tiempo, tienen algo especial: una profundidad que falta a muchos. En una carta a Fritz, le cuenta una reciente experiencia. Le sucedió mientras volvía de pasar unos días en un albergue de montaña en los Alpes: «Noté una diferencia entre nuestro grupo y los otros. En el viaje en tren buscaba continuamente un rostro que se pareciera al de mis hermanas o de nuestros compañeros. ¿Me puedes entender? No era nostalgia, sino el reconocimiento de

una diferencia. Los mismos muchachos que llenaban el tren no eran realmente jóvenes, usaban su juventud por puro placer. Mis hermanas y nuestros amigos, en cambio, aunque tal vez desgarrados e inciertos, están llenos de buena voluntad. Llenos de una voluntad de bien» (13-I-1941). Tanto ella como sus amigos poseen ese deseo de comprender la realidad en la que viven... y de mejorarla. No se contentan con usarla para pasarlo bien, aunque, de hecho, saben pasarlo muy bien.

Bajo su apariencia, a veces seria, hay un corazón risueño. Cuando terminó la escuela de educación infantil, sus compañeras le dedicaron estos versos: «Siempre propensa a la alegría, no se ha irritado nunca» (*en carta a Fritz*, 22-III-1941). No está mal...

En marzo de 1941, después de terminar sus estudios, consigue un puesto en el instituto para recién nacidos de Ulm. Intenta que le convaliden ese trabajo como Servicio de trabajo auxiliar... pero de nada sirven sus esfuerzos. Cinco días más tarde recibe la notificación.

AMISTADES QUE CAMBIAN LA VIDA

Mientras Sophie se prepara para su próxima incorporación al servicio del gobierno, entre sus amigos tienen lugar algunos encuentros que serán decisivos para sus vidas.

Aquel mismo mes de marzo, Ottl conoce a un importante intelectual cristiano. Se llamaba Carl Muth, y desde 1903 editaba la revista *Hochland* (Tierras Altas), que pretendía «tender un puente entre el pensamiento católico y la cultura moderna, en todos sus ámbitos, en particular en literatura y arte, al más alto nivel»[7]. Contaba con más de 12.000 suscriptores, y en ella colaboraban algunos filósofos y pensadores alemanes de primer orden[8]. Aicher había escrito un artículo que envió en 1940, y, aunque no lo publicó, Muth quiso conocer al autor. Se inició entonces una amistad que iba a tener mucho de mentorado.

La visita a casa de Muth se repitió en otras ocasiones, y el joven no volvió solo. Primero llevó a Inge, luego a Hans y, en invierno, a Sophie. Con todos ellos se estableció un profundo vínculo. En su casa se desarrollarán interesantes conversaciones sobre todo tipo de temas, pero especialmente a propósito de las hondas cuestiones que aquellos muchachos se planteaban. Sea en diálogos personales, sea por medio de la correspondencia, Muth llevará a cabo con ellos un auténtico acompañamiento espiritual, y procurará ayudarles en lo que esté de su mano.

Después de Muth, en verano, Aicher conoció a Theodor Haecker, uno de los filósofos a los que había leído y hecho leer a sus compañeros en Ulm. Se trataba de un pensador católico, asiduo colaborador de *Hochland* y amigo también de su editor, que se convirtió en otra de las figuras que más influyó en aquellos inquietos jóvenes. Más tarde lo conocerá también Hans, que se lo presentará a Sophie. Su trato se intensificará en 1942, a lo largo del cual se sucederán largas veladas... que seguirán después ¡hasta el mismo mes de febrero de 1943!

Otro encuentro decisivo tendrá lugar por esas fechas. Los estudiantes de medicina debían hacer cada año unos meses de práctica, y durante la guerra eso se hacía en los frentes, compatibilizando los estudios con el servicio militar. Así, en la Segunda

Compañía de Estudiantes (*Studentenkompanie*) de Múnich, Hans conoce a Alexander Schmorell. Es un año mayor que él, de madre rusa (que falleció cuando él tenía dos años) y de religión ortodoxa. Tan inquieto como él y tan reacio a acatar las ideas del nacionalsocialismo. Juntos comparten trabajo y descanso, así como largas conversaciones sobre la situación en Alemania.

Por fin, Schurick (como sus amigos le llaman) se decide a invitar a Hans a una velada en casa de su padre. En aquellos encuentros se leen obras literarias, de filosofía y de teología, y se conversa en un ambiente de gran libertad. En una de aquellas reuniones, Hans conocerá a Cristoph Probst, también estudiante de medicina, pero mayor que él, ya casado. Un joven que, según recuerda un amigo, «transmitía paz y tranquilidad»[9]. Pronto entablan una profunda amistad. Juntos, con Sophie y un par de amigos más, formarán, meses más tarde, la Rosa Blanca.

[1] Hans y Sophie Scholl, *Lettere e diari*, Itaca, Castel Bolognese, 2006, 241-242. La traducción del italiano es mía. En adelante, las citas de cartas o diarios de Sophie las haré en el cuerpo del texto, poniendo entre paréntesis la fecha de la anotación o misiva, así como el destinatario.

[2] J. M. García Pelegrín, *La Rosa Blanca. Los estudiantes que se alzaron contra Hitler con su única arma: la palabra*, Libros Libres, Madrid, 2006, 29.

[3] I. Scholl, *La Rosa Bianca*, Itaca, Castel Bolognese, 2013⁴, 18.

[4] Años más tarde, se casará con Inge Scholl y se convertirá en un conocido diseñador y tipógrafo.

[5] S. Martínez Markus, *Sophie Scholl. ¡Viva la libertad!*, Casals, Barcelona, 2012², 29.

[6] *Ibid.*, 31.

[7] J. M. García Pelegrín, *La Rosa Blanca*, 37.

[8] Aunque las referencias a la actualidad política y las críticas al nacionalsocialismo se hacían veladamente, el régimen terminó prohibiendo la publicación de la revista en junio de ese mismo 1941.

[9] Testimonio de Lilo Ramdohr en I. Scholl, *La Rosa Bianca*, 124.

UN CORAZÓN GRANDE

Para cumplir con el Servicio de trabajo auxiliar (*Reichsarbeitsdienst*), Sophie debe trasladarse a Krauchenwies, población que se encuentra a unas tres horas de Múnich, hacia el oeste. Allí vivirá en un castillo junto con otras chicas de su edad, y se dedicará a tareas varias —las que le vayan asignando—. Junto a los trabajos, las jóvenes reciben clases de adoctrinamiento en la ideología nacionalsocialista.

Las circunstancias son duras: hace frío, hasta el punto de hacer imposible, algunos días, dormir; por la habitación corretean los ratones; se pasa algo de hambre, pues la comida no es muy abundante; y además, para bañarse o salir a dar una vuelta los domingos —el único día en que hay algo de tiempo libre y en que los internos pueden recibir visitas— es necesario un permiso firmado por su padre... El régimen de vida, gobernado por las distintas *föhrein*, es de una férrea disciplina. Así, por ejemplo, según el reglamento, las muchachas no pueden tener en su posesión ningún libro (lo cual, en un mundo sin televisión, ni internet, ni mp3, ni móvil, significaba prescindir de una importante fuente de entretenimiento).

Ante semejante panorama, que no coincide en absoluto con su amor a la libertad, a las salidas con sus amigos, a la lectura, Sophie decide desde el primer momento poner en práctica algo que ha aprendido de su hermano Hans: adaptarse. Las contrariedades empeoran cuando no se aceptan, y, puesto que la situación en Krauchenwies tiene algo de irremediable... más vale amoldarse a ella cuanto antes.

Sin embargo, hay algo en aquel ambiente que le hace sufrir más que ninguna otra cosa: la frivolidad de sus compañeras. Como escribe a su amiga Lisa: «Me horroriza el hecho de que entre 80 chicas no logro encontrar ni siquiera una que tenga un poco de cultura (...). Los hombres son el único tema de conversación, el preferido y el más frecuente» (27-IV-1941). En efecto, todo lo que saben hacer es hablar de chicos, cotillear, y criticar a la directora. En ese ambiente, lo principal es dejar claro ante las demás lo que una vale... y nada más. ¿La guerra? Solo les preocupa que no afecte a sus familias. Y, por supuesto, ni una palabra sobre las cuestiones a las que Sophie lleva años dando vueltas: ¿por qué se matan los hombres unos a otros?, ¿por qué el mal, si existe Dios?, ¿cómo puede el ser humano ser cada vez más libre?... Ninguna conversación sobre arte, sobre literatura... Nada. Chismorreos, crítica, vanidad. En esas condiciones, experimenta una dolorosa soledad que vendrá a paliar, unos meses más tarde, la aparición de una chica con la que podrá compartir sus inquietudes.

Y no es que ella sea «perfectita» o se considere más lista que las demás. El contrario de «inteligente» no es, en este caso, «tonta», sino «superficial». Lo que Sophie echa de menos son aquellas conversaciones profundas, *interesantes*, con sus amigos. Además, se da perfecta cuenta de que, si se deja llevar, cae en los mismos excesos que las demás: frivolidad, vanidad, tontería... Por eso mismo, para «sobrevivir» a aquel ambiente deshumanizado sin caer en la frivolidad de las demás, toma algunas medidas.

Primero, leer. Aunque la normativa en el castillo es clara, la *führein* permite a Sophie tener algunos libros. Lee novelas (como *La montaña mágica*, de Mann, o el *Diario de un cura rural*, de Bernanos), y lee también a san Agustín, en especial un tomo de *Las Confesiones* que le hace llegar su amigo Ottil. Tiene que robar tiempo al sueño... y que aguantar las burlas de sus compañeras de habitación, que a esas horas siguen con sus cotilleos y sus historietas ambiguas... Anota en su diario: «Duermo junto a otras diez chicas. Por la noche, a menudo me tengo que tapar los oídos para no oír sus charlas. Cada observación que hago me parece una concesión a sus chismes, y lo siento. (...) Me cuesta mucho concentrarme. Pero sigo leyendo» (10-IV-1941). No cede. Unos meses más tarde, en mayo de 1941, escribe a Hans: «Solo espero que Inge me mande pronto una pila para la linterna, así podré prolongar mi tiempo libre», prolongarlo por la noche, claro está (18-V-1941).

Junto a la lectura, en segundo lugar, la disciplina. «En efecto, aquí, si no encuentras trabajitos costosos que hacer, te hundes en el bullicio general. Hasta ahora mis pequeños puntos de apoyo han sido la ducha fría y la lectura nocturna. Y naturalmente lo serán también en el futuro» (*a Inge*, 27-IV-1941). Mes y medio más tarde, cuando ya han comenzado sus trabajos en la granja, apunta: «He integrado la ducha de la tarde con una ducha por la mañana» (*a Lisa Remppis*, 5-VI-1941). Disciplina, mortificación, tratarse con dureza, son modos de ganar en libertad interior; si no, se dejaría llevar por la indolencia general, como cualquier otra. No hay que olvidar que sigue vivo en ella — quizá más vivo que nunca— el deseo de formarse, de ser una mujer con personalidad. Y la personalidad no es algo que se tiene o no se tiene, sino algo que, sobre todo, se construye.

FORMARSE EN TIEMPOS DE GUERRA

Los obstáculos que encuentra Sophie en su empeño siguen siendo los mismos que antes: la superficialidad y el sentimentalismo. Sin embargo, algo ha cambiado en los últimos meses. Ahora su pelea es más equilibrada. Aunque procura poner los sentimientos en el lugar que les corresponde, ya no los rechaza sin más: «Me esfuerzo mucho por mantenerme distanciada de los influjos pasajeros. No tanto aquellos que tienen que ver con la política o la visión del mundo, que me ocupan cada vez menos. Sino del influjo de los estados de ánimo. *Il faut avoir un esprit dur et le cœur tendre* [Hay que tener un espíritu duro y el corazón tierno[1]]» (*Diario*, 10-IV-41).

Procura distanciarse de toda dependencia meramente *afectiva*, sea de personas o de consolaciones tan pequeñas como las cartas que recibe. Incluso en su relación con Fritz intenta que el corazón y la cabeza manden sobre el mero sentimiento. Desde luego, le

sigue escribiendo todo lo frecuentemente que le permite el régimen de vida en el castillo...

Reza. Le gusta acudir a una iglesia católica, aunque no lo tiene nada fácil, pues no siempre puede salir. El domingo de Pascua de 1941, por ejemplo, apunta en su diario: «Y yo, ¿cómo lo he celebrado? ¡Si pudiera solamente estar sola! Ahora leeré un poco más. Toda la Pasión. Y luego Agustín» (13-IV-1941)[2].

Así, poco a poco, se siente cada vez más fuerte, con la fortaleza interior de quien logra tomar distancia de los variables estados de ánimo. Como escribe a su amiga Lisa: «A menudo tengo un sentimiento hermosísimo, como cuando antes de una competición deportiva sabes que puedes contar con tus músculos y te sientes animado por un deseo de victoria. Siento que tengo fuerzas. Aunque no siempre. Pero lo que cuenta es la voluntad, y poco a poco estoy comenzando a conocer mis humores y a valorarlos en el modo correcto» (23-VIII-1941).

Después de cuatro meses en Krauchenwies, el trabajo de Sophie cambia. Es destinada al servicio auxiliar externo, y comienza a colaborar en una granja: quitar malas hierbas, cuidar a los hijos de los campesinos mientras estos trabajan en el campo... Ahora goza de un cierto margen de libertad. Además, el desplazamiento hasta la granja, cada mañana, a pie por la campiña, le permite reencontrarse con la naturaleza que tanto ama. Su belleza se convierte en un bálsamo para su alma.

Por otra parte, en los últimos meses en el castillo conoce, por fin, a una chica con la que entablará amistad. Se llama Gisele Schertling. Juntas tocan el órgano en la iglesia del pueblo... y hablan.

Pero si hay una palabra que resume lo que significó la estancia de Sophie en Krauchenwies, creo que es esta: *paciencia*. Paciencia, porque se retrasa su (ansiado) ingreso en la universidad. Paciencia también, porque la situación de guerra no cambia. Paciencia, en fin, porque lo que parecía que iba a ser un periodo de seis meses se va a alargar... En agosto, cuando ya faltaba poco para terminar el *Reichsarbeitsdienst*, recibe una mala noticia: el periodo de servicio se va a prolongar otros seis meses.

INVIERNO DE 1941: LA OFENSIVA SOBRE RUSIA

El 22 de junio de 1941 la guerra dio un giro inesperado. Hitler lanzó la *Operación Barbarroja*: una ofensiva sobre la U.R.S.S. que abría un nuevo frente para las tropas alemanas. Aunque el inicio fue tan explosivo como la campaña en occidente, pronto se encontrarían con enemigos difíciles de batir: el numerosísimo ejército ruso y, sobre todo, el invierno, para el que no estaban preparados. Las tropas alemanas no lograron conquistar las principales ciudades rusas (Leningrado y Moscú), y a principios de diciembre fueron obligadas a retroceder.

Mientras tanto, en Ulm, Hans Scholl hace un descubrimiento iluminador. A principios de 1942, encuentra en su buzón una de las homilias del obispo de Münster, Clemens August von Galen. Las había pronunciado durante el verano, arremetiendo duramente contra el régimen nazi: contra el terror provocado por la Gestapo, contra la campaña racial y eugenésica, contra la persecución de católicos que se estaba llevando a cabo...

Enseguida se transcribieron y, en los meses siguientes, se difundieron por todo el país. Hans quedó profundamente conmovido. Su hermana lo recuerda: «¡Finalmente alguien tiene el valor de hablar!»; luego miró largo rato, con aire grave, aquellos impresos, y al final dijo: «Necesitamos un ciclostil»[3]. Aún sin nombre ni contornos claros, la Rosa Blanca ha empezado a echar raíces en su corazón.

En cuanto a Sophie, para el segundo periodo de Servicio auxiliar se traslada a Blumberg, un pueblo situado a una hora de Krauchenwies hacia el oeste, ya muy cerca de la frontera con Suiza. Allí trabaja en una guardería. Por fin, puede ver a Fritz con cierta frecuencia, hasta que sea destinado a Rusia.

RETAZOS DE SU VIDA DE ORACIÓN

En Blumberg tiene más fácil acercarse a rezar a la iglesia del pueblo. Allí acude también para tocar el armonio. Siente aún pudor porque algunas conocidas la vean rezar de rodillas... Es algo que le seguirá costando durante meses, también cuando vuelva a casa. Con todo, hace el propósito firme de «ir cada día a la iglesia a rezar, para que Dios no me abandone» (*Diario*, 12-II-1942).

Ha ido madurando en su vida de oración, y se da cuenta de que lo verdaderamente importante es la perseverancia, los pequeños pasos *de cada día*. Algo que un adolescente no siempre reconoce... Es interesante, en este sentido, lo que anota en su diario: «A veces me engaño pensando que puedo conquistar en un momento el camino hacia Dios solo con mi deseo y con la total dedicación de mi alma. Si Le rezo mucho, si Lo amo más que nada, si mi corazón sufre mucho cuando se aleja de Él, entonces —pienso—, Él debe conducirme hacia Sí. Pero, en cambio, hay que dar pasos, muchos minúsculos pasos, y el camino es muy largo. Antes, cuando me desanimaba porque seguía cayendo, no me atrevía ni siquiera a rezar. Me proponía no pedir nada a Dios hasta que no me mereciese de nuevo estar ante Él. Ciertamente, era siempre un desear a Dios. ¡Pero ahora sé que puedo rezarle siempre!» (10-XI-1941).

En cuanto al contenido de su oración, hay dos elementos que me parece interesante señalar. El primero de ellos constituye un paso fundamental en el crecimiento interior de Sophie. El acento puesto en sí misma y en su propia voluntad va dejando espacio a la consideración del Amor de Dios, que da sentido a todo. A la chica cerebral de Krauchenwies la va sustituyendo un corazón cada vez más dilatado y maduro: «No puedo anotar simplemente los pensamientos. Lo que poseía, la visión crítica, se ha perdido. Solo mi alma tiene hambre, y ningún libro puede aplacar esta hambre. La entrada en la vida de los libros se ha cerrado para mí. Solo la naturaleza me da alimento, el cielo, y las estrellas y la tierra silenciosa» (*Diario*, 12-XII-1941).

Esa misma amplitud y hondura le permite mirar con ojos nuevos a las personas que la rodean. Ya no puede ser dura con ellas, porque ahora es más consciente de lo mucho que valen. En febrero de 1942, anota en su diario lo siguiente:

Quando observo a los hombres junto a mí, o también a mí misma, siento un profundo respeto por el hombre, porque Dios ha bajado a la tierra por él. Por otra

parte, sin embargo, esto será siempre algo totalmente incomprensible para mí. Sí, lo que menos logro comprender de Dios es precisamente este amor Suyo. Y, no obstante, si no lo conociera...

¡Oh, Señor, tengo tanta necesidad de pedir, de rezar!

Sí, verdaderamente deberíamos recordar siempre, cuando tenemos que ver con los demás, que Dios se ha hecho hombre por ellos. ¡Y sin embargo a veces nos sentimos demasiado buenos para abajarnos a la altura de algunos de ellos! ¡Oh, qué presunción! ¿Qué motivo tengo para ser tan presuntuosa? (*Diario*, 12-II-1942).

El corazón de Sophie late, cada vez más, al ritmo del corazón de Dios. Es un camino que hace que todas sus relaciones ganen una nueva profundidad. Entre ellas, también el noviazgo con Fritz. En estos meses pueden verse más a menudo. Pasean, hablan, rezan juntos. Los meses de guerra han ido aquilatando su amor, haciéndolo más auténtico. Pero, para Sophie, todo es poco: «He comprendido que cuando amo a una persona no puedo hacer nada más hermoso que incluirla en mi oración. Si amo a una persona con toda mi buena voluntad, la amo según la voluntad de Dios. ¿Qué puedo hacer, entonces, mejor que ir hacia Dios con este amor? Quiera Dios que yo pueda aprender a amar a Fritz en Su nombre» (*Diario*, 12-XII-1941).

En resumen, los meses del Servicio auxiliar de guerra constituyen para Sophie un periodo marcado por la oración y la purificación. Ha sabido limpiar su corazón de afectos puramente sensibles, y liberarlo de todo lo que podía atarlo. En sus últimos meses en Blumberg, llega a desligarse incluso de sus deseos más preciados. En carta a su amiga Lisa, escribe: «Ya he renunciado a mis estudios, al menos por el periodo en que dure la guerra. Si uno no logra dejar ir los bienes de este mundo, incluso el conocimiento (de las ciencias por lo menos), y no logra amar la pobreza, entonces la guerra y los años que la seguirán le traerán no pocos sufrimientos. A mí también me pasa, pero tengo la voluntad de considerar pequeños estos sufrimientos, para no descuidar lo que es importante» (12-II-1942). Cuidar *lo importante* le lleva a renunciar incluso a lo que más amaba...

Pero no será necesaria esta renuncia. El 1 de abril termina para ella el Servicio auxiliar, y esta vez no habrá más prórroga. Puede volver a casa, donde permanece un mes. En mayo, comenzará sus estudios en la Universidad.

TEMOR Y ESPERANZA

Los primeros días de mayo de 1942 —¡¡por fin!!— se traslada a Múnich. Está muy ilusionada en estudiar en la misma ciudad que su hermano: «Junto a Hans —escribe a Lisa— no me detendré en la superficialidad de las cosas (aunque la verdad es que ya no me pasará con nadie)» (13-IV-1941). Él la recibe y le presenta a sus amigos. Ha traído de Ulm una tarta y una botella de vino para celebrar su cumpleaños, que es el próximo día 9. En el piso de Hans se dan cita Schurick, Christl... Y así, charlando y cantando, pasa Sophie su primera noche en la capital bávara.

Han hablado también de la situación política. De hecho, cuando todos se han marchado y ella está ya adormilada, su hermano se asoma aún: «Nos haría falta un ciclostil... ¿cómo podemos conseguirlo?... Olvida lo que he dicho, pequeña Sophie. No quería molestarte...». Y sigue durmiendo[4].

Al día siguiente, se traslada a casa de Muth, quien la acoge por un tiempo.

Enseguida se matricula en las carreras de Biología y Filosofía, y comienza a asistir a clase. Son semanas en que conoce a mucha gente nueva. Pero no solo ella. Por aquellas fechas, Hans se encontrará con Willi Graf, otro estudiante de medicina de su edad. Era católico, y había tenido que pasar por la cárcel por pertenecer a una asociación de jóvenes católicos. Acababa de volver del frente del Este.

Sophie participa también en las veladas que tienen lugar en casa de Muth, de Haecker o de otros conocidos. El 30 de mayo, por ejemplo, escribe: «Por la noche, Hans y yo hemos estado en casa de un conocido, al que aquí todos llaman “el filósofo”. Allí se ha discutido durante tres horas y sin pausa, de temas más bien pesados» (*a Lisa Remppis*, 30-V-1942). El 3 de junio, en una de esas veladas, los Scholl se encuentran personalmente con Kurt Huber, al que conocían ya por sus clases sobre Leibniz en la Universidad. Tras comentar un texto de contenido filosófico, pasaron a discutir sobre la situación de Alemania. ¿Cabía hacer algo al respecto? «Aferrarse a la cultura, seguir trabajando cada uno en su sitio...», dijo uno. A lo que el fogoso Hans contestó: «Entonces, lo que hemos de hacer es alquilar una isla en el Egeo para organizar cursos». Huber se puso rojo: «Hay que hacer algo —resolvió—; hoy mismo».

Quizá no fue esa misma noche, pero tampoco mucho más tarde. Había nacido la Rosa Blanca. Pronto se hicieron con una máquina de escribir y un hectógrafo (un rudimentario medio de reproducir textos). Un conocido, el arquitecto Manfred Eickemeyer, les dejó utilizar su taller de escultura para trabajar, y se pusieron manos a la obra. Entre Alex y Hans escribieron la primera de las *Hojas de la Rosa Blanca*. Lo dicen a muy pocas personas: no quieren comprometer a nadie. Tras conseguir papel, sobres, sellos y algunas direcciones postales de las guías telefónicas que había en un Museo de la ciudad, hicieron cosa de 100 copias, que enviaron por correo el 27 de junio.

Es un folio solamente. Desde sus primeras líneas, en un lenguaje directo y claro, contiene una llamada a reaccionar: «Nada hay más indigno de un pueblo de cultura que dejarse “gobernar” sin resistencia por una camarilla irresponsable de regentes sometida a oscuros instintos». Reaccionar o morir: «Si los alemanes, despojados así de toda individualidad, se han convertido hasta tal punto en una masa insustancial y cobarde, entonces, sí, entonces es que merecen su hundimiento»; pues, en efecto: «¡...Cada pueblo se merece el gobierno que tolera!». El texto termina con una larga cita de Schiller y otra de Goethe[5].

Pocos días más tarde, Sophie —que no sabía nada de lo que su hermano estaba tramando— descubrió uno de esos papeles en la Universidad. Pasaban de mano en mano. Se hizo con uno de ellos y decidió guardarlo entre sus apuntes para enseñárselo a Hans. Al llegar a casa, él había salido. Curioseando entre sus libros, encuentra un tomo de Schiller, y ve que están marcados en él precisamente los mismos textos que aparecen

en el panfleto. No tardará en preguntarle por la extraña coincidencia... pero Hans se niega a admitirlo. No quiere poner en peligro a su hermana. Sin embargo, al llegar Alex y Christl tiene que reconocerlo: sí, han sido ellos. Sophie siente miedo. Se da cuenta del riesgo que corren al lanzar textos tan abiertamente contrarios al régimen. Al mismo tiempo, ve en ello una realización de los deseos que llenaban su corazón. Entre el temor y la esperanza, decide unirse a ellos.

En las semanas siguientes aparecerán tres Hojas más, de las que harán de nuevo cien copias para enviar por correo[6]. La segunda contiene algunos escalofriantes datos sobre la persecución que los judíos estaban sufriendo en Polonia, haciendo recaer la culpa, en último término, en la apatía del pueblo alemán. La tercera consiste en una llamada concreta a la *resistencia pasiva*, por medio del sabotaje y de la negativa a participar en las colectas de dinero, «de metal, de tejidos y otras» que se llevaban a cabo entre la población civil por aquellas fechas.

Una amiga de los Scholl llevará la tercera Hoja a Hamburgo, y allí otro grupo de jóvenes comenzará a reunirse para leer autores prohibidos y discutir la situación del país. El ejemplo de la Rosa Blanca cunde. Más adelante, en la misma ciudad, otro joven estudiante reproducirá la sexta Hoja...

La cuarta contiene duras críticas contra el *Führer*, sobre el que cargan ya muchos miles de muertos entre los jóvenes alemanes («Cada palabra que sale de la boca de Hitler es mentira»). Afloran, además, las reflexiones filosóficas y teológicas que habían alimentado las veladas de meses anteriores: «Es verdad que la lucha contra el Estado terrorista nazi debe efectuarse con medios racionales; no obstante, quien hoy en día aún dude de la existencia real de los poderes demoníacos, es que no ha entendido el trasfondo metafísico de esta guerra». Se trata, en definitiva, de la lucha que el Mal ha lanzado en todas las épocas contra el Bien, la batalla que Satanás sostiene contra Dios y contra su Cristo.

La de estos jóvenes consistía en una llamada para despertar a la mejor parte del pueblo alemán. Por eso, las Hojas están salpicadas de textos de la Escritura, de autores clásicos y de sabios orientales. Son una llamada, también, a no dejarse atrapar por el presente. A mirar al futuro y a pensar ya en la reconstrucción de Alemania. «No vamos a callar, somos vuestra mala conciencia. ¡La Rosa Blanca no va a dejaros en paz!».

UN EXTRAÑO VERANO

El final del curso académico iba a significar el término de los escritos de la Rosa Blanca. A mediados de mes, los jóvenes de la Segunda Compañía de Estudiantes (*Studentenkompanie*) de Múnich reciben la noticia: serán destinados al frente ruso. El día de la partida, Christl —que pertenece a otra compañía— y Sophie se reúnen con ellos frente a la estación del Este de Múnich. La noche anterior se encontraron por última vez en el estudio de Eickemeyer, para decidir qué iban a hacer a la vuelta. «Tras una seria discusión, tomaron una resolución: si tenían la fortuna de volver de Rusia, la acción de la Rosa Blanca se desplegaría completamente y el audaz inicio se transformaría en una dura resistencia cuidadosamente meditada»[7]; ¡era necesario llegar a más gente! Ahora les

esperaban tres meses de duro trabajo. Tres meses que tendrán hondas repercusiones en su alma, en lo humano y en lo divino.

Alex, Willi y Hans, junto con su amigo Hubert Furtwängler, vivirán momentos dolorosos y otros de honda alegría en su viaje por Polonia y en su estancia en Rusia[8]. Christl, por su parte, será destinado a Innsbruck, y Sophie permanecerá en Alemania. Desde comienzos de agosto hasta finales de septiembre, debe trabajar en una fábrica de armamento. Es una tarea tediosa y repetitiva que la exaspera. En carta a Fritz, escribe: «Es una ocupación tremendamente impersonal y fría. Estás todo el día en la máquina para hacer siempre el mismo movimiento. Un movimiento que no requiere concentración, y que incluso un mono amaestrado, por más que sea estúpido, podría hacer. Una vuelve a casa por la noche físicamente cansada y psicológicamente disgustada. La mirada de las personas frente a las máquinas es triste y recuerda a la de los esclavos. Solo que, en este caso, al esclavista lo han coronado ellos directamente» (VIII-1942).

Con todo, también para ella es un verano especial, en el que reflexiona mucho. Lo que ve en su trabajo es ya un motivo para ello: por la situación laboral en una cadena de montaje, y porque trabajan con ella, codo con codo, unas muchachas rusas con las que intenta congeniar. Pero aún recibe otros golpes. Por una parte, la guerra sigue adelante, con sucesos tremendos en Polonia, así como en Rusia. Por otra parte, en agosto llega a casa de los Scholl la noticia de la muerte de Ernst Reden, un amigo de Inge.

Además, su padre, Robert, es encarcelado por hablar mal de Hitler en público. La madre pide a sus hijos, ambos en el frente, que escriban sendas cartas pidiendo el indulto para su padre. Pero de nada sirve: será condenado a cuatro meses de prisión y, más tarde, inhabilitado para su profesión. En realidad, Hans lo considera un honor... y Sophie sabe descubrir la parte positiva. Escribe a su padre en una carta: «Sé que este tiempo para ti es necesario, que es lo mejor para ti, aunque lo es en un sentido que todavía no se nos ha dado comprender. De esto estoy convencida, por más que no por eso olvide una sola palabra de aquellos que nos han llevado a todo esto. No por un sentimiento de venganza, sino desde una perspectiva muy distinta, que tú conoces bien» (7-IX-1942). ¿Qué perspectiva? Aunque parezca mentira, la del amor: «Por amor a ellos, esta, como muchas otras cosas, no pueden ser olvidadas» (a Lisa Remppis, 2-IX-1942).

Sophie visita a su padre cuando puede, y, cuando no, acude por la noche a tocar la flauta al pie de la ventana donde está encerrado. Una de las piezas que le gusta tocar es conocida para él. Se titula *Die Gedanken sind frei* (Los pensamientos son libres). Así reza el texto:

Los pensamientos son libres, ¿quién puede adivinarlos?

Se pasan volando como sombras nocturnas.

Ningún hombre puede saberlos,

ningún cazador puede dispararlos con pólvora o plomo.

¡Los pensamientos son libres!

(...)

Y aunque me encierren en el calabozo más oscuro,

todo eso es inútil.
Que mis pensamientos echan abajo las barreras
y desmenuzan las murallas.
¡Los pensamientos son libres![9].

No le importa lo que piensen de ella, o lo que le puedan hacer. Sabe que su padre necesita ese apoyo, recordar que lo que ha hecho es por un ideal noble. Y no se arredra.

DILATAR EL CORAZÓN

Aquellos meses de 1942 fueron importantes para Sophie. Dejar el Servicio de trabajo auxiliar, reunirse con su familia, comenzar la Universidad y entrar en la inquieta vida cultural de su hermano; encontrar el panfleto, descubrir quién estaba detrás y unirse a aquel movimiento subversivo; más los acontecimientos del verano. Y ella, ¿cómo se siente? Ya no lucha sola. Su creciente vida de oración la ha acercado a Dios. Sus propósitos son *comunes*.

Como siempre, la batalla contra la frivolidad: ya no es solo suya. Escribe en su diario: «Dios mío, te ruego que alejes de mí todo pensamiento frívolo y mi voluntad egoísta, que permanece apegada a las cosas agradables, que mueren. Sola no lo consigo, soy demasiado débil» (9-VIII-1942). Sola no; con ÉL, en cambio...

También cuando reza va de la mano del Señor: «Dios mío, no puedo hacer otra cosa que balbucear contigo. No puedo hacer otra cosa que tenderte mi corazón, arrancar de ti mil deseos. (...) Enséñame a rezar» (*Diario*, 29-VI-1942). Las horas dedicadas a Agustín han hecho mella en su alma, y marcan el modo y el contenido de su oración. El santo obispo de Hipona había escrito en sus *Confesiones*: «Nos creaste, Señor, para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti»[10]. Y Sophie, en julio de 1942, anota en su diario: «Dios mío, transforma mi terreno en tierra buena, para que tu semilla no caiga en vano. (...) Dame la inquietud, para que pueda hallar paz viva en ti» (15-VII-1942).

Pero su inquietud no es solo el deseo de una intimidad mayor con Dios. Tiene que ver también con lo que está viviendo en esa temporada. Los días en que encuentra la primera *Hoja de la Rosa Blanca*, escribe: «Mejor un dolor insoportable que un apático vegetar. Mejor una sed abrasadora. Prefiero pedir dolor, dolor, dolor, que sentir un vacío, sí, un vacío, y sentirlo sin un real sentimiento» (*Diario*, 29-VI-1942). Mejor actuar, aunque eso comporte dolor. Dolor pide, y eso es lo que encontrará.

Con todo, la transformación más profunda tiene que ver con su actitud interior. Afecta al núcleo de su ser, y es algo que irá ganando espacio en su corazón a lo largo de sus últimos meses de vida. Se trata de aquella *compasión*, que nacía en ella de fuentes diversas. Sobre todo, al contemplar la maquinaria del mal, aplastando al ser humano, y el sufrimiento de tantas personas. A Fritz, que estaba en el frente, le escribe: «¿Sabes?, encuentro horrible, inmoral, absolutamente despiadado el hecho de que su ánimo [el de los oficiales de Fritz] no se rebele contra esta ley de la naturaleza: la victoria del más fuerte sobre el más débil» (28-X-1942). Le asusta que su novio pueda hacerse indiferente

ante el sufrimiento y el mal. Le anima a leer a san Pablo, el capítulo octavo de la carta a los Romanos, para que no pierda de vista que la fuerza bruta se impone aplastando al espíritu. Pero es el espíritu, en realidad, quien detenta la victoria sobre el mero poder — poder del pecado y de la muerte—. Es una cuestión que late en el corazón de Sophie: «¿De verdad el mal es tan poderoso?, ¿de verdad se alzará con la victoria final?». Y la respuesta que encuentra es clara: «No».

Dostoievski lo había puesto en labios de uno de sus personajes: «La belleza salvará al mundo». En realidad, lo está salvando ya. Por más que los hombres se opongan, hay algo que indica que el mundo está ya salvado; y así es como lo experimenta Sophie: «Un enigma casi me asusta, ¡el hecho de no saber el motivo por el que todo es tan hermoso! A pesar del horror, sucede. A mi alegría simple por todo lo bello, me ha llevado algo grande y desconocido, un indicio de su creador, que premia a las criaturas inocentes con ser bellas. El hombre no puede sino ser malvado por esto: porque posee la libre voluntad y la usa para aislarse de este canto. El hombre piensa que puede lograr gritar este canto con el rugido del cañón y las blasfemias y las infamias. Pero no puede hacerlo, y yo intentaré ponerme de la parte del vencedor» (*a Lisa Remppis*, 10-X-1942).

Para Sophie, la respuesta ante el mal no es la queja, ni la maldición a Dios, que lo permite. Eso es lo que nos sale a nosotros enseguida. Ella, en cambio, se fija primero en que la victoria del mal es muy relativa: hay demasiado bien, demasiada belleza como para dejarse engañar. Dios nos ha amado primero. Luego, toma conciencia del pecado y vive la *com-pasión*, que no es un bonito sentimiento, sino que consiste en *sufrir-con* los que sufren. El primer paso, sin embargo, es un oscuro presentimiento: «Siento —escribe en octubre— como si algo inocente y puro fuese implicado en una culpa: la mía» (*Diario*, 10-X-1942). Este oscuro germen no hará ya sino agrandarse...

[1] Esta es una frase de Maritain en respuesta a Jean Cocteau, que su hermano Hans solía recordarle y que ella va haciendo suya.

[2] El año siguiente, ya en casa, podrá asistir a la liturgia de Pascua en una iglesia católica (*a Lisa Remppis*, 5-IV-1942).

[3] I. Scholl, *La Rosa Blanca*, 30.

[4] Cfr. I. Scholl, *La Rosa Blanca*, 40.

[5] Texto completo en I. Scholl (ed.), *Los panfletos de la Rosa Blanca*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2005, 21-26.

[6] Aparecerán el 30 de junio, el 4 de julio y el 12 del mismo mes. Texto completo en *Los panfletos de la Rosa Blanca*, 27-44.

[7] I. Scholl, *La Rosa Blanca*, 44.

[8] Aparecen narrados con cierto detalle en J. M. García Pelegrín, *La Rosa Blanca*, 62-75.

- [9] Cfr. el escrito de J. Newborn, *Historical addendum to: Sophie Scholl and the White Rose*, 2006.
- [10] San Agustín, *Confesiones*, 1, 1; BAC, Madrid, 1963, 69.

DAR LA VIDA POR LA VERDAD

El 1 de noviembre de 1942 emprenden el viaje de vuelta los miembros de la *Studentenkompanie*. Llegan a Múnich el día 6 por la noche. En esos días se han producido los primeros bombardeos de la ciudad, y sus efectos son perfectamente visibles; desde entonces, se harán más y más frecuentes. Hans y Sophie se trasladan a una nueva casa, donde alquilan unas habitaciones, en la Franz-Joseph Strasse. La propietaria se ha ido de la ciudad, así que están solos en el inmueble.

Recomienzan las reuniones con Haecker, con Muth y con otros artistas e intelectuales... Hay mucho que hablar tras unos meses densos en experiencias y reflexión. La voluntad de plantar cara al nacionalsocialismo es ahora en ellos más fuerte que nunca. Tienen que volver a empezar con las *Hojas*, y Hans pide a Cristoph que redacte la siguiente. Antes de ponerse en marcha, sin embargo, quieren ampliar su radio de acción. Un amigo, Hans Hirzel, se ofrece a repartirlas en Stuttgart. En esa misma ciudad se reúnen con un amigo del padre de los Scholl, Eugen Grimminger, quien les facilita dinero y les ofrece papel y sobres, difíciles de conseguir en Múnich. Por otra parte, andan tras algunos salvoconductos falsos que les permitan distribuir las Hojas en más ciudades. Por aquellas fechas, Hans y Alex visitan también a Falk Harnack, miembro de la resistencia en Berlín, con la idea de crear “células de resistencia” por todo el país, que estén coordinadas entre sí.

Por fin, en enero hablan al profesor Huber de sus proyectos, con la idea de fundar una “célula de resistencia” en la universidad. Parece interesado, pero no se decidirá hasta que caiga...

LA GOTA QUE COLMÓ EL VASO

En realidad, las gotas fueron dos, y ambas cayeron muy cerca de Sophie. La primera tiene que ver con el desarrollo de la guerra. En verano de 1942 Alemania había lanzado la *Operación Azul*, con la que pretendía invadir la región soviética del Cáucaso. A mediados de noviembre, cuando aún no habían alcanzado sus objetivos, las tropas de Hitler se vieron sorprendidas por una contraofensiva rusa que, en pocos días, logró rodear al 6.º Ejército Alemán en Stalingrado. El *Führer* prohibió la retirada, y comenzó entonces uno de los episodios más penosos de la Segunda Guerra Mundial. Hambre, frío, escasez de provisiones y un cerco que se iba estrechando cada vez más.

Aunque la orden de no rendirse era terminante, entre el 31 de enero y el 2 de febrero de 1943 los distintos comandantes alemanes fueron capitulando. La noticia cayó en el país como un jarro de agua fría. Se había presentado Stalingrado como base de futuras operaciones, aparte de la carga simbólica de tomar la ciudad que llevaba el nombre del jefe de Estado soviético... Por eso, «el efecto psicológico de la derrota de Stalingrado fue incluso mayor que el militar. Nunca antes, en los tres años y medio desde el comienzo de la guerra —en el ya lejano 1 de septiembre de 1939—, la radio oficial alemana había reconocido ninguna derrota»[1].

Para Sophie, Stalingrado significó una dura prueba por un motivo particular: Fritz se hallaba destacado en esa ciudad. La campaña fue dura; sufrió congelaciones y tuvieron que amputarle varios dedos. En esas condiciones, viendo próxima la derrota, escribió para su novia una carta de despedida. Al leerla, Sophie temió lo peor. Incluso en caso de que se rindiera, las penas eran tremendas. Sin embargo, Fritz logró subirse, como herido de guerra, en uno de los últimos aviones que salieron de Stalingrado, y al cabo de pocos días escribía una nueva carta a su novia desde el hospital donde estaba ingresado.

La segunda gota cayó en Múnich. El jefe de distrito de la Alta Baviera, Paul Giesler, había convocado una reunión, el 13 de enero de 1943, para conmemorar el 470 aniversario de la Universidad. La sala de congresos del *Deutsches Museum* estaba a rebosar. Abajo, hombres uniformados y miembros del partido, además de los profesores. Arriba, los estudiantes. En plena alocución, tras ensalzar la figura de Hitler y arremeter contra los perezosos y los faltos de talento, señaló que la Universidad no era lugar para mujeres: «Sugirió a las estudiantes de sexo femenino que, en lugar de ocupar plazas en la universidad, le “regalaran” un hijo al *Führer* cada año. “Si algunas de las chicas no son lo bastante guapas para encontrar a un novio, estaré encantado de asignarle uno de mis ayudantes a cada una; les prometo que tendrán una experiencia gratificante”»[2].

La respuesta de las estudiantes ante semejante falta de respeto fue inmediata. Se alzaron gritos de protesta y, bajando a la platea, intentaron llegar al escenario. Los estudiantes se sumaron, los soldados reaccionaron, y la reunión terminó en una auténtica batalla campal. A la salida, algunos se dirigieron hacia la Universidad, hasta que fueron dispersados. El hecho era más que notable: «Era la primera vez, en diez años de nacionalsocialismo, que se producía una protesta espontánea»[3].

Aunque la asistencia al acto era obligatoria, fieles a su táctica de resistencia pasiva, los jóvenes de la Rosa Blanca no quisieron asistir. Sí lo hicieron, en cambio, Huber, la hermana de Willi y otros amigos. Cuando les dieron la noticia, estalló el entusiasmo. Ese mismo día se pusieron en marcha.

CON UNA AUDACIA CADA VEZ MAYOR

El momento parecía propicio para encender la chispa que hiciera estallar al régimen. Además de la derrota de Stalingrado —con su ingente coste humano— y los hechos de la Universidad, pesaban sobre los ánimos del pueblo los cada vez más frecuentes bombardeos de ciudades alemanas, y la creciente dificultad para encontrar alimentos.

El mismo 13 de enero, Hans y Alex, Willi y el profesor Huber comenzaron a trabajar en la quinta Hoja[4]. Lleva por título: *Hojas del movimiento de resistencia en Alemania* y, debajo, *¡Llamamiento a todos los alemanes!* Es, en efecto, una llamada a despertar, a reconocer el desastre al que Hitler está llevando al país y a unirse a la guerra de liberación que ha comenzado contra el nacionalsocialismo.

De esta Hoja harán cerca de 9.000 copias, que repartirán por distintas ciudades. Willi viaja del 20 al 25 de enero a Colonia, Bonn, Sarrebruck, Friburgo y Ulm. Contacta con amigos, a los que propone que copien la hoja y la distribuyan. Por su parte, Sophie, Hans y Alex viajan a distintas ciudades para echar más cartas al correo. En Ulm, Sophie entrega unas 2.000 copias a Hans Hirzel para que las reparta en Stuttgart. Además, los jóvenes distribuirán por Múnich unas 5.000 copias.

El 3 de febrero, Willi, Hans y Alex dan un paso más. Con pintura y alquitrán se lanzan por las calles de Múnich, cuando ya es noche cerrada, para escribir en los muros: *¡Libertad!*, *¡Abajo Hitler!*, *¡Hitler genocida!*, tachando al lado la cruz gamada, que era el símbolo de los nazis. Sophie y su hermana Elisabeth descubren las pintadas por la mañana, cuando ven a algunos soldados con unas mujeres que intentan borrarlas.

Unos días más tarde, el 8, viaja a Múnich Falk Harnack, con quien habían contactado en noviembre. Como miembro de la oposición en Berlín, se reúne con la Rosa Blanca para discutir el modo de llevar a cabo una resistencia que aúne a miembros de la derecha y de la izquierda. Conciertan también algunos puntos en que deben insistir las nuevas Hojas. Al terminar, concierta una entrevista con Alex y Hans, para presentarles a los hermanos Klaus y Dietrich Bonhoeffer, el día 25. Para el grupo, supone un auténtico espaldarazo[5].

LAS ÚLTIMAS SEMANAS DE SOPHIE

A primeros de febrero, Sophie había marchado a Ulm para ayudar a su madre y a Inge, que se encontraban enfermas. Allí permanecerá hasta el día 15: diez días que fueron especialmente intensos, por varios motivos. Pero remontémonos hasta un tiempo antes. Los últimos meses de su vida, las cartas y diarios de Sophie reflejan que su alma estaba centrada en tres puntos.

En primer lugar, su novio. A principios de noviembre, igual que otros años, le había mandado por correo una corona de Adviento. Seguía inquieta por la situación espiritual en que Fritz se encontraba, en especial por el riesgo de que cayera —como tantos otros— en una apática indiferencia ante el mal. Pero también más adelante, cuando descubra dónde se encuentra él, le insistirá en el mismo sentido: «Espero que estés bien de veras, y que el fragor de la guerra y la indignancia no te lleven fuera del camino. ¡Por desgracia sí, creo que la indignancia puede volvernos insensibles! Pero en tal caso recuerda: “*un esprit dur, du cœur tendre!*”» (3-I-1943).

Una vez más emerge la recia personalidad de Sophie, siempre atenta a no caer —ni dejar caer a sus más queridos— en la dejadez espiritual. Y no le importa recordar una y otra vez el único remedio: la oración. Copio aquí un pasaje un poco largo, pero muy intenso:

Sí, ¡si al menos pudieras ir a una iglesia o comulgar! ¡Qué fuente de consolación sería para ti!

En efecto, contra la aridez del corazón solo ayuda la oración, aunque sea miserable o pequeña.

Como hacía cada noche en Blumberg, quiero repetirlo constantemente, para ti y para mí misma: debemos rezar, y rezar el uno por la otra. Si estuvieras aquí, quisiera unir mis manos con las tuyas. Somos hijos necesitados, débiles pecadores (18-XI-1942).

Para Fritz, aquellas palabras eran un severo y cariñoso recordatorio. Eran un bálsamo. Eran un punto de apoyo, un referente claro. Años más tarde, todavía reconocerá: «Muchas veces me he dicho a mí mismo: actúa y piensa como si Sophie estuviera contigo y te viera y escuchara»[6].

En febrero, tras unas horribles semanas, en que dio a su novio por muerto, Sophie recibió nuevas noticias de Fritz, que se hallaba sano y salvo en un hospital en Polonia. Vuelve a escribirle, ahora con más frecuencia, y sueña con el día —cada vez más cercano, piensa ella— en que podrá volver a verle. Pero hay más.

El corazón de Sophie ha seguido dilatándose desde el verano. Su compasión es cada vez más aguda y delicada. Continuamente se pregunta: «¿Cómo puedo ser feliz si sé que un hermano mío es infeliz?» (*a Ottl*, 9-X-1942). Su preocupación se extiende más allá del presente. Un pensamiento que le ronda repetidamente es por qué en el infierno no se puede ser amado; por qué, en el Evangelio, el pobre Lázaro rechaza la petición del rico Epulón, que solicita tan solo una gota de agua... ¿*Por qué?*[7] Se trata de algo que va más allá del mero sentimiento. Es un estado y un deseo de su corazón que tiene que ver con la conciencia del pecado —propio y ajeno— y que ansía traducirse en obras. El 13 de febrero escribe a su novio: «¿Sabes?, la compasión a menudo resulta difícil, y con facilidad se traduce en palabras vacías, si no sufrimos también en el cuerpo» (13-II-1943).

Ese deseo de *sufrir-con* los otros, más aún, de *sufrir-por* los otros, es algo que lleva largo tiempo considerando, madurando. Unas semanas antes, le había confiado: «A menudo me entristece que no pase a través de mí todo el sufrimiento; así al menos podría eliminar una parte de mi culpa a aquellos que inmerecidamente deben sufrir más que yo» (3-I-1943). Es el corazón de la mujer que se hace cargo, cada vez con una sensibilidad más fina, del mal que amenaza con anegar el tiempo que le ha tocado vivir.

Llegamos por fin al tercer elemento que llena su alma por estas fechas. Es la gran paradoja. Podría parecer que, en su relación con Dios, Sophie debiera encontrarse en un momento de gran intensidad. La realidad, en cambio, es muy distinta. En su interior siente miedo; más, un vacío terrible se ha apoderado de su alma. El 13 de enero anota en su diario: «En cuanto me encuentro sola, la tristeza aleja de mí toda gana de hacer algo. Si tomo un libro, no lo hago por interés, sino así, como si hiciera otra cosa. En esta horrible situación, solo una cosa me puede ayudar. Los peores sufrimientos, aun físicos, serían mil veces mejores que este silencio vacío».

Junto a esta oscuridad interior, tiene continuos y fuertes dolores de cabeza. Se

encuentra distraída, incapaz de leer o trabajar, y además le asaltan terribles dudas. Es la tentación de la desesperación; se hace de noche en su alma. Escribe a Ottl: «Sí, de golpe he comprendido con horror que todo el bien que en apariencia he hecho, no lo he hecho para hacer el bien, sino para parecer buena a los ojos de los demás, o por mí misma» (19-I-1943). Le parece que todo lo ha hecho por ambición, por una vacía vanidad, y que, por tanto, no tiene ningún valor.

En estas circunstancias, ¿qué puede hacer? ¿Cuál es aquella *única cosa* que puede ayudarla? Lo sabe bien, lo ha repetido tantas veces a su novio y a sus amigos: rezar. Sí, rezar y tener paciencia consigo misma... Rezar con constancia, y rezar sin sentimiento. Así lo confiesa a su amiga Lisa: «¿Conoces la frase —creo que es de una mística—: “Cuando alabo a Dios, no siento ninguna alegría. Lo alabo porque *quiero* alabarlo”? ¡Cómo entiendo esta frase!» (2-II-1943). Sophie reza, y es paciente. Así, entre el miedo, la tristeza y el vacío, pasa el mes de enero. Y el sol... ¿dónde se ha escondido el sol?

Solo en los últimos días en Ulm la situación parece mejorar. Vuelve a lucir el sol, en el cielo y en su alma. Llegan buenas noticias de Fritz y, sobre todo, Sophie redescubre el tesoro más grande. Rodeada por el cariño de su familia, se siente como una niña pequeña. Tal como lo cuenta a su novio: «Este amor, que es tan gratuito, para mí es algo maravilloso. Creo que es lo más hermoso que me ha sido concedido» (16-II-1943). El sol vuelve a brillar porque hay un amor que la arropa: «Me siento segura solo donde hay un amor desinteresado —escribe—. Y esto es relativamente raro» (*idem*).

Con esta disposición de ánimo, llega la hora de volver a Múnich. Tiene que dejar esa seguridad, esa vida de niña, para volver a ser la adulta que camina por sí misma. Comienzan sus últimos pasos.

... Y LOS ÚLTIMOS DÍAS

De vuelta en la capital bávara, encuentra un ambiente más tenso. La Gestapo anda detrás de la Rosa Blanca. Han descubierto ya de dónde toman las direcciones para sus envíos, y dónde habían comprado buena parte de los sellos. Presumen que hay entre ellos gente ligada a la Universidad; de hecho, piensan que los hechos del día 13 de enero habían sido preparados por el mismo grupo. Se ofrece una recompensa para el personal universitario que delate a los responsables.

Hans sabía que estaban a punto de apresarle, y todos ellos eran conscientes del riesgo que corrían (muchos de ellos habían pasado por la cárcel), pero eso no les frenaba. Repiten las pintadas contra el régimen en dos ocasiones más. La segunda vez, Sophie está con ellos. Esa misma noche, trabajan en la sexta Hoja[8]. El redactor principal ha sido el profesor Huber. Antes de publicarlo, surgen algunos roces con Hans y Alex: no están de acuerdo con una de las frases del texto que, al final, es eliminada. El tono del escrito vuelve a ser encendido. Denuncian los hechos del *Deutsche Museum* y claman por la libertad: «¡Lo que nos importa es la ciencia de la verdad y la auténtica libertad intelectual!». Una vez más, se trata de una llamada *personal*: «Lo que cuenta es la lucha de cada uno de nosotros por nuestro futuro, nuestra libertad y nuestro honor en un Estado consciente de su responsabilidad ética». El texto termina con una referencia a la

campaña contra Napoleón, que mira a despertar en los jóvenes el auténtico patriotismo: «¡Estudiantes! ¡La mirada del pueblo alemán está fija en vosotros! Al igual que en 1813 esperó la ruptura del terror napoleónico, ahora confía en nosotros para que quebrems el terror nacionalsocialista».

Aquella noche sacan las copias: entre dos y tres mil que hay que hacer una a una. Unas 1.200 se destinan al correo. ¿Y el resto? No se sabe a ciencia cierta por qué, cómo o cuándo surgió aquella idea, pero el resto... deciden repartirlo Hans y Sophie pocos días más tarde, en la Universidad de Múnich.

* * *

«Vi a Hans y a Sophie por última vez el 18 de febrero —escribe su amiga Traute Lafrenz—. Willi Graf y yo habíamos dejado el aula diez minutos antes de que terminara la clase del profesor Huber, para llegar bastante a tiempo a la clínica neurológica. Delante de la puerta de vidrio vinieron hacia nosotros Hans y Sophie con una maleta. Quedamos con prisa para aquella tarde, no hablamos mucho. Después, en el autobús, empecé a sospechar: ¿qué hacían aquellos dos en la universidad cinco minutos antes de acabar la clase? Willi encogió los hombros, pero permaneció en silencio. Siguieron dos horas penosas en la clase de Bumk. Willi se durmió, como siempre. Pero aquel día se movía continuamente. Finalmente las trece. Willi se marchó al cuartel. Yo corrí hacia la universidad; mientras corría, algunos estudiantes vinieron hacia mí: “Han cerrado las puertas hasta la una” — “panfletos” — “se han llevado a dos estudiantes”. Luego encontré al lector francés, solo; él conocía a Hans. “*Oui, oui*”, se lo han llevado, “*et une jeune fille, petite et noire*”, junto a una chica pequeña y morena —e indicaba los cabellos lisos de Sophie—, “*...comme une Russe*”, parecía una rusa —no la conocía —»[9].

Aquella mañana los hermanos Scholl salieron de casa con más de mil copias de la sexta Hoja. Fueron a la universidad y las dispusieron en montoncitos a la puerta de las aulas. Al terminar, subieron al segundo piso y colocaron las restantes sobre una de las repisas que asomaban sobre el vestíbulo del edificio. Esperaron a que terminasen las clases y empujaron los papeles desde ahí: cayeron volando sobre los estudiantes. El tiempo pareció detenerse.

Con todo, la belleza de aquel gesto dura poco. Un bedel los ve: «¡Están detenidos!».

Intentan camuflarse entre el torrente de jóvenes que anda por los pasillos... pero no lo logran: «¡Están detenidos!».

Cunde el grito de alarma y se cierran las puertas del edificio. No hay nada que hacer. Después de comparecer ante el rector, Hans y Sophie son entregados a la Gestapo. Ya en prisión, comienzan los interrogatorios. El primero dura 17 horas. Ambos niegan toda participación en las Hojas: las vieron ahí y las empujaron, eso era todo. Los hermanos —cada uno aislado del otro— se mantienen firmes, y sus versiones de los hechos coinciden.

Sin embargo, un pequeño detalle va a cambiarlo todo. Hans tenía el borrador de la séptima Hoja, escrito por Christl. Cuando la policía compara la grafía de esa nota con algunas cartas que hay en casa de los Scholl, descubre fácilmente al autor. Los hechos se

precipitan. Para intentar exculpar a Christoph, y que la pena recaiga toda sobre sí mismo, Hans confiesa. Enseguida lo comunican a Sophie. Su interrogador, Robert Mohr, intenta que tome distancia de su hermano, que afirme que no estaba convencida de lo que las Hojas decían... Pero ella no está dispuesta a renunciar a sus convicciones, ni siquiera por intentar salvar su vida. Más aún, pretende cargar con toda la culpa para exonerar a su hermano. En las actas del interrogatorio se recoge esta frase de la joven: «Sigo siendo de la opinión de que he hecho lo mejor que podía para mi pueblo. Por tanto no me arrepiento de mi actuación y estoy dispuesta a asumir las consecuencias que se deriven de ella»[10].

«TODAVÍA BRILLA EL SOL»

Las autoridades han avisado a Berlín de la captura de aquellos jóvenes. De ahí llegará al día siguiente la acusación: alta traición, ayuda al enemigo y desmoralización de las tropas. La pena es tajante: muerte. Dos días más tarde, el fiscal jefe elabora el escrito de acusación. Hitler decide que la causa se vea ante el Tribunal Popular (*Volksgerichtshof*), un órgano en manos de los nazis. Su presidente, Roland Freisler, vuela a Múnich el 22. Las autoridades de Berlín tienen prisa por castigar cuanto antes a aquellos traidores.

La sesión comienza a las diez de la mañana. En la sala hay solo hombres de uniforme. Aquel juicio —que se reproduce en la película *Los últimos días de Sophie Scholl*— será una farsa. El juez, según afirma uno de los presentes, intentaba «presentar a los acusados como una mezcla de estúpidos y criminales, lo cual no era nada fácil al contemplar su personalidad»[11]. Apenas les deja hablar. En una de esas pocas ocasiones, Sophie afirma: «Muchos piensan lo que nosotros hemos dicho y escrito; pero no osan expresarlo con palabras»[12]. Tras acusarles a voz en grito, procurando desprestigiarles de todos los modos posibles, les concede la palabra. Sophie prefiere no hablar. Christl pide gracia — ¡es padre de tres hijos!—, y Hans le secunda... pero es obligado a callar. La deliberación del jurado es breve. La sentencia es pronunciada a la una menos cuarto: muerte.

Enseguida son conducidos a la cárcel de Stadelheim. Sus padres, que han llegado de Ulm durante el juicio, logran —parece que gracias a la intercesión de aquel que había interrogado a Sophie— entrar a saludarles. Cuando se retira Hans, entra su hermana. «Sonreía continuamente, como si mirara al sol. Aceptó de buen grado y alegremente los dulces que Hans había rechazado. “Oh, sí, los tomo con gusto; todavía no he comido”»[13]. Su madre, entre lágrimas, le dice: «Sophie, ya no te volveré a ver entrar por la puerta de casa...». Ella le contesta: «¡Qué importan esos poquitos años, madre! ¡Nos encontraremos en la eternidad!». Luego, triunfante, les dice: «Hemos asumido la responsabilidad de todo, de todo...», y añade: «¡Esto removerá las aguas!». Pero su madre no se consuela: «Pensarás en Jesús, ¿verdad, Sophie?». Y ella, con firmeza, casi como una orden, responde: «Sí, pero también *tú*». Luego se retira sonriendo. De vuelta en su celda, no podrá contener las lágrimas. No lo saben, pero es la última vez que van a estar juntos.

Los condenados solían disponer de 50 días antes de la ejecución de la condena. Sin embargo, para el régimen es urgente que esos jóvenes reciban un castigo ejemplar.

Disponen de pocas horas. Christl pide ser atendido por un sacerdote católico. Quiere bautizarse, y recibe también la comunión y la extremaunción. Hans y Sophie solicitan también la presencia de un sacerdote católico, pero, al ser protestantes, les es denegada. Les atiende el pastor evangélico. Se encuentran serenos, tranquilos.

A las cinco de la tarde les hacen salir al patio, donde está instalada la guillotina. Sophie mira al cielo y pronuncia sus últimas palabras: «Todavía brilla el sol». Hans gritará todavía, ya en el cadalso: «¡Viva la libertad!»[14].

* * *

Dos meses más tarde serán condenados a muerte Willi Graf, Alex Schmorell y el profesor Kurt Huber. El núcleo de la Rosa Blanca. Uno de los que reprodujeron las Hojas en Hamburgo será también ejecutado. Otros muchos jóvenes, que les ayudaron en distinta medida, fueron procesados y sufrieron penas de cárcel. Y todo eso, podemos preguntarnos, ¿para qué?

El mismo 18 de febrero, Goebbels se presentaba en Berlín ante una multitud de adeptos. Se trataba de una filmación que había de servir para que el pueblo alemán renovara su adhesión a Hitler. El ministro de propaganda resumía su intervención en unos gritos contundentes: «Guerra total: la guerra más breve. ¡Führer, ordena! ¡Te seguimos!»[15]. Pocos días después, en la Universidad de Múnich, las autoridades convocaron una “manifestación de lealtad” —lealtad al régimen— que fue secundada por muchos estudiantes. Según relata un testigo de los acontecimientos: «Cientos de estudiantes acogieron con alaridos de júbilo y pataleando en señal de aplauso al denunciante y bedel de la universidad [que había entregado a los hermanos Scholl a la Gestapo], aplauso que este recibió en pie y con los brazos abiertos»[16].

Todo aquello, ¿para qué? A juzgar por los hechos que siguieron inmediatamente, parece un gesto absurdo, vacío. Sin embargo, todo aquello nos recuerda, sencillamente, que «todavía brilla el sol». Los mismos jóvenes habían escrito en la sexta Hoja: «El nombre de Alemania quedará deshonorado para siempre si la juventud alemana no se alza al fin para vengarse y expiar al mismo tiempo su culpa, para aniquilar a sus torturadores y erigir una nueva Europa del espíritu»[17]. Ese fue su papel: expiar la culpa de Alemania y convertirse en un testimonio de esperanza. Con su sacrificio demostraron que no hay ningún poder humano que sea capaz de aplastar la libertad y oscurecer completamente la verdad. Ni siquiera la peor dictadura. Por eso sabemos que, por negro que sea el panorama, es posible siempre mantenerse fiel a la verdad que brilla en la conciencia de cada uno; ser, así, libre de corazón. Brilla el sol: hay esperanza todavía[18].

Por otra parte, aquellos jóvenes dejaron una huella imborrable en la gente que les había tratado. Fritz se casará unos años más tarde con la hermana mayor de Sophie, Elisabeth. En 1944, escribe a su futura esposa: «Mañana se cumplirán ocho años desde que soy soldado. ¿Habrán pasado sin dejar huella en mí? Me tienes que ayudar a borrar esas huellas. Por favor, sé tan inmisericorde conmigo como lo era a veces Sophie para llevarme al buen camino. Y bien agradecido que le estoy. ¿Dónde estaría yo hoy si no

me hubiera dejado llevar por Sophie? No me avergüenza reconocer que fue una muchacha la que me hizo cambiar casi completamente»[19]. Una muchacha: una mujer con personalidad, que dejó una profunda huella en las personas que la trataron.

Finalmente, para la misma Sophie otro sol brillaba todavía. No sabemos lo que pasó en su alma durante aquellos últimos días, durante aquellas últimas horas. Pero creo que no es casual que utilizara justamente esas palabras antes de morir: «Todavía brilla el sol». Leía una vez más, en su amada naturaleza, el estado de su espíritu. Después de unos meses de oscuridad había vuelto a resplandecer en su corazón la luz de Dios. Los miedos, las dudas, la sensación de vacío... eran cosa del pasado. Robert Mohr, el hombre que se encargó de interrogarla, recordaba años más tarde la serenidad y el aplomo de aquella jovencita. Incluso cuando, después de saludar a sus padres por última vez, la vio llorar, algo especial latía bajo aquellos rasgos infantiles. Algo «que solo se puede explicar con la fuerza de carácter, con un desmedido afecto fraterno y con una rara profundidad de fe»[20]. La rara profundidad de una fe que había descubierto el Amor de Dios después de buscarlo pacientemente, día a día, durante años. Había pasado la noche. De nuevo —todavía— brilla el sol.

[1] J. M. García Pelegrín, *La Rosa Blanca*, 91.

[2] R. Sala Rose, nota a la quinta *Hoja* de la Rosa Blanca, en *Los panfletos de la Rosa Blanca*, 50.

[3] J. M. García Pelegrín, *La Rosa Blanca*, 97.

[4] Texto completo en *Los panfletos de la Rosa Blanca*, 45-47.

[5] Cfr. el testimonio de Harnack en I. Scholl, *La Rosa Bianca*, 135-138.

[6] J. M. García Pelegrín, *La Rosa Blanca*, 97.

[7] Esta reflexión se encuentra en una carta a Otto Aicher, del 9-X-1942, y en una anotación de su diario, del 12-I-1943.

[8] Texto completo en *Los panfletos de la Rosa Blanca*, 48-52.

[9] Testimonio de Traute Lafrenz en I. Scholl, *La Rosa Bianca*, 118-119.

[10] Testimonio de Leo Samberger en I. Scholl, *La Rosa Bianca*, 172; cfr. J. M. García Pelegrín, *La Rosa Blanca*, 121.

[11] J. M. García Pelegrín, *La Rosa Blanca*, 123.

[12] I. Scholl, *La Rosa Bianca*, 65. También el testimonio del pastor Karl Alt, *ibid.*, 177.

[13] I. Scholl, *La Rosa Bianca*, 67. También el diálogo que sigue.

[14] El verdugo comentó más tarde que nunca había visto a nadie morir así, cfr. I. Scholl, *La Rosa Bianca*, 68.

[15] J. M. García Pelegrín, *La Rosa Blanca*, 93.

[16] Testimonio recogido en *Los panfletos de la Rosa Blanca*, 14.

[17] *Los panfletos de la Rosa Blanca*, 52.

[18] Al hilo de una entrevista, el cardenal Lustiger resumía así el papel de jóvenes como Sophie Scholl: «la eficacia de su acción fue probablemente considerada nula en aquel momento, respecto a la supervivencia del régimen nazi. Pero tenía un valor inapreciable respecto al porvenir de la nación alemana. Esos pocos hombres y

mujeres fueron, hasta el martirio, testimonios de la verdad», J.-M. Lustiger, *La elección de Dios. Entrevistas realizadas por J.-L. Missika y D. Wolton*, Planeta, Barcelona, 1989³, 357.

[19] J. M. García Pelegrín, *La Rosa Blanca*, 135.

[20] Testimonio de Robert Mohr en I. Scholl, *La Rosa Bianca*, 165.

VIVIR CON LA SONRISA EN LOS LABIOS A MODO DE CONCLUSIÓN

Nietzsche echaba en cara a los cristianos de su tiempo su aire de funeral, y escribía: «Mejores canciones tendrían que cantarme para que yo aprendiese a creer en su redentor: ¡más redimidos tendrían que parecerme los discípulos de ese redentor!»[1]. Tal vez los rostros de María, de Chiara, de Sophie —o el de tantos otros creyentes que hacen de la sonrisa su gesto cotidiano— le hubieran bastado para cambiar de opinión. Tal vez no. Desde luego, resultan un canto suficientemente atractivo para quien esté dispuesto a escucharlo.

Quisiera terminar estas páginas señalando tres actitudes que podemos aprender de los perfiles que han desfilado por ellas. Tres actitudes completamente contracorriente que pueden ayudarnos a vivir como sus protagonistas: con alegría, con esperanza, con una sonrisa en los labios.

LO QUE NO TE MATA...

«Lo que no mata engorda», reza el dicho popular ante el posible escrúpulo que puede despertar la vista de un plato succulento. Otro dicho, menos conocido pero no menos practicado, tiene que ver con el sufrimiento; concretamente, con el sufrimiento inmerecido (una enfermedad, una injusticia, un revés): «Lo que no me mata me hace más fuerte»[2]. Responde a una actitud guerrera; una actitud que ve en el entorno enemigos y propone hacerse fuerte ante ellos. Es la misma que está detrás del tan cacareado «perdono, pero no olvido», de la insistencia en guardar los agravios. Se trata de un “perdón” que pretende convertir en pasión el mal recibido. Se aferra al sufrimiento para convertirlo en fuerza de vida —a menudo en forma de rencor—. Es una actitud muy difundida en nuestro mundo, pero ¿da un fruto de felicidad? ¿No es, más bien, dar cabida en nuestro corazón a una oruga que lo carcome?

Todo lo contrario es lo que proponen los perfiles que hemos repasado. Nos enseñan a hacer algo muy distinto. María de Villota es explícita: «No creo en la frase “lo que no te mata te hace más fuerte”. Tú te haces más fuerte cuando no te centras en lo que te mata»[3]. Lo mismo hace Sophie: cuando no puede evitar entrar en el Servicio auxiliar de guerra, no pasa los días lamentando su suerte. Toma el camino más sensato: adaptarse.

¿Y Chiara?, ¿cómo es su mirada sobre la realidad? Ante su hija enferma de anencefalia, no se fija en lo que le falta —algo que la hace incompatible con la vida—, sino en que «estaba viva, estaba ahí y hacía todo lo posible por crecer»[4]. Mira lo que *sí* tiene. ¿Y con el segundo hijo? La misma historia: mira lo que *sí* tiene. Y por eso lo acoge y lo acompaña cuanto puede.

Tener la vista fija en las contradicciones de la vida dificulta tremendamente seguir viviendo. Mejor es contar con ellas —nunca faltan— y, cuando llegan, mirar adelante. No se trata de esconder la cabeza, de «no ocuparnos de las cosas que debemos hacer o de mirar para otro sitio con nuestros problemas»[5]. Eso sería falsear nuestra propia existencia. Se trata, más bien, de poner los medios que tenemos a nuestro alcance para solucionar los problemas, para castigar a los culpables cuando los haya, pero, después, mirar hacia delante. «Solo se trata de no llorar por ti, porque te espera tu sonrisa a la vuelta de la esquina». Te espera, en definitiva, toda la vida que te queda por recorrer, todo el bien que puedes hacer a tanta gente. ¿Es necesario recordar el último año de vida de María de Villota?

Hay que reconocer, como hacía ella misma, que «es complicado, porque todo aquello tiene tanta importancia para ti que es muy difícil apartar la mirada». Pero, aunque difícil, es posible. Y es más sencillo cuando se procura vivir la segunda actitud. La cuestión central para ser felices no es evitar absolutamente el dolor —misión imposible—, sino saber descubrir en él, como ha apuntado el papa Francisco, un Amor que nos *primerea* —también de ese modo— y, lleno de misericordia, nos elige para amarnos.

APRENDER A DEJARSE QUERER

Existe la idea de que hemos de ser fuertes, autosuficientes. Debemos llevar adelante nuestra propia existencia sin la ayuda de nadie. Quien pide ayuda es un débil, un ser de segunda categoría que se convierte en algo poco menos que despreciable, y que vive en eso que ha venido a llamarse una moral de esclavos. No ha sido capaz de cargar con la propia libertad. Así, mostrarse débil y necesitado constituye en nuestros días —para muchos— la gran derrota, que hay que evitar a toda costa.

Ahora bien, este ideal ¿de dónde nace? Desde luego, es poco realista: el ser humano aparece en la creación como uno de los seres más necesitados y dependientes. Ningún otro animal requiere los cuidados de la madre por tanto tiempo después nacer. Ningún otro animal necesita de modo tan radical la cercanía de otros semejantes. Así pues, ¿de dónde hemos sacado ese ideal? Y aún más importante, ¿a dónde nos está llevando?

La respuesta se encuentra a la vista de todos: a una civilización en que la vida vale en cuanto uno *hace* cosas de relieve, meritorias. Una «civilización del éxito» en que, sin embargo, el consumo de fármacos para algo tan sencillo como dormir llega a niveles nunca vistos. Una civilización, en fin, en que los que no son capaces de *hacer* nada... no *valen* nada. Mejor no contar con ellos. ¿Un niño, aún en el seno materno, con Síndrome de Down?, ¿un anciano inválido?, ¿un tetrapléjico?, ¿un enfermo en estado de coma? ¿Qué valen esas personas? ¿Para qué mantenerlas con vida?

Contra esto se alza la mejor tradición occidental: «Obra de tal modo que te relaciones con la humanidad, tanto en tu persona como en la de cualquier otro, siempre como un fin, y nunca solo como un medio»[6]. La fuerza de esta formulación está en su carácter universal: «cualquier ser humano» y «siempre». Si esto es cierto, ¿dónde hay que buscar el valor de la vida humana? Desde luego, no en lo que *hace* o en su utilidad, pues eso sería considerarla precisamente como un medio. La mejor respuesta la dan aquellos padres de un niño totalmente impedido: «Lo importante en la vida es nacer y dejarse amar».

¿Qué hace valiosa la vida humana? En una palabra: el amor; aquel amor que la precede y la acompaña. Amar es, como apuntaba Pieper, decir al otro: «¡Es bueno que existas!»[7]; y eso es mucho más que una descripción o una frase bonita: es una declaración que transforma la vida de quien la escucha. En efecto, si alguien, por limitado que esté, se encuentra rodeado de personas que le dicen —de palabra o con su propia vida— «¡es bueno que existas!», sin duda vivirá una vida digna y feliz. Con sufrimiento, pero feliz y digna. Vale la pena vivir, cuando la propia existencia es un bien. Lo importante en la vida es, pues, dejarse querer.

Tras su accidente, con todas las limitaciones y el continuo dolor que conllevaba, María de Villota reconocía que «veía más», llevaba una existencia más plena. Se dejaba amar y dedicaba su vida a repartir amor. Y eso era mucho más que los éxitos deportivos del pasado: «Estoy convencida de que la pérdida de mi ojo ha sido por alguna razón. Pienso que ha sido porque me esperaba otra cosa en la vida además de los coches. Algo más importante»[8]. Lo repitió en innumerables entrevistas. Pero eso implicaba un cambio profundo: «Lloras más, sí, te vuelves agradecidamente débil»[9]. Quisiera fijarme un momento en esta fórmula admirable: *agradecidamente*, porque la vida (y todo lo que la llena) adquiere ese matiz de regalo que la piloto tantas veces subrayó; y *débil*, porque reconoce que necesita a los demás. «Agradecidamente débil», pero no por eso infeliz, sino más bien lo contrario. La sonrisa de María durante aquellos últimos meses de vida es la prueba más clara de que es así.

El momento de oscuridad de Sophie, en enero de 1943, es también elocuente. Se encuentra rodeada de la noche más densa. Su vida —todo lo que ha hecho hasta ese momento— le parece un absurdo. Ha sido disciplinada consigo misma, para forjar un carácter; ha arriesgado su vida en defensa de la libertad y de la verdad del ser humano; se ha preocupado por los demás; pero todo eso le parece, de golpe, sin valor alguno: lo ha hecho por pura vanagloria. Junto a un persistente dolor de cabeza, experimenta la tristeza, el vacío. Tal vez pensó que el valor de su vida dependía de lo que estaba *haciendo*, y de golpe todo ese *hacer* se presentó en su más completa nada. No fue su voluntad de hierro lo que la sacó de esa situación, ni la ira ante el mal que contemplaba por doquier. No fue un esfuerzo ímprobo, ni una pasión poderosa. Fue el descubrimiento del amor de su familia: «Este amor, que es tan gratuito, para mí es algo maravilloso. Creo que es lo más hermoso que me ha sido concedido»[10]. Hay un amor que la envuelve, y eso hace de su vida algo hermoso e indestructible: «Me siento segura solo

donde hay un amor desinteresado»[11]. Lo escribe una semana antes de morir serena y radiante.

Esta perspectiva de amor gratuito, que da sentido a la vida, se amplía infinitamente cuando se considera el único amor que no falla nunca: el amor de Dios. Los cristianos creemos en un Dios que «nos ha amado primero» (1 Jn 4, 19), que nos ha llamado personalmente «desde antes de la creación del mundo» (Ef 1, 4). Un Dios que nos ama incluso cuando nos empeñamos en no corresponderle. Incluso cuando le rechazamos nos mira diciendo: «¡Es bueno que existas!». Como ha recordado el papa Francisco, «Él perdona setenta veces siete. Nos vuelve a cargar sobre sus hombros una y otra vez»; precisamente por eso, «nadie podrá quitarnos la dignidad que nos otorga este amor infinito e inquebrantable»[12]. Si nos centramos en ese amor, ¿qué nos puede preocupar? Pero hay que dar un paso más: hay que *vivir* de acuerdo con esa seguridad.

Confianza, en esa línea se movía la “herencia” que Chiara quiso dejar a su hijo Francesco: «Fíate, ¡vale la pena!»[13]. Su vida fue un continuo caminar —mejor dicho, *aprender* a caminar— de la mano de Dios. Dejar hacer, dejarse amar... como Él quisiera. ¿Fue la suya una vida heroica? A ella no se lo parecía: «Nosotros no nos sentimos en absoluto valientes, porque, en realidad, lo único que hemos hecho ha sido decir “sí”, paso a paso»[14]. Con todo, fue un aprendizaje doloroso. Exigía la muerte de un ídolo: el de la autosuficiencia. A menudo, sin comprender *por qué* sucedían las cosas, simplemente *confiando* en que, en efecto, debía haber un porqué amoroso detrás de aquello y, en todo caso, había un *para qué* en el amor que ella misma podía repartir entre los demás. Es esta una lección especialmente valiosa.

Como parte de aquella existencia autosuficiente y no necesitada de ayuda que caracteriza el ideal contemporáneo, se encuentra una exigencia de comprender *todo* lo que pasa en nuestra vida. Por eso tantas veces, cuando sufrimos un revés inesperado, nos rebelamos contra Dios; alzamos contra Él un grito terrible: «¿Por qué has permitido *esto?*, ¿no te das cuenta de que es absurdo?». En realidad, lanzamos nuestra pregunta sin esperar respuesta. Es absurdo, y basta.

Chiara no lo encaraba así. María de Villota, tampoco. Su pregunta, frente al mal, no busca las causas en el pasado («¿qué he hecho yo para merecer esto?»), sino más bien en el futuro: «¿Qué posibilidades se abren para mí, ahora que me ha sucedido esto?». Ante la muerte de su sobrino Javi, María descubre el sentido de su vida: «Estoy aquí (físicamente destruida) para ayudar a los niños como él». Ante la noticia de su segundo hijo enfermo, Chiara encuentra el camino que debe seguir, hecho de amor: «He recibido un niño enfermo, que va a morir, para realizar a fondo mi maternidad: acogerlo como un don y acompañarlo hasta donde pueda».

Dejarse amar, a veces sin comprender las etapas del camino, confiando en quien nos ama. Pero para recibir ese amor hay que reconocer primero que se está necesitado. Por eso es tan importante —¡lo más importante!— aprender a dejarse querer. En cuanto vamos interiorizando esa lección, podemos vivir la tercera actitud.

Quien aprende a dejarse querer, aprende al mismo tiempo a querer. Recibe el valor más alto de su propia vida, y logra transmitirlo a los demás. En el papa Francisco, es la vía de la misericordia. Lo hemos recordado ya. En la larga entrevista que concedió en Buenos Aires, unos años antes de ser elegido Papa, explicaba cómo decidió hacerse sacerdote. Fue el 21 de septiembre de 1953, después de confesarse con un sacerdote al que ni siquiera conocía. Sin saber muy bien cómo, de golpe, sintió que le estaban esperando: había ido buscando a Dios, y se encontró que, en realidad, era Dios quien le esperaba. Años más tarde, reconoció esa misma experiencia en la escena evangélica de la vocación de Mateo. Igual que aquel recaudador de impuestos, pecador público, el joven Jorge Bergoglio sintió que Dios le miraba con infinita misericordia, y le elegía para su servicio: «Esa fue, precisamente, la manera en que yo sentí que Dios me miró durante aquella confesión. *Y esa es la manera con la que Él me pide que siempre mire a los demás*: con mucha misericordia y como si estuviera eligiéndolos para Él; no excluyendo a nadie, porque todos son elegidos para el amor de Dios»[15].

Una mirada de amor. Es la mirada de la madre, para quien sus hijos son *siempre* un tesoro incalculable; es la mirada de la esposa, en quien sobrevive la autoestima del marido; es la mirada del amigo, que asiste a las debilidades del otro, a sus fracasos, y sin embargo permanece a su lado para decirle: «¡Es bueno que existas!». Es, en último término, la mirada de Dios.

A menudo no logramos mirar así. Nos centramos en aquello que los demás *no hacen* como deberían. En aquello que les falta, en que no están a la altura. Y dejamos de sonreírles. Ojalá aprendiéramos a mirar el mundo —al cónyuge, a los hijos, a los amigos, a los compañeros de trabajo— con esa mirada divina que dice siempre: «¡Es bueno que existas!»; a pesar de tus fracasos, a pesar de tus defectos, a pesar de tus limitaciones... ¡qué bueno es que tú existas! Ese es, en definitiva, el mensaje de la sonrisa. Quien sonríe, me dice con su gesto: «¡Qué bueno encontrarte!», «¡qué alegría verte!»... algo que transforma nuestro día, que nos transmite esperanza. De ahí que un santo del siglo xx escribiera: «No me olvides que a veces hace falta tener al lado caras sonrientes»[16].

Cualquiera de las personas que han circulado por estas páginas tenía todo el derecho a pensar en sí misma. Su situación, desde luego, se lo otorgaba: un accidente que trunca la más brillante carrera del automovilismo femenino; dos hijos mortalmente enfermos y un cáncer, en apenas tres años; una condena a muerte. *Eppur*, y sin embargo...

Es emocionante releer la visita de Magdalen Scholl a su hija en el corredor de la muerte; cómo esta procura sonreír, cómo transmite serenidad, cómo le recuerda: «Rezaré, pero también *tú*...». Lo mismo vale para las cartas que dirigió a su novio, con aquella constante preocupación por el estado de su alma, ¡que no se enfríe!, ¡que la guerra no la deshumanice! Es igualmente conmovedor recordar a Chiara, con poco más de un mes de vida por delante, poniéndose guapa para su marido, conservando su sonrisa para los amigos que van a verla. Y antes, cuidando a Maria Grazia Letizia y a Davide Giovanni, a los que va a tener poco más de media hora en sus brazos. Es chocante lo que antes leíamos de María de Villota: «No pienso dejar de lado a los que ahora gritan en silencio por mi ayuda»[17], y verla ir de aquí para allá, con un dolor de cabeza constante

y pesado, dando su tiempo, regalando sonrisas a niños enfermos y a jóvenes que se acercan a escucharla. Los gestos del papa Francisco han dado también (y varias veces) la vuelta al mundo. ¿Hay que poner más ejemplares?

La actitud que transmiten todas estas historias es la de un constante *vivir-para*, un corazón volcado hacia los demás. Una existencia *radicalmente* generosa. Benedicto XVI lo proponía como proyecto de vida: «Tratar de cumplir lo que es la esencia del amor, es decir, no tomar la vida para mí, sino dar la vida; no “quedarme” con la vida, sino hacer de la vida un don; no buscarme a mí mismo, sino dar a los demás»[18]. La enseñanza es evangélica: «Quien pierda su vida...» (Mt 10, 39). Parece una llamada a la autodestrucción, y es paradójicamente el modo en que el hombre logra cumplir su «aspiración más profunda: amar y ser amado; y esto, definitivamente»[19].

La generosidad radical es, pues, camino de plenitud. No es verdad que el cristianismo haya envenenado el deseo, sino más bien lo contrario. No es veneno, es veneno de agua fresca que calma la sed más honda del corazón. El camino no siempre es fácil, pues exige, ante todo, cambiar el centro de la existencia. Tienen que morir el egoísmo y la autosuficiencia. El centro han de ocuparlo Dios y los demás: Dios, que me ama y da sentido a mi vida; los demás, a los que puedo amar, sabiendo que ellos me necesitan tanto como yo a ellos.

Así, la fortaleza del cristiano no es como la del peñasco perdido en el océano, que aguanta los embates de un mar embravecido, sino la de una red, en la que unos nudos se apoyan en otros para sostener enormes pesos. Su rostro no debe transmitir la tensión del gigante en su esfuerzo por sostener el mundo, sino la serenidad del niño que duerme tranquilamente porque su madre está ahí. Todo nace de un descubrimiento: «Descubrimos que somos amados por él de modo infinito, y esto nos impulsa a amar también nosotros a nuestros hermanos»[20]. Pero hay que descubrirlo *personalmente*. Entonces, con el centro en Dios, dejándonos amar por Él, somos capaces de vivir así, con una sonrisa en los labios.

[1] F. Nietzsche, *Así habló Zaratustra*, Alianza, Madrid, 2003, 145 (“De los sacerdotes”).

[2] F. Nietzsche, *El crepúsculo de los ídolos*, Alianza, Madrid, 2002, 34 (“Sentencias y flechas”, 8); así como *Ecce homo*, Alianza, Madrid, 2005, 28 (“Por qué soy yo tan sabio”, 2). El aforismo, en su primera redacción, comienza con “*De la escuela de guerra de la vida*”.

[3] M. de Villota, *La vida es un regalo*, 172.

[4] S. Troisi y C. Paccini, *Siamo nati e non moriremo mai più*, 36.

[5] M. de Villota, *La vida es un regalo*, 172. También las dos siguientes citas.

[6] I. Kant, *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*, Espasa-Calpe, Madrid, 1994, 103-104.

- [7] J. Pieper, *Las Virtudes fundamentales*, Rialp, Madrid, 2012¹⁰, 435-444.
- [8] M. de Villota, *La vida es un regalo*, 68-69.
- [9] *Ibid.*, 11.
- [10] S. Scholl, *Carta a Fritz Hartnagel*, 16-II-1943.
- [11] *Idem.*
- [12] Papa Francisco, Ex. Ap. *Evangelii gaudium*, 24-XI-2013, n. 3. El subrayado es mío.
- [13] S. Troisi y C. Paccini, *Siamo nati e non moriremo mai più*, 154.
- [14] *Ibid.*, 19.
- [15] S. Rubin, F. Ambrogetti, *El Papa Francisco*, 51. El subrayado es mío.
- [16] San Josemaría Escrivá de Balaguer, *Surco*, Rialp, Madrid, 1986, n. 57.
- [17] M. de Villota, *La vida es un regalo*, 11.
- [18] Benedicto XVI, *Discurso en el Encuentro Preparatorio de la JMJ*, 25-III-2010.
- [19] Papa Francisco, *Discurso en el Encuentro con los jóvenes de los Abruzos y Molise*, 5-VII-2014.
- [20] Benedicto XVI, *Homilía*, 1-XI-2006.

BELÉN, SONRISA DE DIOS

EPÍLOGO

Por Jaime Sanz Santacruz

«Hola, hoy es 16 de agosto de 2008. Ayer escribí que a mi abuelo le quedaban días, ¿no?... Pues hoy por la mañana se ha ido ya a un sitio mejor. Seguro que está con la Virgen, porque se ha ido un sábado y yo creo que la Virgen todos los sábados espera en el Cielo a todos los que se van a ir al Cielo y los acoge. Por eso creo que ahora está con la Virgen y no puede haber otro lugar mejor que ese».

Diario de Belén L.

EPÍLOGO: BELÉN, SONRISA DE DIOS

Por Jaime Sanz Santacruz

La noche del 1 de noviembre de 2012 se nos encogió el corazón. Una avalancha en el Madrid Arena, durante un concierto en la noche de Halloween en que los asistentes superaban el aforo permitido. Decenas de heridos y heridas. Belén Langdon del Real, que estudiaba segundo de bachillerato en el Colegio Aldeafuente, era una de ellas. Una de las cinco que perdieron la vida como consecuencia de aquel accidente.

Los de su agonía fueron días de lágrimas, de dolor e incertidumbre, de sufrimiento y mucha oración. Sus amigas, y otras personas que no la conocían, además de rezar, le dieron vueltas a su propia vida. En muchos casos se propusieron dar un giro a su existencia. El blog de la Capellanía del colegio se llenó de mensajes. Llegaban palabras de ánimo, oraciones y propósitos de cambiar el mundo, empezando, como contaban sus autores, por cambiar uno mismo.

Recojo aquí algunos de aquellos mensajes y comentarios. Pienso que pueden servirnos a todos para aprender muchas cosas de Belén, que era una niña excepcional, y aprender también de todo lo que vivimos aquellos días. El de su vida y el de su muerte es un testimonio cercano que manifiesta claramente la fuerza de una vida vivida con Dios.

LA ALEGRÍA DE BELÉN

Puede parecer algo chocante la expresión que encabeza estas líneas, y quizá lo sea. Es el título de la canción que un miembro del grupo de *La Voz del Desierto* compuso la tarde del día en que falleció Belén: «Belén, sonrisa de Dios... Una gran sonrisa alumbra hoy su caminar, el cielo está dispuesto, la va a llamar. Preparada está».

Efectivamente, así era ella. Una niña alegre, extrovertida, simpática, con un optimismo contagioso, como contagioso era también el tono de su risa. Esa alegría era su «gancho», lo que le hacía tan atractiva, tan amiga de sus amigas. Todo lo que decía caía bien entre quienes la escuchaban.

¿De dónde surgía esta alegría? En parte era natural: sus ganas de divertirse con todo, sus bromas continuas, eran propias de su modo de ser, de su manera de ver la vida. Siempre tenía un comentario gracioso, positivo, optimista ante los sucesos más corrientes. Una herencia familiar, como dirían sus amigas. Pero en parte esa alegría era también fruto de su trato confiado con el Señor, de su cercanía y de la intensidad de su

oración. Jesús era su amigo, su confidente; con Él buscaba siempre que todas estuviesen cerca de Dios.

Una anécdota tan solo. En una convivencia de Semana Santa en Sevilla, la noche del Jueves Santo, se habían quedado por grupos acompañando al Santísimo en una Vela que iba a durar la noche entera. Me contaba una amiga muy cercana a Belén que, cuando acabó su turno, ella salió primero, y después de esperar un rato largo a que Belén acabara el suyo, entró y se quedó impresionada al ver cómo rezaba; tanto, que no quiso interrumpirla, ni siquiera avisarla de que estaba fuera. Belén se quedó allí el resto de la noche sin que nadie se enterase, excepto su amiga.

Es un detalle tan solo, pero nos hace ver que vivía —procuraba vivir— siempre cerca de Dios.

LO QUE DIJERON SUS COMPAÑERAS

Poco después de su fallecimiento, sus compañeras de clase escribieron para el diario *El Mundo* un artículo que luego apareció en otros medios y que literalmente —como luego veremos— dio la vuelta al mundo, haciendo mucho bien a muchas personas:

Tenemos un ángel en el cielo, una amiga, que solo va a interceder por nosotras, ¡la tenemos plenamente presente! Es una suerte de la que no mucha gente puede disfrutar, y nosotros, que tenemos esta oportunidad, no podemos dejarla pasar. Belén era una persona que verdaderamente no se puede describir en una carta; no cabe todo lo que se puede decir de ella.

Es una niña que no solo ha sido un ejemplo en estos 3 últimos días de su vida, sino durante los 17 años que hemos podido disfrutar de ella. Desde pequeña ha constituido la unidad del grupo, apoyando a cada una de nosotras. Jamás dijo nada malo de nadie, es más, siempre sacaba lo mejor de lo peor. No era una más del grupo, era el pilar sobre el que se levantaba nuestra amistad. Y no solo ayudaba a disuadir peleas, sino que día a día nos acercaba a cada una de nosotras a Dios.

Siendo sinceras, cada jueves, día de nuestra misa de curso, al ver a Belén saliendo de clase, huíamos despavoridas al cuarto de baño para no ser arrastradas al oratorio. Era una persona bastante difícil de disuadir.

Aunque lo verdaderamente característico en ella era su risa y sus tacos, aunque suene mal decirlo. Su risa cada mañana, por muy mala que hubiera sido la noche, alegraba el día a cualquiera. Una niña transparente, no había manera de no saber lo que pensaba, su cara lo decía todo... No sabemos cómo lo hacía, pero con cada anécdota que nos contaba, conseguía inventarse una nueva expresión... hasta ella misma se reía de sus propios defectos... Todavía la recordamos hace unas semanas, contándonos en corrillo su experiencia de que la confundieron con un hobbit por su baja estatura, siempre con el propósito de hacernos reír a los demás.

Pero esta forma de afrontar la vida se la tenemos que agradecer especialmente a nuestra segunda familia, el colegio. Siempre hemos puesto pegas, pero en el momento en el que lo hemos necesitado, han estado ahí: cada profesora, cada alumna, todas.

Dándonos un abrazo, acompañándonos en los Rosarios, en los lloros... Nos han arropado en todo momento, como la gran familia que constituye Aldeafuente.

En cuanto a la familia de Belén, queremos mostrarles todo nuestro apoyo y darles las gracias por la fuerza y serenidad que nos han transmitido.

No solo no se han venido abajo, sino que han sabido entregarse a la voluntad de Dios y siempre con esa sonrisa tan característica de los Langdon. Gracias por habernos dado la oportunidad de despedirnos de ella, aunque no es un adiós, sino un hasta luego, ya que está y estará presente en nosotras cada día.

Intentando buscar un porqué, un sentido, nos hemos dado cuenta de que Belén ha sido un regalo de Dios. En ese día 3 de noviembre, en momentos decisivos, Dios decidió que ese regalo tan pequeño que nos dejó, que a la vez es tan grande, había cumplido su misión, había sabido llevar una vida plena bajo cualquier circunstancia.

Esto lo demostró hasta el final, esperando hasta el sábado, día en que la Virgen se la llevó de la mano directa al cielo, ya que no tenemos duda alguna de que está allí en estos momentos.

Esto ha marcado un antes y un después en nuestras vidas, ha supuesto el cambio que necesitábamos. Queremos que te sientas orgullosa de nosotras, vamos a hacer algo con nuestras vidas que cambie el mundo.

El día 3 de noviembre un ángel subió al cielo, ese ángel era nuestra amiga Belén. Ese día Belén volvió a nacer, y fue el comienzo de su nueva vida. Te vamos a echar de menos. Te quieren, tus amigas.

Sus amigas dicen que Belén era *el pilar de su amistad*, la roca firme que les sostenía, que quitaba hierro a los pequeños problemas de la convivencia diaria, y que a la vez llenaba de alegría tantos ratos en los que estaban juntas. Una niña que sabía estar allí donde la necesitaban.

En efecto, Belén tenía una particular facilidad para detectar el estado de ánimo de la persona con quien estaba, junto a un don especial que le llevaba a alegrarle la vida al instante. Y no solo hacía pasar buenos ratos a las demás, sino que procuraba que se acercasen más a Dios, que se fueran a confesar cuando en el colegio les daban ocasión, o que asistieran a la misa de curso el día que les tocaba.

Contaba Yolanda, su madre, que los fines de semana solían ver en casa alguna película todos juntos, después de cenar. Y le ponía enferma que su hija llegase casi siempre la última —la tenían que esperar— porque se escapaba a charlar con una vecina que estaba pasando por momentos difíciles en su relación con Dios. Belén la animaba y le daba aliento para que se acercase a los sacramentos.

UNA NIÑA MUY APOSTÓLICA

Belén era también una chica con una *gran preocupación apostólica*, que soñaba los sueños de Dios. Tenía mil proyectos en su cabeza, y en todos ellos estaba el Señor.

A veces le costaba sacar un rato la tarde del sábado para asistir a la meditación que había en el Club Juvenil Peñalara, al que acudía para recibir formación cristiana.

Algunas decían que era una auténtica *esqueiquer*. Sin embargo, las últimas semanas antes del trágico accidente —se ve que Dios la estaba preparando—, asistió a casi todas las meditaciones. Debía de haber hecho el propósito de no *escaquearse* más, y dejar que el Señor actuase en su alma, la llenase de paz y de deseos de ser mejor; y bien que lo hizo.

Una de esas tardes, al acabar la meditación, Belén hizo ademán de irse a casa. Sin embargo, habían tenido una merienda y el club estaba sin recoger: había que barrer, limpiar, dejar todo ordenado, tal y como se lo habían encontrado cuando llegaron. Como tenía un gran corazón, se quedó ayudando y... hablando, porque eso siempre se le dio muy bien. Otra chica, mayor que ella, se quedó trabajando a su lado. Hablaban, y Belén se interesó enseguida por la historia de su vocación, por cómo había sentido *la llamada de Dios*, y por otras mil cosas más. La conversación duró ¡¡¡casi dos horas!!!, y las preguntas de Belén eran interesadas, porque —según ella misma le confesó— también se estaba planteando en esos días entregar su vida a Dios.

Esta era Belén. Conjugaba la continua broma con plantearse grandes retos en su vida, profundos, ambiciosos, generosos. Sus amigas se daban cuenta de que era una chica muy normal, como ellas... y a la vez muy especial, porque la generosidad le salía por los poros: generosidad con Dios, generosidad con los demás. No es poca cosa lo que venimos viendo, pero al mismo tiempo entra dentro de la *normalidad* de una niña, amiga de Dios y amiga de sus amigas, preocupada por hacer el bien y ayudar a los demás.

TESTIMONIOS DE TODO EL MUNDO

Quizá lo más sorprendente de la historia de Belén, fue el *eco que tuvo su vida* a medida que iba siendo conocida, al ritmo de los acontecimientos. Las reacciones que suscitó no se quedaban en un simple sentimiento de pena —«pobre niña», «cómo debe de estar pasándolo su familia», «qué dolor el de sus amigas y compañeras de colegio»—. No. Su ejemplo hizo que muchas personas se replantearan su vida cristiana, y que muchas otras se acercasen en serio a Dios por primera vez.

Los testimonios que llegaron en esos días al colegio lo corroboran. A continuación recojo solo algunos, que considero más significativos.

Una madre del colegio decía lo siguiente:

Hola, lo primero quería dar ánimos a todos los que conocíais a Belén, especialmente a familiares y amigos. Hago referencia a la entrevista de Borja Langdon, hermano de Belén, «debemos preguntarnos *para qué*, y no *por qué* esto ha sucedido», y estoy segura de que cambiarán muchas vidas, en especial de los que conocían a Belén. Dios se lleva a las personas en su mejor momento, y Belén está en el cielo, no solo por ser una persona increíble; nos dejó un sábado, día de la Virgen. (...) Gracias, Dios mío, por darme la oportunidad de pertenecer a esta familia que es Aldeafuente. Gracias, Dios mío, por darme el ejemplo de la familia Langdon. Siento mucho que te hayas tenido que llevar a Belén para que se conviertan en nuestro modelo. Es que ahora queremos ser como ellos. Queremos tener su fe, su aceptación de tu Voluntad, su

bondad, su alegría. Gracias por darnos a Belén estos años en que en medio del mundo ha sabido acercar a la gente a Dios con mucha gracia y desparpajo.

Muchas de las cartas que llegaban esos días eran de gente que no conocía ni a Belén ni al colegio. Esta es una de ellas:

Mirando una simple foto de esta joven se aprecia bondad, y viendo las escenas que los medios han reflejado de su familia y amigas del colegio, hasta la gente más *acérrimamente* atea no puede dejar de reconocer que la fortaleza y la serenidad de estas personas no puede proceder de este mundo.

Rezaré por estas pobres chicas y sus familias, y desde aquí les doy gracias por el ejemplo que han mostrado a toda España en este momento de tragedia.

Sin conocer personalmente a la familia Langdon, creo que Dios se apoya en la gente fuerte para transmitir mensajes, y este lo es. Si nos encerramos en «qué mal está la sociedad» (y no hacemos nada por cambiarla), «qué mal hace el cole», «qué desastre de padres somos, tenemos que ser más *sheriffs*», «qué niñas más malas tenemos», no avanzaremos, y este mensaje de fe, unidad y confianza que nos ha mandado Dios, caerá en saco roto, y eso sería decepcionar al angelito que tenemos en el cielo cuidando de todo Fomento (precisamente cuando ahora nos cuida menos gente en la tierra) y de su familia en la tierra. Y eso yo no lo quiero.

También de sus compañeras llegaron numerosos mensajes:

¡Menudo regalo nos ha concedido Dios a las que hemos conocido a Belén! Realmente no sabemos ni el día ni la hora, pero Dios nos llama en el mejor momento. Belén ya ha cumplido su misión, y tal vez sea el momento de que muchas de nosotras reaccionemos ante esto.

Esta fue precisamente una de las ideas que remarcó el Obispo de Alcalá en la homilía de su funeral. Le llamó mucho la atención la serenidad con que las chicas que acompañaban a Belén a la puerta del hospital afrontaban el dolor de aquellos días. «Ha sido un regalo para mi alma», comentó.

También sus amigas, ante el hueco que dejaba su ausencia, recalcaban la misma idea. Y, mirando al futuro, hacían promesas de cambiar su vida, de dar un giro a su rutina diaria, para que, siguiendo el ejemplo de Belén, también ellas fueran protagonistas en la tarea de *cambiar el mundo*.

DESDE LOS CUATRO PUNTOS CARDINALES

Desde el otro lado del Océano llegaron también muchas palabras de cariño y testimonios como estos:

Tienes una Familia increíble, *Belencita*, espero que no te olvides de mandarles cada día la fuerza que necesitan para salir adelante. Y que sigan dando el *ejemplazo* que nos están dando a todos. No te olvides tampoco de tus amigas, que te van a echar un

montón de menos. Ayúdanos a todos a salir adelante. Eres un regalo de Dios y pienso pedirte un montón de cosas ahora que nos cuidas a todos desde ahí.

China, Estados Unidos, Inglaterra, Suecia, Francia, Malta, Australia, Colombia, Venezuela, Chile, Argentina, Kenia... Son algunos de los lugares de todo el planeta a los que llegó el eco de lo sucedido estos días, y desde donde llegaron palabras de apoyo, oración y aliento.

Desde el principio de esta tragedia, por varios motivos, hemos estado pendientes de las pobres chicas que fallecieron. Pero Belén atrajo, sin conocerla, una atención especial. Cuando vi su fotografía entendí rápidamente por qué: transmite una luz que no habla de otra cosa sino de Vida.

Dicen que Dios te llama en el punto más santo de tu vida, en el momento de máxima perfección. Así que no hay que estar tristes. Su familia es un ejemplo de ello. Mi más sentido pésame a ellos y un abrazo muy fuerte. 17 años, 50 u 80, dan lo mismo: no hay mucha diferencia si se tiene en cuenta que la verdadera vida es eterna. En 17 años —se nota— Belén tuvo mucho tiempo para dar ejemplo y cambiar muchas vidas. Enhorabuena también a este colegio por la educación que imparte. Descanse en paz.

Pienso que lo que dice esta persona es algo común en muchos de los testimonios que llegaron al colegio en aquellos días. No en vano el rostro es el espejo del alma, y el papa Francisco nos insiste en que anunciemos el evangelio con alegría. La sonrisa de Dios se veía reflejada en el rostro de Belén, y a mucha gente fue precisamente su alegría lo que le removió. Cuántas veces cada uno de nosotros podemos hacer el esfuerzo de salir de nosotros mismos y sonreír a los demás, como decían sus compañeras que hacía Belén cada lunes, cuando llegaba al colegio.

LAS FLORES MÁS BELLAS...

La seguridad de que Belén está en el cielo, lógicamente, no la podemos tener, pero argumentos como el de este testimonio que transcribo a continuación, también fueron muy frecuentes en aquellos días:

Descanse en Paz. Como un buen jardinero, Dios se lleva las flores mas bellas en el mejor momento de su hermosura, para que le den más Gloria.

O este otro:

Yo tampoco conocía de nada a Belén, pero siento como si hubiese sido mi propia hermana. Yo soy católico, pero en la vida he estado tan aferrado a la fe como lo estoy ahora, y es gracias a ella y a su familia, los cuales han demostrado que tener fe merece muchísimo la pena. Muchísimo ánimo.

En la homilía que pronunció en el funeral de Belén, el obispo de Alcalá, Mons. Juan Antonio Reig Pla, apuntó a una verdad muy consoladora:

Solo el Señor, en los momentos dramáticos de su muerte, estaba con ella. Porque este es un pastor que no nos abandona nunca, tampoco en el momento de la muerte. Entre los últimos pensamientos de ella, que fue educada cristianamente, su último pensamiento lo podemos imaginar: «*Dios mío, confío en ti. Señor, no me abandones en este momento dramático*».

Es verdad que fueron unos días muy intensos. Según recordaba él mismo, «cuando salí del hospital, estaban sus amigas del colegio rezando el Rosario. He tenido que hacer muchos esfuerzos por no llorar. Estaban rezando el Rosario, rezando para que Belén fuera adelante...». Y añadió: «Belén va adelante, pero con alas de águila. Porque el Señor ahora la toma y la lleva a encontrarse con la hermosura de su rostro. Belén era guapa, muy guapa. Y la hermosura le salía de su alma, de un rostro sosegado y sereno, que esperaba el momento en el que Dios la llamase».

AMOR A LA CRUZ

El blog de la Capellanía del colegio fue un vehículo extraordinario de comunicación en esos días, y también una ayuda excepcional para vivir la realidad de la comunión de los santos, de la oración de unos por otros. Este es uno de los testimonios que llegaron allí:

Leyendo este blog (capellaniaaldeafuente.blogspot.com), me di cuenta de que era una muy buena ocasión para pedir cosas a Belén, a partir de ahora, gran intercesora. Y eso hice. Fue pensar «Belén» y, antes de materializar mi petición, «algo» me dijo dentro de mí: «¿qué, no quieres cruces?, ¿y cómo piensas entonces ir al cielo?».

Sin palabras. Realmente es un alma grande esta niña. Un abrazo a toda su familia.

En efecto, llevar la Cruz forma parte de nuestro camino al Cielo. Y, a propósito de la Cruz de Cristo, que aparece siempre en el momento y del modo menos pensado, dudo que podamos olvidar jamás las lecciones que aprendimos esos días. Cuando sucedió el fatal accidente, los padres de Belén se encontraban en Brasil. El padre llevaba varios meses trabajando allí, y su madre había ido —era la primera vez que lo hacía— a estar con él unos días. De vuelta en España, ya en el hospital, les recibió su hijo Borja, que es sacerdote. Enseguida, antes incluso de que hubieran podido ver a Belén, le preguntó a Yolanda, su madre: «¿Estás dispuesta a *abrazar la Cruz*?». Y ella contestó: «¡Con todas mis fuerzas!».

CONVERSIONES

En un artículo que me pidieron para un periódico en esos días, conté otro testimonio que me había llegado de palabra. Me decía una chica que estaba muy agradecida a Belén

«porque, sin conocerme, me ha dado el regalo de estar más cerca de Dios; por eso la quiero y la considero parte de mi familia». Es lo que nos pasó a todos.

Pero quizá el testimonio más lejano, y hasta cierto punto rocambolesco, es este que nos llegó desde China:

No he encontrado otro medio para ponerme en contacto con la familia de Belén. Estoy en Shenzhen, en China, y leyendo los periódicos en Internet, me he enterado de la tragedia, y he oído la homilía del funeral de Belén.

Os pido, por favor, que transmitáis a la familia de Belén que su ejemplo llega hasta el último rincón del mundo. Y que está haciendo muchísimo bien. No os puedo dar detalles, pero una persona, que se estaba alejando de Dios, y su alma estaba fría, al oír la homilía, y ver el ejemplo de familia, de confianza en Dios, de sentido sobrenatural y de aceptación de su voluntad, ha roto a llorar, y mañana hará una confesión general y comulgará, Dios mediante. Hoy hemos ofrecido la Misa, en la Capilla de San Antonio de Shenzhen, por el alma de Belén, y mañana sábado tendremos un Retiro mensual en Shanghai, y también ofreceremos la Misa por el alma de nuestra querida Belén, y por los frutos que ya está dando.

Ante este derroche de gracia, esparcida por todo el mundo con ocasión del fallecimiento de Belén, uno se queda impactado, y hasta cierto punto sobrecogido, porque los que la conocíamos y la tratábamos a diario quizá no llegamos a darnos cuenta del tesoro que teníamos con nosotros. Muchas veces *los de fuera* son los que hacen que nos demos cuenta de la valía de las personas que tenemos a nuestro lado.

UN RASTRO DE PAZ

De alguna forma, todos los que vivimos intensamente unidos esos días podemos concluir que Belén nos ha robado el corazón. Qué bien lo decía Pablo, un periodista que siguió muy de cerca todo lo que estaba sucediendo:

Gracias a Dios pude acudir en la noche del domingo 4 de noviembre al madrileño tanatorio Parque de San Isidro. Cuando llegué, acababa de finalizar la misa, y una riada de familiares y amigos salían de la capilla. Allí me encontré con Carlos, algo emocionado pero que no dejaba caer sus lágrimas. Después apareció Borja, demostrando una impactante entereza solamente reservada a quienes saben realmente de qué va esta vida en la que vivimos. Abracé a ambos y les dije la misma frase: «Es el Plan de Dios». Carlos me dio las gracias. Borja me respondió diciendo que «aquí hay *algo*. Pronto veremos los frutos».

Entré a ver a Belén. ¡Qué guapos sois los Langdon! Estaba dormida en el sueño de la paz. Transmitía Amor. Estuve mirándola y rezando por ella mucho tiempo, quizá una hora. Recordaba los centenares de mensajes que días atrás había leído en Twitter. Uno de ellos decía: «Belén, Dios te quiere tanto que no ha podido aguantar más y ya te ha llevado con Él». Otro afirmaba: «Dios es egoísta, siempre se queda con lo mejor».

Mi tiempo en el tanatorio lo defino con la palabra «paz». Belén transmite paz. La paz que transmiten los santos. Me despedí de Borja y Carlos, y abracé a Nicolás, su padre. Es la primera vez que abrazo a los familiares de una santa, pensé.

Dios quiera que se cumpla lo que Borja le dijo al bueno de Pablo: «Pronto veremos los frutos». Muchos los estamos ya viendo; otros están por llegar. Dios quiera que también a través de estas líneas.

* * *

Hay un riesgo muy real para todos los que conocimos a Belén y vivimos de cerca aquellos días de noviembre. Un riesgo que es también una oportunidad. En efecto, lo que nos venga a la memoria no puede ser solo un recuerdo de lo que vivimos, lloramos y sufrimos juntos. Tiene que haber también una disposición seria, realista, tenaz de *cambiar el mundo*, como decían sus compañeras de clase. Un deseo eficaz de salir de la monotonía de una vida gris, para que se haga verdad en nuestra vida lo que dice el papa Francisco: «La alegría del Evangelio es esa que nada ni nadie nos podrá quitar (cf. *Jn* 16, 22). Los males de nuestro mundo —y los de la Iglesia— no deberían ser excusas para reducir nuestra entrega y nuestro fervor. Mirémoslos como desafíos para crecer. Además, la mirada creyente es capaz de reconocer la luz que siempre derrama el Espíritu Santo en medio de la oscuridad, sin olvidar que “donde abundó el pecado sobreabundó la gracia” (*Rm* 5, 20)» (*Evangelii Gaudium*, n. 84).

No olvidaremos nunca esa sonrisa contagiosa que tenía Belén, y que será siempre para nosotros la *sonrisa de Dios*. Esa que nos recuerda que, aunque a veces le dejemos de lado, Él siempre está junto a nosotros, esperándonos.

Índice

PORTADA INTERIOR	2
CRÉDITOS	3
DEDICATORIA	4
ÍNDICE	5
INTRODUCCIÓN	7
CUADRO PRIMERO: UN PARCHE DE VIVOS COLORES... Y UNA BRILLANTE SONRISA	11
CUATRO SEGUNDOS QUE CAMBIARON UNA VIDA	12
UN SUEÑO POR EL QUE LUCRAR	12
DEL MAYOR FRACASO AL ÉXITO MÁS GRANDE	13
INGREDIENTES: CARÍO...	15
...Y BUEN HUMOR	16
«¿POR QUÉ SIGO EN ESTE MUNDO?»	19
UNA VIDA NUEVA	20
LECCIONES DE VIDA	21
EL PORQUÉ DE UNA SONRISA	23
CUADRO SEGUNDO: LO IMPORTANTE EN LA VIDA ES DEJARSE AMAR	27
UNA MADRE DE 25 AÑOS	28
HASTA AQUÍ LLEGO: ¿ME QUIERES ASÍ?	28
UN DON INESPERADO	31
DEJARSE SORPRENDER POR EL AMOR	33
RETRATO DE UNA MADRE	37
LO IMPORTANTE EN LA VIDA	38
EL DON DE LA FIDELIDAD	40
LO QUE CUESTA DEJARSE QUERER	41
EL MILAGRO DE CHIARA CORBELLA	44
UN TIEMPO LLENO DE VIDA	44
PEQUEÑOS PASOS POSIBLES	45
FIARSE DE DIOS, ¡VALE LA PENA!	46
EL FINAL DEL CAMINO	48
CUADRO TERCERO: «TODAVÍA BRILLA EL SOL»	50

UNA PERSONALIDAD “EN CONSTRUCCIÓN”	51
...Y ESTALLÓ LA GUERRA	51
UNA ADOLESCENTE EN TIEMPOS DE GUERRA	53
LA ARDUA TAREA DE FORMARSE	54
UN CORAZÓN VOLCADO EN LOS DEMÁS	56
AMISTADES QUE CAMBIAN LA VIDA	57
UN CORAZÓN GRANDE	59
FORMARSE EN TIEMPOS DE GUERRA	60
INVIERNO DE 1941: LA OFENSIVA SOBRE RUSIA	61
RETAZOS DE SU VIDA DE ORACIÓN	62
TEMOR Y ESPERANZA	63
UN EXTRAÑO VERANO	65
DILATAR EL CORAZÓN	67
DAR LA VIDA POR LA VERDAD	70
LA GOTA QUE COLMÓ EL VASO	70
CON UNA AUDACIA CADA VEZ MAYOR	71
LAS ÚLTIMAS SEMANAS DE SOPHIE	72
...Y LOS ÚLTIMOS DÍAS	74
«TODAVÍA BRILLA EL SOL»	76
VIVIR CON LA SONRISA EN LOS LABIOS. A MODO DE CONCLUSIÓN	80
LO QUE NO TE MATA...	80
APRENDER A DEJARSE QUERER	81
LA ESENCIA DEL AMOR: VIVIR-PARA	83
BELÉN, SONRISA DE DIOS. EPÍLOGO	87